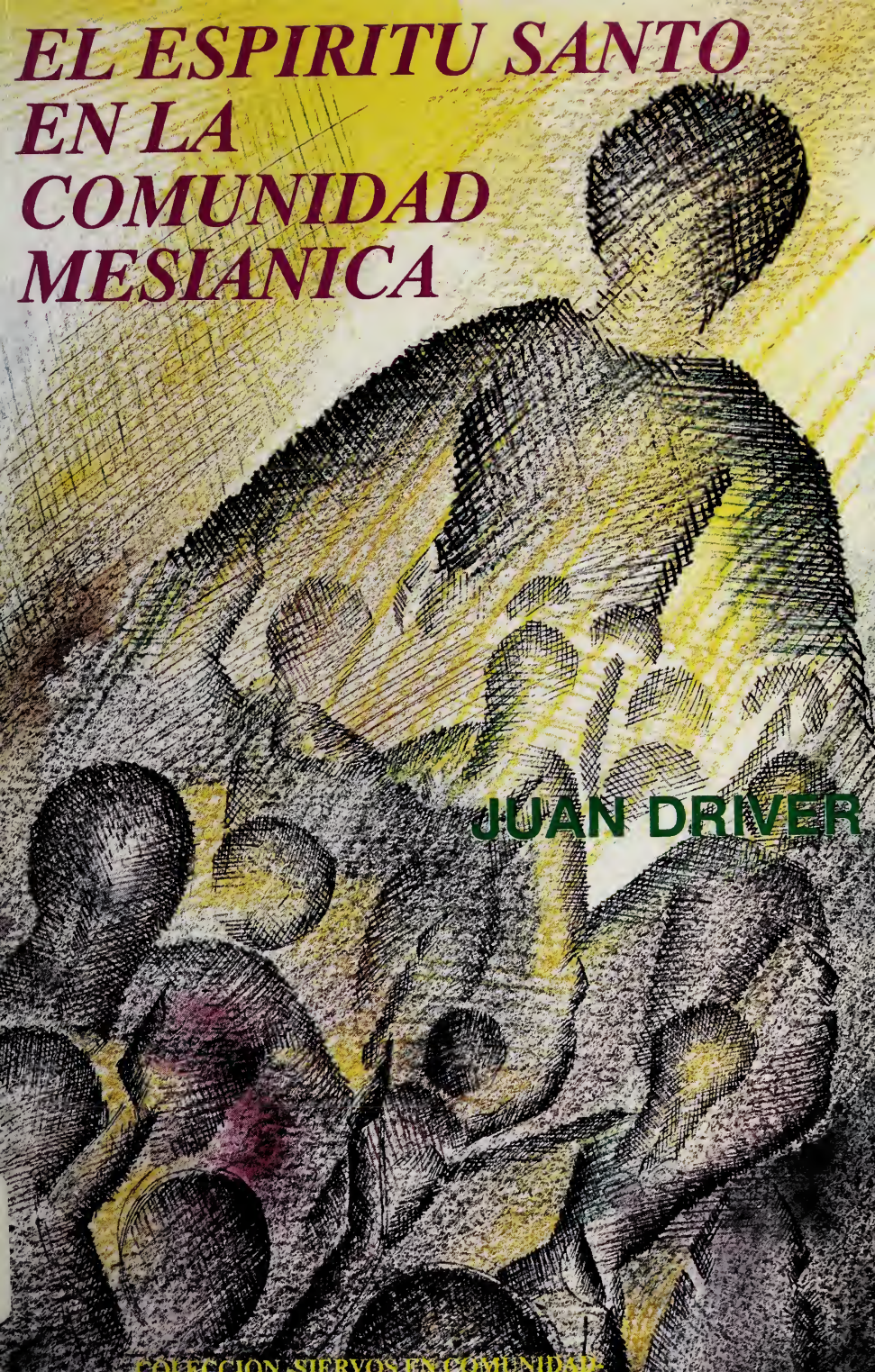
EL ESPIRITU SANTO EN LA COMUNIDAD MESIANICA



JUAN DRIVER

COLECCION "SIERVOS EN COMUNIDAD"

231.3
D78

ASSOCIATED MENNONITE BIBLICAL SEMINARIES
ELKHART
LIBRARY

El Espíritu Santo en la Comunidad Mesiánica

Juan Driver

BIBLIOTECA DIGITAL ANABAUTISTA

Socios: SEMILLA, SeBAH, Mennonite Mission Network, Anabaptist Mennonite Biblical Seminary, y Goshen College

El titular de los derechos del autor ha licenciado a los socios de la Biblioteca Digital Anabautista los derechos de reproducción, comunicación pública y transformación sobre esta obra en régimen de no exclusividad a los fines de su digitalización y difusión en línea en el marco del proyecto Biblioteca Digital Anabautista.

Esta obra está protegida por derechos de autor y / o derechos conexos. Usted es libre de usar la obra en cualquier manera que sea permitida por la legislación de derechos de autor y derechos relacionados que se aplican a su uso. Para otros usos necesita obtener el permiso del (de los) titular (es) de los derechos.

AVISOS

A menos que se indique expresamente lo contrario, la organización que ha hecho disponible este Artículo no garantiza el Artículo y no puede garantizar la exactitud de esta Declaración de Derechos. Usted es responsable de su propio uso.

Puede encontrar información adicional sobre el estado de derechos de autor del artículo en el sitio web de la organización que ha hecho disponible el artículo.

Es posible que necesite obtener otros permisos para su uso previsto. Por ejemplo, otros derechos como la publicidad, la privacidad o los derechos morales pueden limitar la forma en que puede utilizar el material.

(adaptado de http://rightsstatements.org/vocab/InC/1.0/)

(enero de 2017)

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Anabaptist Mennonite Biblical Seminary Library

https://archive.org/details/elespiritusantoe00driv

El Espíritu Santo en la Comunidad Mesiánica

Juan Driver

COLECCION: "SIERVOS EN COMUNIDAD"

Driver, Juan

EL ESPIRITU SANTO EN LA COMUNIDAD MESIANICA

C.D. 231.3

Derechos Reservados

EDICIONES CLARA - SEMILLA

SEMILLA
Apartado 371-1 Montserrat Zona 7
Ciudad de Guatemala
Guatemala

CLARA
Apartado Aéreo 57-527
Santafé de Bogotá 2
Colombia

Impreso en Colombia 1992

CONTENIDO

I. El Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento *7*

II. El Espíritu de Jesús *21*

III. La Comunidad del Espíritu *41*

IV. La Comunidad Ungida del Espíritu *59*

V. Vida en el Espíritu *77*

VI. Vida en el Espíritu (Continuación) *95*

VII. Los Dones del Espíritu en la Iglesia *107*

VIII. El Espíritu y los Espíritus: Una Visión Bíblica de la Guerra Espiritual *151*

IX. El Espíritu y la Misión
La Misión de Jesús y la Misión de la Comunidad Mesiánica *179*

Bibliografía *199*

Indice de Textos Bíblicos *203*

94948

Hicieron posible esta obra:

Autor: Juan Driver
Edición: Clara Helena Beltrán Suárez y Juan Melgarejo Romero
Revisión: Patricia Urueña
Diseño de Carátula y Arte: Diana Lucero Fandiño Vinchery
Diagramación del Texto e impresión Laser: Fernando Gómez Lesmes
Oficina Responsable: Centro Latinoamericano de Recursos Anabautistas (CLARA)
Publicación Subvencionada por: Junta Menonita de Misiones. Elkhart, Indiana
Impresión: Editorial Buena Semilla. Santafé de Bogotá D.C. Colombia
Fecha: 1992

I

EL ESPIRITU DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Impresiona que en el Antiguo Testamento haya escasez de referencias al Espíritu de Dios, en comparación con el Nuevo Testamento. El vocablo "Espíritu" se aplica a Dios apenas unas 60 veces en todo el Antiguo Testamento, mientras que en el Nuevo Testamento hallamos cerca de 230 referencias al Espíritu divino. Sin embargo, la visión veterotestamentaria es esencial para comprender bíblicamente la persona y la obra del Espíritu en relación con el pueblo de Dios y su misión en el mundo.

Una de las formas más destacadas para expresar la actividad divina en el Antiguo Testamento es la idea del Espíritu (*ruah*) de Dios. *Ruah*, al igual que *pneuma* en el Nuevo Testamento, significa literalmente "viento" o "respiración". Juan 3:8 tiene un ejemplo de la forma en que *pneuma* se refiere al viento y al Espíritu de Dios. Para los antiguos, el viento representaba una fuerza misteriosa e imprevisible de origen inexplicable. Y la respiración, tan vital para los seres vivientes, también inspiraba admiración. De modo que no es de extrañar que para los antiguos el soplo del viento y el aliento humano sirvieran como símbolo de la obra y presencia misteriosa e inexplicable de Dios.

Era natural en Israel antiguo pensar en el Espíritu de Dios como agente de la creación de todo ser viviente mediante un soplo vital divino. Manifestaciones potentes, tales como presagios, oráculos y capacidades inexplicables para superar las enfermedades y otros peligros también fueron acreditadas al Espíritu de Dios. Conceptos similares fueron compartidos por los pueblos vecinos de Israel en el Mediano Oriente. Entre éstos están los egipcios y los babilonios.

En el Antiguo Testamento el Espíritu de Dios se revela mediante su actividad y en el actuar de su Espíritu se reconoce la presencia de Dios mismo. Los escritores del Antiguo Testamento manifiestan poco interés en las cuestiones metafísicas en torno a la relación del Espíritu y el Ser de Dios. Sin embargo, descubrimos ocasionalmente una referencia que identifica al Espíritu de Dios con Dios mismo. Este concepto es reflejado en el paralelismo poético de Isaías 31:3.

"Y los egipcios, hombres son y no Dios; y sus caballos carne, y no espíritu".

Y en Isaías 34:16 la "boca" de Dios que emite su palabra y el "Espíritu" son paralelos.

"Porque su boca mandó, y los reunió su mismo Espíritu".

Según Isaías 40:13, el Espíritu de Yahveh y Yahveh son idénticos y en Isaías 63:10-14 el Espíritu representa la misma presencia de Yahveh en medio de su pueblo.

Resumiendo, la actividad muchas veces misteriosa, imprevisible y hasta sorprendente e inexplicable, de Yahveh es comprendida como obra de su Espíritu *(ruah)*. El Espíritu de Yahveh se hace presente en su actividad creadora y salvífica. Por esto, sin entrar en especulaciones, los escritores del Antiguo Testamento comienzan a concebir el Espíritu de Dios y a Dios como idénticos.

EL ESPIRITU DE DIOS: FUENTE DE VIDA

De acuerdo con la visión bíblica, la vida en los seres humanos surge mediante el soplo del aliento divino (Gn. 2:7).

No sólo el individuo humano, sino la humanidad o la comunidad humana, deben su existencia a este "soplo de vida" (cf. Gn. 1:27). En textos posteriores se asigna la actividad creadora divina directamente al Espíritu de Dios. "El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida" (Job 33:4). Y la continuidad de la vida humana depende de que Dios no retire su *ruah* de las personas (Sal. 104:29-30; 146:4; et al.).

El mundo animal también debe su existencia al mismo principio vital, el *ruah* vivificante (Gn. 6:17; 7:15,22; et al.) Por esta razón, toda la creación constantemente depende de este Espíritu dador de vida, tanto para su supervivencia como para la renovación de la creación (Sal. 104:29-30). Este *ruah* divino esencial para la creación y el mantenimiento de la vida humana es una presencia poderosa que trasciende a los seres humanos. Sólo Dios es autor y Señor de la vida.

En contraste con sus vecinos politeístas en el Mediano Oriente antiguo que postulaban una serie de espíritus y potencias vitales y un universo fragmentado y conflictivo, Israel se relacionaba con el Dios del pacto, celoso y plenamente personal, quien mediante su Espíritu crea y sostiene toda vida. Esto conduce a una visión unificada del universo creado y a un concepto claro de una relación natural entre Creador y criatura porque éstas viven en absoluta dependencia del Creador y sustentador de la vida. Pero, con todo, ante la rebeldía desobediente de la criatura, el Espíritu vivificante de Yahveh es revocable (Gn. 6:3).

Se nota también en el Antiguo Testamento una asociación entre el Espíritu de Dios, como soplo que crea vida en sus criaturas, y la palabra divina y creadora, como hálito de la boca de Dios. Es la confesión unánime de los escritores bíblicos que el universo surgió en respuesta a la "palabra" creadora de Dios. "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca" (Sal. 33:6). En el primer relato bíblico de la creación se nota un énfasis marcado sobre la forma en que Dios interviene en la creación por la instrumentalidad de su palabra, me-

diante el uso de la frase repetida, "y dijo Dios" (Gn. 1:1-2:3). Se observa también en la visión bíblica la unidad en un Dios cuyo Espíritu imparte vida y de cuya palabra surge la creación.

El Espíritu de Dios, como soplo de vida y palabra creadora, es presentado también como fuente de nueva vida y como agente de una nueva creación en Ezequiel 37:9-14. La actividad vivificante y creadora del Espíritu de Yahveh se describió en la primera creación en términos de "soplo" de vida y "palabra" creadora. Ahora al referirse a la nueva creación de la restauración de Israel de su exilio en tierra extraña es claramente el Espíritu del Señor mismo quien insufla nueva vida en su pueblo y lo restaura en su tierra de acuerdo con su intención original. "Espíritu ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán... Y entró espíritu *ruah* en ellos, y vivieron ... Y pondré mi Espíritu *ruah* en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo Jehová hablé y lo hice, dice Jehová". (Ez. 37:9,10,14). La interacción entre "soplo" y "Espíritu" y entre el soplo de vida y la palabra creadora de Yahveh es notable aquí, anticipa la nueva creación del pueblo mesiánico en pentecostés.

EL ESPIRITU DE DIOS: ACTIVO EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

En Israel antiguo se iba conociendo el carácter de Yahveh en la medida en que El actuaba de manera salvífica en la historia para crear un pueblo santo. Una de las formas más destacadas en que Dios obró para salvar a su pueblo era por medio de hombres y mujeres carismáticos, especialmente dotados por Dios para liberar a su pueblo de sus enemigos externos y salvándolo de la idolatría de las ideas y las costumbres paganas. La idolatría no es sólo una cuestión cúltica (Jue. 2:17-20). En la actividad decidida y atrevida de estos instrumentos de la intención salvífica de Dios para liberar a su pueblo, el escritor bíblico reconoció la presencia de la actividad divina en medio del pueblo. La energía notable con que estos caudillos actuaban para salvar al pueblo de los pe-

ligros internos, al igual que los externos, se debía a que "el Espíritu de Yahveh" vino sobre ellos. Así se explica la liberación de la idolatría y la salvación de la opresión del rey de Siria bajo Otoniel (Jue. 3:10). Y la salvación de Israel de la opresión idolátrica y servidumbre madianita bajo Gedeón también fue atribuida a la intervención del "Espíritu de Jehová" (Jue. 6:34). Una salvación similar fue experimentada por el pueblo de Dios bajo Jefté (Jue. 11:29), Sansón (Jue. 13:25; et al.) y Saúl (I Sm. 11:6). Y en cada caso las iniciativas liberadoras respondían al hecho de que el Espíritu de Dios vino sobre ellos.

Esta actividad salvífica del Espíritu de Yahveh en la historia de su pueblo también se notaba entre los profetas del antiguo Israel. Como grupo, los profetas eran conocidos como mediadores del Espíritu que revelaba los misterios de la intención divina y los anunciaba en oráculos (Nm. 24:3ss., 15ss.; II Sm. 23:2ss.; et al.). Entre estos hombres de Dios se manifestaban fuerzas taumatúrgicas sorprendentes. El enfermo se sanaba (II R. 5; et al.). El hambriento se hartaba (II R. 4; et al.). Los muertos eran vueltos a la vida (I R. 17:17ss.; II R. 4:18ss.). Y en una forma verdaderamente asombrosa, interpretaba los sueños (Gn. 41:38; et al.). Y en muchas formas más se manifestaba el poder milagroso del Espíritu. Lo que tienen en común todas estas manifestaciones es que apuntan a la gloria de Dios y están al servicio de la instauración del reino de Yahveh sobre su pueblo. Muchas veces el Espíritu excedía las vías humanas normales en su actividad salvífica por medio de estos caudillos y profetas. El poder del Espíritu surgía dondequiera que Dios se movía, llamando y capacitando a sus instrumentos escogidos para hazañas salvíficas.

Con la llegada de la monarquía la era de liderazgo carismático pasa a la historia. El Espíritu ya no se relaciona, como fuerza motriz, con los grandes eventos de la historia del pueblo de Dios. Aunque Saúl y David fueron explícitamente dotados del Espíritu de Yahveh, la institución monárquica establece una línea sucesora segura y, por tanto, desprovista del carácter carismático propio de los primeros caudillos y

los profetas. Este es el aspecto que destaca Isaías cuando contrapone la monarquía de su tiempo con el Rey mesiánico que vendría. La característica fundamental del Rey mesiánico será la unción del Espíritu de Yahveh sobre él, cosa que distingue marcadamente su reino de todos los demás (Is. 11).

La presencia del Espíritu perduró en Israel en el ministerio de los profetas. Estos "hombres del Espíritu" (Os. 9:7) eran también portadores de la "palabra" de Dios para su pueblo. A veces ésta se expresaba por medio de oráculos divinos atribuidos directamente al Espíritu (Nm. 24:2ss.: II Sm. 23:2; I R. 22:24). Pero más destacado era el papel del Espíritu en el cumplimiento de la misión profética de denuncio y anuncio de la rebeldía y el pecado de Israel (Mi. 3:8).

Así que el Espíritu capacitaba al profeta para actuar como mensajero y portavoz de Dios ante su pueblo. En su misión los profetas dependían radicalmente de Yahveh que les otorgaba su Espíritu y los enviaba. Aunque hubo constancia del Espíritu en los casos de Moisés y Elías, quienes ocupaban un lugar especial entre los profetas del Antiguo Testamento (Nm. ll; 12:6ss.; II R. 2), el Espíritu no se heredaba ni se transfería de un profeta a otro a fin de hacer perdurable su ministerio. Dios era soberano en el reparto de su Espíritu, haciéndolo, a veces, en formas repentinas e inesperadas.

Entre los pueblos paganos del Mediano Oriente se consideraba el éxtasis como una especie de liberación de fuerzas divinas que podían conducir a la divinización del hombre. Y faltando esta barrera entre lo divino y lo humano, el profeta comenzaba a creer poder servirse del poder divino y manejarlo para sus propósitos. Pero a diferencia de lo que ocurría entre los pueblos vecinos, los profetas en Israel siempre reconocían al Espíritu de Yahveh como fuerza motriz en su misión. De ahí que no hubo necesidad de impresionar mediante poderes mágicos. Lo único que pretendían con sus obras y palabras pode-

rosas era poner a los humanos al servicio de Yahveh y capacitarlos para cumplir libre y gozosamente la voluntad divina.

Por supuesto, existía la posibilidad de que el mensaje profético fuera inspirado por un "espíritu de mentira", como ocurrió con los 400 profetas de la corte que de manera habitual transmitían oráculos que simplemente daban a conocer la política real (I R. 22). En el proceso de llegar a ser "profetas de palacio" al servicio del rey, dejaron de ser recipientes auténticos del Espíritu de Yahveh. Sólo se puede confiar en la palabra de aquellos profetas que se hallen incondicionalmente al servicio del Espíritu de Yahveh.

A partir de Amós, ya no es el Espíritu de Yahveh, como tal, el poder que arma al profeta y legitima sus palabras y acciones proféticas, sino que ahora comprenden que son llamados, iluminados y comisionados por Yahveh mismo (Am. 7; Isa. 6; Jer. 1). Las excepciones serían Miqueas (3:8) y Ezequiel (2:2; 3:12,14; 8:3; 11:1,24; 37:1; 43:5) donde se menciona específicamente la instrumentalidad del Espíritu de Yahveh. A partir del siglo VIII los profetas mencionan más "la mano de Yahveh" para describir los impresionantes efectos de la acción de Dios sobre ellos durante el éxtasis profético (Ezq. 33:22).

En resumen, sea a través de los caudillos de Israel antiguo, o sea por medio de los antiguos profetas, el papel fundamental del Espíritu de Yahveh era capacitarlos para su aporte al proyecto salvífico de Dios a favor de su pueblo.

EL ESPIRITU DE DIOS: FUERZA MOTRIZ EN LA CONSUMACION DE LA NUEVA ERA

Ante el descuido notorio en Israel y Judá de las relaciones sociales y económicas estipuladas en el pacto, los grandes profetas de los siglos VIII y IX adaptaron sus mensajes de denuncia y anuncio a las realidades de su época. Y en este proceso se notan ciertas modificaciones en la visión veterotestamentaria del Espíritu de Dios y de su papel entre el pueblo de Dios. El Espíritu parece llegar a relacionarse

más estrechamente con Dios mismo. Lo comprenden más como el poder propio de la misma naturaleza divina, que como una fuerza que emana de ella. Isaías, por ejemplo, plantea un paralelismo sinónimo entre Yahveh y su Espíritu en su denuncia de la forma en que Judá establece un pacto militar con Egipto.

> *¡Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi Espíritu añadiendo pecado a pecado! (Is. 30:1).*

En el contexto de este versículo se descubre el carácter del Espíritu. La explotación sin escrúpulos del pueblo, unida a la soberbia y la mentira de los jefes de Judá que buscan seguridad en una alianza militar con Egipto contradice totalmente al Espíritu de Dios y sus propósitos. Al contrario, el Espíritu de Yahveh debe concebirse como el poder de la verdad, la pureza y la justicia que caracterizan las relaciones establecidas en el pacto. Allí es donde se revela más claramente la santidad de Dios. Vivir según el Espíritu de Dios aquí, es convivir confiados en la providencia protectora de Dios en las relaciones contenidas en su pacto misericordioso (Is. 30:1-18). Según Isaías, el Espíritu de Yahveh es primordialmente Espíritu de justicia y de paz (Is. 30:15-18).

Los profetas comienzan a hablar de las obras del Espíritu de una manera nueva y más global. El Espíritu no obra solo en las acciones extraordinarias, milagrosas e inexplicables, sino, muy especialmente, mediante una profunda y estrecha comunión con Dios y en el cumplimiento de su voluntad en todas las esferas de la vida, tanto cúltica como moral. En la crisis espiritual y moral de Judá se puso de manifiesto la inhabilidad humana para experimentar esta comunión con Dios y convertir sus preceptos en obras. Por eso hacía falta una transformación radical del corazón humano a fin de entrar en la órbita del Espíritu de Dios. Así es la visión unánime de la nueva era de salvación.

> *Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré den-*

tro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardaréis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios (Ez. 36:26-28).

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días... Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sión y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado (Jl. 2:28,29,32).

Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración (Zac. 12:10a).

Y aunque él no mencione específicamente al Espíritu, Jeremías, en 31:31-34 y 33:15-16, comparte con seguridad las mismas convicciones en cuanto al Espíritu de Dios y su papel en la vida de su pueblo. Esta intervención de Dios, mediante su Espíritu, alimentaba la esperanza profética de una nueva era de justicia y paz; y debido a la unción especial del Espíritu de Yahveh esta salvación habría de ser mesiánica.

Según esta visión profética, el Rey mesiánico sería portador del Espíritu por excelencia.

Saldrá un vástago del tronco de Jesé,
y un retoño de sus raíces brotará.
Reposará sobre él el Espíritu de Yahveh;
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y fortaleza,
espíritu de ciencia y temor de Yahveh,
y le inspirará en el temor de Yahveh.

.....

Justicia será el ceñidor de su cintura,
verdad el cinturón de sus flancos.

.....

Nadie hará daño, nadie hará mal
en todo mi santo monte,
porque la tierra estará llena del
conocimiento de Yahveh,
como cubren las aguas el mar (Is. 11:1-3a,5,9 BJ).

El Espíritu de Dios que había actuado a través de toda la historia de salvación por medio de caudillos y reyes, y muy especialmente mediante los profetas, habrá de derramar sobre el Mesías todas las virtudes presentes en los grandes hombres de Dios del pasado: sabiduría e inteligencia, consejo y fortaleza, ciencia y el temor de Yahveh. Su reinado dependerá de su sometimiento absoluto a la voluntad de Yahveh.

Y en este sentido Isaías de Babilonia describe al Siervo de Yahveh en términos muy similares.

He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones.

.....

Por medio de la verdad traerá justicia.
No se cansará ni desmayará,
hasta que establezca en la tierra justicia;
y las costas esperan su ley.

.....

Yo Jehová te he llamado en justicia,
y te sostendré por la mano;
te guardaré por la mano;
te guardaré y te pondré por pacto al pueblo,
por luz de las naciones (Is. 42:1,3b-4,6).

.....

El Espíritu del Señor Yahveh está sobre mí,
por cuanto que me ha ungido Yahveh.
A anunciar la buena nueva a los pobres
me ha enviado,
a vendar los corazones rotos,
a pregonar a los cautivos la liberación,
y a los reclusos la libertad;
a pregonar el año de gracia de Yahveh;

día de venganza de nuestro Dios,
para consolar a todos los que lloran (Is. 61:1-2 BJ).

Pero el Mesías no sólo habrá de ser ungido con el Espíritu de Dios. En un sentido muy real, el Mesías es representante del pueblo mesiánico. En la nueva era de la salvación toda la comunidad mesiánica habrá de participar de esta unción.

Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios (Ez. 11:19-20; cf. Is. 32:15; 44:3; Ez. 36:26-27; 39:29; Jl 2:28-29).

Vivir bajo el reino mesiánico será factible gracias a la participación en el mismo Espíritu de Dios. La influencia del Espíritu ya no se presentará mayormente en manifestaciones externas, sorprendentes, inexplicables, tales como el paso del viento por ejemplo. Ahora su acción esencial será tocar los fundamentos más profundos de la vida personal. Se trata del poder vivificador de la nueva creación. Aparece como milagro central de la nueva era, un regalo de Dios que facilita una participación plena bajo el reinado del Mesías. Y en lugar de expresarse en manifestaciones repentinas y pasajeras, el Espíritu actúa ahora permanentemente para crear comunión con Dios y con los hermanos y hermanas en la nueva familia mesiánica.

ESPIRITU DE DIOS: SUSTENTADOR DE LA VIDA DE SU PUEBLO

En el judaísmo posterior, el Espíritu de Dios llega a concebirse como el agente por medio del cual se hace realidad la presencia de Dios en medio de su pueblo. Por medio de él Yahveh derrama sobre su pueblo sus dones y sus beneficios salvíficos. Este concepto se refleja en la súplica colectiva hallada en Isaías 63:7-64:11

Mas ellos se rebelaron y contristaron
a su Espíritu Santo,

y él se convirtió en su enemigo,
guerreó contra ellos.
Entonces se acordó de los días antiguos de Moisés su siervo.
¿Dónde está el que los sacó de la mar,
el pastor de su rebaño?
¿Dónde el que puso en él su Espíritu Santo,
el que hizo que su brazo fuerte
marchase al lado de Moisés,
el que hendió las aguas ante ellos,
para hacerse un nombre eterno,
y el que les hizo andar por los abismos
como un caballo por el desierto,
sin que tropezaran,
cual ganado que desciende al valle?
El Espíritu de Yahveh los llevó a descansar.
Así guiaste a tu pueblo,
para hacerte un nombre glorioso (Is. 63:10-14; ver. Jer. 63:7-9).

La actividad del Espíritu de Yahveh se percibe dondequiera que la vida del pueblo de Dios ha sido sustentado mediante circunstancias impresionantes y poderes maravillosos. Pero no sólo se ha manifestado el Espíritu de Yahveh en las grandes iniciativas salvíficas en el pasado. Y no sólo será la esperanza del pueblo de Dios para una era de salvación futura. También se le reconoce como guía y protector en el presente. Ante el desafío de reconstruir el templo tras el retorno del exilio, el profeta compartió la promesa de Dios a su pueblo: "Así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis" (Hag. 2:5). Y ante la aparente debilidad del gobernador Zorobabel que no contaba ni con tropas ni con aliados militarmente fuertes, vino la palabra de Yahveh, "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Zac. 4:6).

Si bien es cierto que la orientación y el sostén del Espíritu de Yahveh se experimentaban en las dimensiones comunitarias del pueblo de Dios, también notamos una dimensión personal, especialmente en los libros sapienciales. Profundamente impresionado por sus pecados, el individuo implora,

Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
y renueva un espíritu recto dentro de mí,
no me eches de delante de ti,
y no quites de mí tu santo Espíritu
(Sal. 51:10-11).
El individuo, al igual que la comunidad,
reclama la dirección
del Espíritu para todo aspecto de su vida.
Enséñame a hacer tu voluntad, porque
tú eres mi Dios; tu buen Espíritu me guíe
a tierra de rectitud (Sal. 143:10).

La actividad del Espíritu en el Antiguo Testamento abarca tanto las dimensiones individuales como las comunitarias. Pero también notamos que la obra conductora del Espíritu se hace presente en todas las áreas de la vida. Se depende del Espíritu para la recta conducta colectiva del pueblo de Dios (Nm. 27:17; Dt. 34:9; I Cr. 12:18). El Espíritu también inspira a consejeros proféticos en momentos de crisis (II Cr. 15:17). E incluso inspira a una serie de artesanos en su contribución a la vida litúrgica de Israel (Ex. 28:3; 31:2-5; 35:31-33). De esta manera se llega a entender que toda la vida del pueblo de Dios encuentra su fundamento en el poder del Espíritu a fin de que todo aspecto de la existencia refleje la voluntad divina. Sólo bajo el poder renovador del Espíritu llegará Israel a ser un pueblo santo. La actuación del Espíritu de Yahveh en su pueblo apunta hacia la realización del reino de Dios en la tierra.

El Espíritu en el Antiguo Testamento siempre es el Espíritu de Yahveh, el Dios del pacto, el Dios de toda la historia salvífica y el Dios de la nueva era de salvación esperada. El mismo Espíritu que había actuado mediante los caudillos, reyes y profetas en Israel ahora sigue presente en estrecha asociación con la palabra escrita. Es precisamente el Espíritu que reviste de vida la palabra del pasado, haciéndola presente y dotándola de una autoridad inmediata. Junto al Espíritu de Dios presente en su pueblo está la palabra que El ha enviado mediante sus mensajeros. Estos dos constituyen el contenido del pacto eterno que une al pueblo con su Dios.

Y éste será mi pacto con ellos, dijo Jehová: El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dijo Jehová, desde ahora y para siempre (Is. 59:21; ver Dt. 30:14).

Dios mismo eligió a este pueblo insignificante, terco y muchas veces desobediente. El puso su Espíritu en medio de ellos y les dio su Palabra. Por esto el Antiguo Testamento no se vuelca hacia un misticismo espiritualizado de relación ahistórica e inmediata con Dios en que fácilmente se pierde de vista tanto la profundidad del pecado humano como la majestad de Dios. Al contrario, el Espíritu remite constantemente a un nuevo y obediente aprendizaje de la palabra de Dios. Y el Espíritu y la palabra sostienen la vida del pueblo de Dios hablándole tanto del juicio como de la misericordia. Se forma así la comunidad de Dios en la que el poder del Espíritu y de la palabra se constituye en instrumento santo de Dios para el cumplimiento de sus propósitos en el mundo.

II

EL ESPIRITU DE JESUS

De acuerdo con la visión veterotestamentaria, el Espíritu de Dios estuvo activo en la creación. También había potenciado el proyecto salvífico de Dios mediante sus intervenciones salvadoras en la historia de Israel. Pero en forma muy especial el Espíritu habría de actuar en la consumación de una nueva era de salvación mesiánica. En forma sin precedentes el Mesías sería revestido del Espíritu de Dios a fin de restaurar el reino de Yahveh caracterizado por justicia y paz. De modo que la visión del Espíritu reflejada en el Antiguo Testamento se culmina en el Mesías.

Esta es la visión que recogieron los cuatro evangelios, enfocándola con toda claridad en la persona de Jesús de Nazaret. Los evangelistas coinciden en su convicción que la nueva era de salvación había amanecido. Esta salvación es mesiánica, pues Jesús había sido ungido con el Espíritu de Yahveh de una manera única. El Espíritu de Dios vino sobre Jesús y habitó en él y actuó por medio de él con un poder singular. Sólo por medio de él llegarían sus discípulos a experimentar esta presencia divina, pues él es el que lo hace accesible a sus seguidores. Incluso, de allí en adelante el Espíritu de Yahveh sería conocido y experimentado como el Espíritu de Jesús el Mesías.

JESUS: UNGIDO DEL ESPIRITU DE UNA MANERA UNICA

Los cuatro evangelios son unánimes en su apreciación de la importancia clave del bautismo de Jesús, junto con la venida sobre él del Espíritu de Dios y las palabras de comisión mesiánica que se escucharon desde el cielo abierto. Todos colocan su relato de este evento hacia el principio de su evangelio (Mt. 3:16-17; Mc. 1:10-11; Lc. 3:21-22; Jn. 1:32-33). Y para todos era una señal clara que la nueva era de salvación mesiánica había amanecido.

Para Juan ésta es la primera de unas 15 referencias al Espíritu de Dios que aparecen en su evangelio. Pero los demás habían avisado anteriormente, en una forma o en otra, que la nueva era del Espíritu ya comenzaba. Por su parte Mateo señala que la concepción misma de Jesús respondía a la obra del Espíritu Santo (1:18,20). El mismo Espíritu que insufló vida en el primer hombre (Gn. 2:7) ahora está activo en el nacimiento del postrer Adán. Pero no sólo esto. Mateo quiere que sepamos que el Espíritu de Dios está presente en Jesús en una forma singular y única desde el primer momento de su vida.

Los cuatro evangelistas narran el testimonio de Juan el Bautista acerca de Jesús. Marcos y Juan señalan sencillamente que "él os bautizará con Espíritu Santo" (Mc. 1:8; Jn. 1:33). Mateo y Lucas dicen que "él os bautizará con Espíritu Santo y fuego" (Mt. 3:11; Lc. 3:16). La convicción unánime de los evangelistas parece ser que Jesús, de aquí en adelante, será el único dispensador del Espíritu. A partir de aquí, no será posible recibir al Espíritu excepto mediante Jesús.

La adición del término "fuego" en la versión de Mateo y de Lucas sirve para subrayar que el Espíritu en que Jesús habría de bautizar sería el mismo Espíritu de Yahveh. El fuego era el elemento que simbolizaba la divinidad en el Antiguo Testamento. Frecuentemente indicaba la presencia del Dios Salvador que ocupaba un lugar destacado con los actos litúrgicos en que el hombre entraba en contacto con

Dios su Salvador (Lv. 1:7ss.; 6:2,6). En las grandes teofanías en el Antiguo Testamento Dios aparecía rodeado de fuego (Gn. 15:17; Ex. 3:1ss.; 13:21ss.; Núm. 14:14; Is. 6; Ez. 1:4ss.; Jl. 3:3).

Los textos de *Qumrán* se refieren al Dios que viene "en fuego" para juzgar, es decir, cumplir con sus promesas a los elegidos y suprimir el mal de en medio de ellos. Esta alusión a un "juicio" mesiánico también puede tener sus raíces en la visión profética de Malaquías 3:1-2; 4:1-2 (Stuhlmueller, 1972: 44:49).

Entre los evangelistas, Lucas es el que más destaca la actividad del Espíritu en la nueva era de salvación. Hay unas setenta referencias en Lucas-Hechos, comparado con quince en Mateo, con seis en Marcos y quince en Juan. Desde el principio mismo del evangelio de Lucas abundan las referencias al Espíritu. Lucas concuerda con los otros evangelios que Jesús es el único portador mesiánico del Espíritu de Dios. Sin embargo, la instauración de la nueva era de salvación ya comenzaba con la aparición de Juan el Bautista, quien "será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre" (Lc. 1:15). Con la llegada de Juan, y todavía más con la aparición de Jesús, habría una explosión de actividad profética inspirada por el Espíritu.

Los escritores rabínicos afirmaban repetidamente que el Espíritu Santo se había retirado del pueblo de Dios luego de desaparecer los últimos profetas, Hageo, Zacarías y Malaquías. Y lo que era todavía peor, el Espíritu de Dios y la *shekinah*, o gloria, de Yahveh ya no estarían presentes en el templo (Green, 1977: 36). Predominaba una nostalgia pesimista en Israel ante la ausencia de las glorias pasadas, de una era en que el Espíritu de Yahveh dotaba a caudillos e inspiraba a profetas para efectuar su salvación.

Pero entre los judíos sencillos y piadosos reinaba una expectación viva a la luz de las promesas de Isaías, Ezequiel, Jeremías y Joel relativas a la nueva era mesiánica de liberación y la restauración del reino de Yahveh mediante la obra de su Espíritu. La promesa del ángel a Zacarías, que el ni-

ño a nacer sería "lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre" y que iría delante del Señor "con el espíritu y el poder de Elías" (Lc. 1:15,17), era un recuerdo claro de la visión de Malaquías 3:1-4:6 y era una indicación cristalina que los años del silencio del Espíritu de Dios se acababan y que ya comenzaba a irrumpir la nueva era del Espíritu.

En el Evangelio de Lucas, era el ángel que anunció la intervención del Espíritu Santo en la concepción y el nacimiento de Jesús. "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios" (Lc. 1:35). Este lenguaje evoca la nube luminosa, señal de la presencia y gloria de Dios que habitaba, primero en Sinaí (Ex. 24:16), luego en el tabernáculo en el desierto (Ex. 40:35) y, finalmente, en el templo de Salomón (I R. 8:10). Así también, el Espíritu de Yahveh se hizo presente, en su gloria y su poder creador (Gn. 1:2; 2:7), en la formación de un cuerpo para su Mesías. La concepción y el nacimiento de Jesús dependieron plenamente de la intervención poderosa del Espíritu Santo. Es digno de resaltar que Lucas emplea la misma expresión en Hechos 1:8 para referirse a la creación de la comunidad mesiánica pentecostal, el nuevo cuerpo de Cristo encargado con la tarea de llevar a cabo su misión en el mundo.

En el Evangelio de Lucas, Elisabet, Zacarías y Simeón participaron todos de esta nueva manifestación salvífica de Dios mediante su Espíritu. Sin duda, ellos, junto con José, María y Ana representaban a ese grupo de fieles piadosos que vivían esperando "la consolación de Israel", la intervención del Espíritu de Yahveh en la restauración mesiánica de su pueblo. Las alusiones de Zacarías a Malaquías 3:1 e Isaías 9:2 (Lc. 1:76,70) y las citas de Simeón tomadas de Isaías 42:6 y 49:6 (Lc. 2:32) señalan que las expectativas de todos estaban enfocadas hacia la actividad del Espíritu de Dios en la nueva era de salvación mesiánica.

Cada uno de los cuatro evangelios se inicia con el relato del bautismo y la comisión mesiánica de Jesús, junto con la

venida sobre él del Espíritu de Dios en forma única. De modo que esto es un elemento fundamental de su mensaje. Jesús vino al Jordán para ser bautizado por Juan. Los relatos del evento manifiestan cierta resistencia a recordar que Jesús se sometió al bautismo administrado por Juan. Marcos lo narra en forma escueta y directa (Mc. 1:9). Mateo informa de la reticencia inicial de Juan que finalmente cedió a fin de "cumplir toda justicia", es decir, someterse a las prácticas asociadas con un recto estilo de vida judía (Mt. 3:15). Lucas y Juan anteceden sus relatos con un testimonio de Juan sobre la primacía absoluta de Jesús (Lc. 3:15-16; Jn. 1:29-31).

Pero, sin duda, lo más fundamental en estos relatos es la teofanía, o manifestación divina, que acompaña al bautismo en agua. Contiene profundas implicaciones teológicas, cristológicas y neumatológicas. Hay una notable coincidencia entre las cuatro presentaciones de este acontecimiento. Los elementos esenciales son cuatro.

1) "Los cielos le fueron abiertos". En la literatura apocalíptica judía esta imagen solía implicar una visión de los secretos celestiales (Ez. 1:1). Pero esta frase evidentemente es una alusión directa a Isaías 63-64. Allí se relata la plegaria de un pueblo que se ha rebelado contra el Espíritu de Yahveh que los conducía. Y en su arrepentimiento clamaban a Dios: "Mira desde el cielo, y contempla desde tu santa y gloriosa morada... Oh, si rompieses los cielos, y descendieras" (Is. 63:15; 64:1). Marcos, incluso, emplea el término griego, *skidzoménous* ("siendo rotos"), en su texto. Y Mateo y Lucas siguen textualmente la versión griega del Antiguo Testamento en sus relatos. La plegaria de Isaías 63-64 suplica a Dios que repita, por última vez, las grandes acciones salvíficas a favor de su pueblo, y sobre todo, que les guíe en un nuevo éxodo liberador.

De modo que la venida del Espíritu de Yahveh sobre Jesús es la respuesta a esta plegaria. En Jesús, ungi-

do con el Espíritu de Yahveh, se inicia la creación de una comunidad que camina hacia una nueva tierra prometida más gloriosa, el reino de Dios. El pueblo mesiánico está representativamente presente en la persona del Mesías. En su bautismo y unción con el Espíritu esta realidad se hace presente en Jesús en forma anticipada. En pentecostés también se hará realidad en la nueva comunidad mesiánica . Juan ofrece una variación de esta visión del cielo abierto. El cielo permanece abierto durante todo el ministerio de Jesús y "los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre" (Jn. 1:51).

2) "Y descendió el Espíritu Santo sobre él". Esta frase recuerda también a Isaías, 63:11,14 con su referencia a la forma en que el Espíritu de Yahveh descendió sobre el pueblo de Israel durante el éxodo. En las versiones de Mateo Y Marcos es Jesús quien contempla esta visión del descenso del Espíritu de Dios. En los relatos de Lucas y Juan parece que la visión fuera más pública, ya que Juan, por lo menos, también fue testigo. Es difícil sobrestimar la importancia de esta visión del descenso del Espíritu para los evangelistas. En medio de un ambiente donde se lamentaba la ausencia del Espíritu de Yahveh desde la época de los últimos profetas, el anuncio que el Espíritu ha descendido de nuevo sobre Jesús de Nazaret sería electrizante. Y reviste con mayor realismo el concepto neotestamentario de la vida y ministerio de Jesús. También subraya la unicidad de la relación del Espíritu con Jesús.

3) "Como una paloma". A veces se entiende la paloma como símbolo del Espíritu Santo, pero este simbolismo no aparece explícitamente en la Biblia. Lo encontramos únicamente en la literatura rabínica judía. En la tradición hebrea más antigua la paloma era símbolo del pueblo de Dios (Os. 11:11; Sal. 68:13; 74:19). Aquí representa, sin duda, el pueblo restaurado de Yahveh, el nuevo Israel representativamente presente

en el Mesías. Lucas hace más gráfico este simbolismo señalando que "descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma" (Lc. 3:22). Los símbolos y visiones eran rasgos importantes en la literatura judía de tipo apocalíptico. Es posible comunicar, a través de los símbolos, aspectos ocultos de una realidad dinámica que de otra manera pasarían desapercibidos. Esto ayuda a entender el uso de los símbolos en este relato. Refleja la ardiente convicción que el Padre había inculcado en Jesús. La nueva era de salvación para el pueblo de Dios, la era del Espíritu, había amanecido mediante la misión mesiánica de Jesús.

4) "Vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia". Esta voz del cielo reviste una tremenda importancia para comunicar la intención de los evangelistas. Implica que la larga era del silencio de Dios ha concluido. Dios ha vuelto a hablar. Los cielos ya no están cerrados en misterio. En el judaísmo tardío los rabinos pensaban que al final de la era profética Dios había retirado su Espíritu de Israel. Pero había dejado un sustituto. Lo llamaban *bath qol* que literalmente significa "hija de la voz" o "eco". Con la venida del Espíritu de Yahveh sobre Jesús, el silencio de Dios se ha roto. Y el tiempo de hablar mediante la débil voz del eco ha dado lugar a una nueva era. Dios habla ahora a través de su hijo ungido de forma exclusiva y única por su Espíritu.

Pero el contenido del mensaje del cielo es todavía más sorprendente. Parecería ser una combinación de dos textos del Antiguo Testamento, Salmo 2:7 e Isaías 42:1. "Mi hijo eres tú" parece ser tomado del Salmo 2:7. Es un Salmo real en que el rey es llamado "hijo" de Dios. Siguiendo una variante textual, la Biblia de Jerusalén traduce el mensaje del cielo, "Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado". Si fuera así, la referencia sería más claramente del Salmo 2:7.

A pesar de esta tradición antigua, los reyes en Israel pocas veces vivieron a la altura de la intención de Dios para sus hijos ungidos. Pero persistía en Israel la esperanza que en los últimos tiempos Dios traería un Hijo mesiánico que se sentaría sobre el trono de David. Así que la voz del cielo declara que en Jesús había llegado ese rey mesiánico, el hijo de David prometido.

Pero aún más importante, las palabras también son una referencia a Isaías 42:1. "He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones". Así se refleja la intención divina que el reino del Hijo mesiánico sea a la manera del siervo sufriente de Yahveh. No será Mesías regio y conquistador al estilo del Salmo 2:7, sino siervo que proclama y sufre. Sorpresivamente, mediante su sufrimiento vicario él instaurará la justicia en toda la tierra (Is. 42:4).

Es fácil entender cómo los escritores bíblicos podían pasar tan fácilmente del concepto de "hijo" al de "siervo". En griego el vocablo *pais* significa tanto "siervo" como "muchacho", facilitando el traslado del concepto de "Hijo" al de "siervo" para los lectores del texto griego. Sea como fuera, Isaías 11:2sss e Isaías 42:1ss. están de acuerdo que el rey mesiánico será investido del Espíritu de Yahveh para el cumplimiento de su misión, y que ésta consiste en la instauración del reino divino de justicia y paz.

De modo que la futura era mesiánica vislumbrada por los profetas ya ha amanecido en la persona de Jesús. Jesús, el Hijo mesiánico y el siervo sufriente de Yahveh ha sido dotado con el Espíritu de Yahveh para inaugurar la nueva era de salvación. Por esto las palabras con que Jesús habría de comenzar su misión no nos sorprenden, "El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado" (Mc. 1:15).

Consecuentes con su énfasis sobre el papel del Espíritu de Yahveh en la misión mesiánica de Jesús, los tres evangelios sinópticos atribuyen al Espíritu un papel fundamental en su confrontación con Satanás (Mt. 4:1; Mc. 1:12; Lc.

4:1). Jesús fue "llevado" (Mateo y Lucas) o "impulsado" (Marcos) al desierto donde confronta la tentación satánica. En su descripción del encuentro, Marcos es el más escueto. Condensa los 40 días de combate con el enemigo en un solo versículo. Los relatos más amplios de Mateo y Lucas permiten entender algo de la naturaleza de este combate.

Investido de manera única por el Espíritu de Yahveh, Jesús el siervo mesiánico derrocó, en principio, el imperio satánico. En el desierto Jesús subyuga a los poderes hostiles y vive, como nuevo Adán que es, en armonía con las fieras (Is. 11:6-9; Gén. 3:19-20). El desierto, lugar de la tentación de Jesús, también había sido lugar de prueba para Israel durante los 40 años después del éxodo. Esta confrontación con el tentador duró 40 días y Jesús salió victorioso donde sus antepasados habían fracasado. En el poder del Espíritu de Yahveh, la era del cumplimiento mesiánico, la era de la derrota de Satanás, ha comenzado.

¿Quién era el contrincante de Jesús? En el Antiguo Testamento el término *ruah* se empleaba también para referirse a espíritus malos y rebeldes contra Yahveh. Su actividad perversa es mencionada en algunos de los primeros libros del Antiguo Testamento (Jue. 9:23; I Sm. 16:14; I R. 22:21). En última instancia estos espíritus permanecen sujetos a Dios. En el pensamiento hebreo no hay lugar para una visión dualista, de modo que aún los espíritus malos, en última instancia, están bajo el control de Yahveh. En algunos libros tardíos del Antiguo Testamento éstos aparecen personalizados en Satanás (I Cr. 21:1ss.; Job 1:6ss.; Zac. 3:1ss.). Durante el período entre los dos testamentos hubo en medio de los judíos especulación acerca de estos espíritus y el príncipe de ellos. Se concebían como distorsiones de la originalmente buena creación de Dios. Y, aunque se les permite hacer daño y tentar a los seres humanos, finalmente serán juzgados y quedarán sujetos (Green, 1977:38). Se destaca a través de toda la misión mesiánica de Jesús esta lucha contra los espíritus del mal.

Las tentaciones a que Jesús fue sometido fueron esen-

cialmente mesiánicas. ¿Qué tipo de Mesías habría de ser? ¿Cómo restaurar el reino de Dios en esta tierra? Por lo tanto, las tres tentaciones tienen que ver con el ejercicio del poder.

La primera tentación era ésta: "Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan" (Mt. 4:3). Era una tentación a recurrir al poder para hacer milagros y así proveer las necesidades más inmediatas. ¿Se habrá de ganar al pueblo respondiendo a sus deseos más inmediatos o aceptando el sufrimiento que exige la obediencia al Padre? Aunque la tentación en la versión lucana es más personal (se emplea el singular, "piedra" y "pan"), la versión mateana implica que la tentación de Jesús es, en realidad, también la tentación de todo el pueblo de Dios (plural, "piedras" y "panes"). La respuesta de Jesús, tomada de Deuteronomio 8:3, no niega la realidad de la compasión divina ante las necesidades naturales humanas, sino que las coloca en el contexto de toda la intención salvífica de Dios. No es cuestión de colocar las necesidades espirituales de las personas por encima o por debajo de sus necesidades materiales. En cuanto los hombres vivan de toda palabra que sale de la boca de Dios, también habrá el sustento necesario.

La segunda tentación: "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra" (Mt. 4:6). Era una tentación a imponer la fe mediante un despliegue espectacular y convincente. Aunque muchos esperaban esta clase de Mesías, Jesús rechazó la tentación de basar sus reclamos mesiánicos sobre la ostentación y las maravillas que sería capaz de producir. Y la razón, basada en Deuteronomio 6:16, era porque Dios desea la obediencia más que los "resultados" esperados. E intentar convencer mediante la temeridad es una estrategia que no concuerda con el carácter de Dios. En el reino de Dios se llega a la salvación por el camino humilde y costoso de la fe y la obediencia a Dios.

La tercera tentación: "Y le mostró todos los reinos del

mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares" (Mt. 4:8b-9). Aquí seguramente no se trataba de un culto satánico en el sentido formal. Pero sí, en el sentido más profundo, era una tentación a la idolatría. Adoramos a aquello a que dedicamos nuestro tiempo y nuestros esfuerzos. Era una tentación al mesianismo secular, a emplear el poderío político, y para alcanzar los fines de la misión mesiánica. Esta es la descripción simbólica de una batalla a muerte de proporciones históricas y cósmicas (véase Ap. 13:1-8). Jesús rechazó la tentación a un mesianismo popular basado en el poder político. Y la razón era porque representaba una alternativa esencialmente idolátrica, pues sólo Dios es digno de la adoración y el servicio obediente de su Mesías, al igual que de su pueblo (Dt. 6:13).

Las tentaciones de Jesús no se acabaron con los 40 días en el desierto. Se hicieron presentes a través de toda la carrera mesiánica de Jesús hasta la víspera misma del calvario. El cuarto evangelio no contiene un relato de las tentaciones en el desierto. Sin embargo Juan narra ejemplos de las mismas tentaciones en la vida de Jesús. La provisión de alimentos para las multitudes muy bien puede conducir a una lealtad efímera (Jn. 6:26-34). La tentación a "manifestarse al mundo" con las obras que hacía se le presentó a Jesús en el consejo de sus hermanos incrédulos (Jn. 7:1-5); y en las señales impresionantes estaba latente la tentación a dejarse proclamar rey (Jn. 6:14-15). En los evangelios sinópticos también se presentan estas tentaciones una y otra vez (Mt. 16:21-23 y paralelos; Mt. 26:53-54; Jn. 15:10-11; et al.).

La intención de los evangelistas en sus relatos parece ser clara. Jesús recibió su comisión mesiánica juntamente con una investidura única del Espíritu de Yahveh. Y ser Mesías con la unción especial del Espíritu de Yahveh era ser rey al estilo del siervo sufriente. Así que en el poder del mismo Espíritu, Jesús resistió todas las tentaciones que se le presentaron a ser otra clase de Mesías.

En Juan 3:34,35 leemos: "Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por me-

dida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano". ¿A quién da Dios el Espíritu sin medida? El contexto de estos versículos indica que Jesús es el objeto de esta donación divina del Espíritu. Y ya que el Espíritu es otorgado a Jesús en un grado desbordante y único, él puede discernir y hablar el mensaje del Padre con autoridad. Mediante una unción del Espíritu de Yahveh, la ley había venido por medio de Moisés, y en su momento, los profetas hablaron palabra de Yahveh. Pero "la gracia, y la verdad vinieron por medio de Jesucristo... él le ha dado a conocer" (Jn. 1:17,18). Ungido del Espíritu de Yahveh de esta manera pródiga, Jesús pudo discernir la mente y la intención del Padre con una claridad única.

Sin duda el carácter diabólico de las tentaciones mesiánicas no era tan claro en las situaciones concretas que requerían una decisión en la vida de Jesús, como los relatos simbólicos de los evangelistas nos hacen pensar. Las tentaciones a ejercer el poder de la fuerza sobrenatural, la temeridad, y hasta la coacción en beneficio del establecimiento del reino de Dios habrán sido realmente atractivas y hubieran gozado de aprobación popular. Discernir contra la corriente la naturaleza diabólica de estos métodos atractivos y populares sólo sería posible mediante la claridad de visión que le proporcionaba la presencia plena del Espíritu de Yahveh sobre él. De modo que el énfasis sobre el papel del Espíritu Santo en la vida de Jesús al confrontar las tentaciones no se debía a una mera casualidad. Discernir con tanta claridad la intención de Dios para la humanidad, y para su Mesías en particular, sólo era posible mediante el poder del Espíritu otorgado "sin medida" a Jesús.

La fidelidad persistente de Jesús a la intención de Dios para su Mesías en el mundo se debía muy especialmente a la unción del Espíritu sobre él. Lucas 4 hace énfasis en esto de forma singular. "Jesús, lleno del Espíritu Santo volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto... Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo. Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea... Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abier-

to el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí" (Lc. 4:1,13,14a,17,18a). Desde el principio mismo, la misión mesiánica de Jesús fue llevada a cabo en el poder del Espíritu de Dios.

En resumen, el Espíritu de Dios en los evangelios es primordialmente el Espíritu que inspira y guía a Jesús en su misión mesiánica. Y, como veremos más adelante, a partir de pentecostés el Espíritu de Dios cumplirá la misma función en la comunidad mesiánica, cosa que ya se vislumbraba en los relatos de las tentaciones de Jesús. Las tentaciones no le afectan únicamente a Jesús, sino también a la iglesia encargada de llevar adelante su misión. Y Jesús ha demostrado cómo la iglesia también debe superar estas tentaciones para la integridad de su propia vida, al igual que para la de su misión.

Jesús mediante el poder del Espíritu vencía las fuerzas demoniacas. "Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios" (Mt. 12:28). Y Lucas menciona el "gozo en el Espíritu" que experimentó Jesús ante la misión de los setenta en que decían, "Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre" (Lc. 10:17-21). La forma en que Jesús, investido del Espíritu de Dios, confrontaba los poderes malignos asombraba a los observadores. "Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo, ¿Qué es esto?... que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen" (Mc. 1:27) Las sanidades y los exorcismos de Jesús surgen de una sola fuente. Dios había ungido con su Espíritu al Mesías a fin de llevar a cabo su misión en la tierra (Mt. 12:15-21). Las advertencias de Jesús en relación con el pecado contra el Espíritu Santo sencillamente subrayan el énfasis en los evangelios sobre el papel del Espíritu de Dios en toda la misión mesiánica de Jesús (Mt. 12:31-32; Mc. 3:29; Lc. 12:10).

El contexto en que aparece esta advertencia en relación con el pecado contra el Espíritu Santo en Mateo y Marcos es la acusación farisaica que la fuente de este poder libera-

cionista manifestado en el ministerio de Jesús era en realidad demoniaca, es decir, que procedía de "Beelzebú, príncipe de los demonios". Ante esta evaluación de su actividad mesiánica, Jesús respondió, "A cualquiera que dijera alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero" (Mt. 12:32). Una cosa es entender mal a Jesús en su misión mesiánica, de tergiversar el significado de sus hechos y enseñanzas, o no comprenderle en su humilde servicio y en su disposición a sacrificarse en favor de otros. Pero otra cosa muy distinta es ver la verdad con claridad y rechazarla deliberadamente, atribuyendo al príncipe de los demonios la obra por excelencia del Espíritu Santo, cual es la de investir con poder al Mesías para cumplir con la misión de Dios en la tierra. La actividad salvífica de Dios en el mundo sólo se lleva a cabo mediante las acciones de su Espíritu. Y cuando intencionalmente se cierran los ojos ante estas realidades no hay forma en que Dios pueda llegar hasta la persona. Quien se niega a recibir la acción del Espíritu hace que le resulte imposible reconocer la obra y la palabra salvíficas de Dios. Sólo puede ser perdonado el que reconoce su necesidad de perdón.

En los tres evangelios sinópticos encontramos unas pistas que anticipan el papel que jugará el Espíritu en la comunidad mesiánica pentecostal. Ante la necesidad de ser testigos (mártires) en medio de la oposición al reino de Dios y la persecución, el pueblo mesiánico podrá contar con el sostén del Espíritu. "Porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mt. 10:19b-20; cf. Mc. 13:11; Lc. 12:12).

Lucas parece haber considerado el don del Espíritu como característica suprema del reino traído por el Mesías. Donde Mateo recordaba las palabras de Jesús, "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?" (Mt. 7:11), Lucas ha cambiado "buenas cosas" por "el Espíritu Santo" (Lc. 11:13). Sin

embargo, son raras las referencias a la actividad del Espíritu en la comunidad mesiánica en los evangelios. Con la excepción de éste y de los textos citados arriba, el énfasis recae en la forma en que Jesús ha sido dotado del Espíritu de Dios para su obra salvífica en la tierra.

Sólo en Jesús reside plenamente el Espíritu . El texto de Isaías 61:1-2 citado en Lucas 4:18-19 apunta a esta realidad.

El Espíritu del Señor está sobe mí,
por cuanto me ha ungido para dar buenas
nuevas a los pobres;
me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;
a pregonar libertad a los cautivos,
y vista a los ciegos;
a poner en libertad a los oprimidos;
a predicar el año agradable del Señor.

Este texto ocupa un lugar clave en la organización del Evangelio de Lucas. Introduce un anticipado resumen del libro (4:18-30). La frase clave, "El Espíritu del Señor está sobre mí", anticipa simbólicamente la naturaleza fundamental de la misión mesiánica. Jesús es el ungido por excelencia. Toda la misión mesiánica de Jesús se realizaría bajo la unción del Espíritu. Y esto es lo que los evangelistas no se cansan de decirnos en varias formas.

JESUS: DADOR DEL ESPIRITU

Todos los evangelios están de acuerdo. Jesús es portador único del Espíritu de Yahveh. Y en su poder fue comisionado a inaugurar la nueva era mesiánica. Pero también hay acuerdo en cuanto a otra cosa. El habrá de derramar el Espíritu sobre sus seguidores. De modo que Jesús también es el dispensador único del Espíritu. Se recibe sólo mediante Jesús. El Espíritu no viene independientemente. Los evangelistas expresan esta realidad de varias maneras.

Como hemos anotado, todos señalan que el Mesías bautizará con Espíritu Santo (Mt. 3:11; Mc. 1:8; Lc. 3:16; Jn. 1:33). Juan el Bautista, al advertir del juicio y la ira venidera, aparentemente vislumbraba los tiempos de cumplimiento

mesiánico. Su bautismo era preparación para la nueva era que amanecía. La misión profética de Juan parece ser anticipada en la visión de Ezequiel 36:25-26a. "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros".

Pero como hemos notado ya, este "bautismo con el Espíritu" se daría luego de la muerte y la resurrección de Jesús. El cuarto evangelio lo expresa con claridad. En relación con los "ríos de agua viva" que surgirían en los seguidores de Jesús, Juan añade, "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él, pues aún no había venido el Espíritu Santo porque Jesús no había sido aún glorificado" (Jn. 7:39; cf. Zac. 14:8; Ez. 47:1-12).

Generalmente hemos interpretado Juan 7:37-39 desde la perspectiva individual de cada creyente que habría de recibir el Espíritu luego de la glorificación de Jesús. Y del corazón de cada uno brotarían, como si fuera de una fuente en el interior de cada persona, los beneficios del Espíritu. (Por ejemplo, véase la traducción de la versión popular). Y, en realidad, el pasaje en Juan 4:14 parecería respaldar esta interpretación. (Aunque, deberíamos notar que en Juan 4:14 la referencia inmediata no es al "Espíritu Santo", sino a "la vida eterna").

Sea esto como fuera, cuando examinamos los textos del Antiguo Testamento que, en aparencia proveen el punto de referencia aquí, notamos que el enfoque es fundamentalmente mesiánico y más colectivo que individual. Según la visión reflejada en Zacarías 14:8-9, en el tiempo de la restauración mesiánica del pueblo de Dios, "saldrán de Jerusalén aguas vivas... y Jehová será rey sobre toda la tierra". En Ezequiel 47:1-12 el cuadro es el de aguas que salen de la casa en que Yahveh ha renovado su morada en medio de su pueblo. Y este río, que aumenta en profundidad y anchura a medida que corre, será para la sanidad de los pueblos, "y vivirá todo lo que entrare en este río". A la luz de estos textos veterotestamentarios, donde las aguas salen de la presencia de

Dios en medio de su pueblo restaurado para salvación de las naciones, la traducción que ofrece la Biblia de Jerusalén de Juan 7:37-39 parecería ser más adecuada.

> *El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, grito:*
> *Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí,*

como dice la Escritura:

> *De su seno correrán ríos de agua viva.*
> *Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado.*

Un sencillo cambio en la puntuación de los versículos 37 y 38 permite interpretar la alusión tomada del Antiguo Testamento como referencia primordialmente a Jesús, más bien que a los creyentes. (Debemos recordar que en los manuscritos griegos más antiguos no se empleaba la puntuación). Esta interpretación nos permite ver a Jesús como el cumplimiento de la visión profética. Jesús representa la morada renovada de Dios en medio de la humanidad y él, como Mesías de Dios, representa al nuevo pueblo mesiánico que supera las instituciones judías, tales como el templo y la ciudad santa. Así que, de Jesús corre el río de aguas de sanidad que harán su efecto benéfico en las vidas de todos los que habrán de recibir su Espíritu.

En su primer capítulo, Juan destaca la unción de Jesús por el Espíritu cumpliéndose así las esperanzas de la nueva era mesiánica de salvación. Pero Jesús es portador del Espíritu de Dios en forma única. Luego, al final del evangelio y después de su muerte y resurrección, Jesús cumple la segunda parte de la expectativa veterotestamentaria en cuanto al Espíritu de Dios. "Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20:21-22). Junto con la misión que el Padre le había encargado, Jesús también otorgó a sus discípulos el Espíritu que había recibido de Dios. Jesús confiere tanto su

misión como su Espíritu a la comunidad. El uso de la palabra, "sopló", es significativo. Es el mismo término empleado en la versión griega de Génesis 2:7 para referirse a la creación del primer hombre. Aquí se trata de una nueva creación, de una nueva humanidad investida con el Espíritu de Dios mismo, otorgado por Jesús luego de su "glorificación".

Este es el acontecimiento que Lucas describe en Los Hechos de los Apóstoles. Aunque los detalles varían, los hechos son los mismos. Jesús, el Mesías glorificado es el que otorga el Espíritu sobre sus discípulos para continuar la misma misión encargada por el Padre. No será necesario armonizar la descripción de Juan con la de Lucas. Las variaciones corresponden a diferencias en sus propósitos. Debemos recordar que los escritores bíblicos están interesados primordialmente en los sentidos teológicos e históricos de su mensaje y de manera secundaria en las circunstancias cronológicas y estadísticas.

Jesús es dispensador único del Espíritu. Es el Jesús glorificado, es decir, muerto y resucitado. Pero no por eso, un Cristo espiritualizado y diferente del Jesús de la historia. Es el Jesús ungido por el Espíritu de Dios y comisionado con la misión mesiánica de Dios en la tierra. Es el Jesús que fue fielmente obediente al Padre hasta la muerte misma. Es el Jesús que les mostró a sus discípulos "las manos y el costado" (Jn. 20:20). Este es el Jesús que otorga el Espíritu a la iglesia.

EL ESPIRITU ES ESPIRITU DE JESUS

La relación entre Jesús y el Espíritu es tan estrecha, que el Espíritu puede identificarse como el Espíritu de Jesús, como en efecto sucede unas 8 veces en el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento el Espíritu de Yahveh se manifestaba esporádicamente en una variedad de formas. En cambio en Jesús de Nazaret, el largamente esperado profeta del tiempo del fin, la presencia del Espíritu de Dios se manifiesta en forma personal, constante y permanente. Ahora vemos al Espíritu revestido de la personalidad y el carácter de Je-

sús. Dicho de otra forma, el Espíritu de Dios se hace presente por medio de la humanidad de Jesús. Y luego de su resurrección Jesús otorgó el Espíritu a sus seguidores.

Pero este Espíritu no es otro que el Espíritu de Jesús. Desde la encarnación el Espíritu lleva la estampa del carácter de Jesús. Esto conduce a que los escritores neotestamentarios, en ocasiones, escriben indistintamente del Espíritu Santo y del Espíritu de Jesús o del Espíritu de Cristo. Filipenses 1:19 y I de Pedro 1:11 ofrecen ejemplos de cómo la iglesia primitiva cambió los términos Espíritu de Yahveh y Espíritu del Señor a Espíritu de Jesucristo y Espíritu de Cristo. En algunos de los textos paulinos no se distingue claramente entre el Espíritu y Jesús.

En Hechos 16:6-7 Lucas se refiere al Espíritu Santo como el Espíritu de Jesús. (Aunque la versión de 1960 de Reina y Valera no lo traduce así). "Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió".

Por cierto, sería posible entender la frase, "Espíritu de Jesús" en el sentido del Espíritu que otorga Jesús. Y esto, como hemos visto, también es cierto. Pero, por la forma en que la frase es usada en los escritos de Pablo, especialmente, parecería que hay más en juego. Se trata del Espíritu de Jesucristo en el sentido que el Espíritu en su manifestación postpascual lleva la estampa del carácter de Jesús el Mesías. Y este hecho tiene una consecuencia fundamental para la comprensión de la guía del Espíritu en la iglesia.

Pablo escribe, "Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por lo tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (II Co. 3:17-18). Y cuando buscamos en el contexto ayuda para entender a quién se refiere Pablo cuando emplea el término "Espíritu del Señor", encontramos una pista en II Co-

rintios 3:6. "La letra mata mas el espíritu vivifica". Parecería que aquí la referencia es al Espíritu de Cristo. Pablo, en efecto, llega a decir la misma cosa en I de Corintios 15:45: "Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante".

La convicción clara de los escritores neotestamentarios es que las opciones éticas tomadas por Jesús en su relación con Dios y sus semejantes tienen también vigencia para el estilo de vida de sus seguidores. De modo que recibir el Espíritu de Cristo es recibir la estampa del carácter de Jesús. Pablo escribe, "Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Ro. 8:9). Y en el contexto, Pablo aclara que la alternativa del Espíritu es concretamente la alternativa de "vida y paz" (Ro. 8:6). Otra forma de expresar esta convicción es que recibir el Espíritu de Cristo es llevar el sello del carácter de Dios, como hijos que se parecen a su padre. "Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: "¡Abba, Padre!" (Gá. 4:6).

Más adelante notaremos, especialmente en el cuarto evangelio y en las epístolas, cómo la vida humana de Jesús el Mesías proveyó el contenido concreto para entender la naturaleza de la obra del Espíritu como agente de regeneración y santificación.

III

LA COMUNIDAD DEL ESPIRITU

Lucas escribió su evangelio en dos tomos. El tercer libro del Nuevo Testamento es solamente el primer tratado de "la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas... las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba" (Lc. 1:1b; Hch. 1:1b,2a). El libro de los Hechos de los Apóstoles constituye la segunda entrega de esta historia. Y el mensaje de ambos tomos es el evangelio. El prometido "poder de Dios para salvación" (Ro. 1:16) ha llegado a ser una realidad presente para Lucas y sus lectores.

Para aclarar más este concepto de "evangelio" sería útil señalar lo que el evangelio neotestamentario no es. No es meramente el mensaje de que gozaremos más en el futuro, sea en el cielo, o en un reino milenial terrestre. No es cuestión de creer con tanta intensidad y poder que nuestra fe logrará que salgan las cosas de acuerdo con nuestros deseos. No es una fórmula filosófica o doctrinal capaz de demostrar la existencia de Dios. No es una experiencia interior de éxtasis que resuelve problemas personales y asegura la realización del individuo. No es una nueva ley cuya obediencia concienzuda nos salvará. Tampoco es un nuevo principio

ético de amor que nos libra de la tiranía del legalismo. Aunque puede haber algo de verdad en todos estos acercamientos a la fe, en ninguno de estos casos nos encontramos en la línea neotestamentaria y en su comprensión del evangelio.

La historia neotestamentaria de la salvación comenzó con la venida de Jesús y su anuncio de la llegada del reino divino de salvación y justicia. Y en su ministerio Jesús realmente inició este reinado de Dios (Lc. 11:20). Luego vino la oposición del judaísmo oficial contra Jesús y su movimiento, que culminó un viernes negro en la crucifixión. Y, de momento, todas las experiencias presentes, al igual que las esperanzas futuras de salvación, se convirtieron en un mero recuerdo.

Pero, después de tres días, al saber que Jesús, en verdad vivía, sus esperanzas para el futuro también volvieron a vivir. Pero la buena noticia del evangelio no se limita a una esperanza para el futuro, por cierto que esto sea. La esencia del evangelio neotestamentario no se limita a recuerdos de salvaciones pasadas, ni a sueños de dicha futura. Se trata de una promesa salvífica cumplida para el presente. La presencia y el poder de Dios son una realidad ahora y la intención salvífica divina para la humanidad ya se ha comenzado a realizar. Es una salvación presente tan grande que requiere el futuro de Dios para realizar todas sus posibilidades.

En realidad pentecostés, tal como lo presenta Lucas en los Hechos, viene a ser la escena culminante de un drama de salvación en tres actos. En este drama de la encarnación, la primera escena consiste en la venida de Jesús y su ministerio bajo la unción del Espíritu de Dios. Está conformada por todos los hechos y dichos salvíficos de Jesús. En la segunda escena se representa la pasión de Jesús, su sufrimiento, muerte y resurrección. Luego, pentecostés ocupa la tercera escena de este drama del evangelio. Todas las tres escenas de este drama son buenas nuevas; todas son evangelio.

EL CONTEXTO DE PENTECOSTES

En pentecostés se cumplió "la promesa del Padre" que

esperaban los discípulos de Jesús (Lc. 24:49; Hch. 1:4). El ministerio, la muerte y la resurrección de Jesús no completaron la promesa salvífica de Dios, por importantes que hayan sido en la historia de la salvación. Lo que ocurrió en pentecostés ha provisto el nexo entre el pasado y el presente. Hay una continuidad entre la presencia salvífica del Jesús histórico y nuestra salvación presente. Y la presencia viva del Espíritu de Cristo mismo proporciona este eslabón. En pentecostés Jesucristo llegó a ser una realidad dinámica y contemporánea que jamás se ausentaría de sus seguidores.

En la introducción a su segundo tomo (Hch. 1:1-12), Lucas recoge una serie de temas tratados en la conclusión, al final, del evangelio (Lc. 24:45-53). Estos incluyen la enseñanza de Jesús (Lc. 24:45-49; Hch. 1:1-8); el mandato de Jesús a sus discípulos para cumplir su misión (Lc. 24:47-48; Hch. 1:8); la promesa del Espíritu (Lc. 24:49; Hch. 1:5,8); la ascensión de Jesús al cielo (Lc. 24:50-51; Hch. 1:9); y la vuelta de los discípulos a Jerusalén para esperar la promesa del Padre (Lc. 24:49b,52,53; Hch. 1:12).

Pero en su introducción a los Hechos, Lucas menciona un periodo de 40 días entre la resurrección de Jesús y su ascensión al Padre (Hch. 1:3). Y este aspecto estaba ausente en su evangelio, donde la ascensión siguió inmediatamente después de la comisión a sus discípulos (Lc. 24:46-50). Y en el cuarto evangelio, también, Jesús otorgó el Espíritu a sus discípulos la misma noche de la resurrección, sin que transcurrieran los 40 días. De modo que uno se pregunta, ¿cuál habrá sido la intención de Lucas al introducir el período de los 40 días en su relato del cumplimiento de la promesa del Espíritu?

Jesús "se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios" (Hch. 1:3). Los 40 años que el pueblo de Dios pasó en el desierto llegaron a ser típicos de la forma en que Dios prepara a su pueblo a través de la historia de la salvación. Un período de 40 días en el desierto antecedió al bautismo de Jesús con el descenso del Espíritu de Dios y la

voz del cielo con la comisión mesiánica. De modo que era un período significativo que anticipaba la obediencia absoluta de Jesús a su comisión como Mesías. Y ahora, por su parte, la comunidad apostólica también esperó 40 días antes de recibir de Jesús su comisión para continuar como testigos auténticos la misión mesiánica en la tierra (Hch. 1:8). El paralelismo aquí es evidente.

Pero también en el judaísmo posterior los rabinos empleaban el número 40 como norma para que los discípulos aprendieran y repitieran las enseñanzas de sus maestros. Y aquí el contexto es la enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios. La preocupación de Lucas aquí, al igual que en Lucas 1:1-4, es señalar la validez del mensaje que los apóstoles habían recibido de Jesús. La proclamación de Jesús sobre el reino de Dios que caracterizaba los evangelios es continuada con autenticidad por los apóstoles, pues éstos habían recibido 40 días de instrucción específicamente sobre este tema de labios del Señor resucitado (Balz, 1972:138,139).

A veces se ha dicho que Jesús vino proclamando el reino de Dios, pero que los apóstoles, y Pablo en especial, se limitaron luego a "predicar a Cristo". Esta tendencia es especialmente notable en círculos dispensacionalistas donde se enseña que el reino, y las condiciones correspondientes, se experimentarán recién en un milenio al final de la historia, tal como la conocemos. Si bien es cierto que el término "reino" aparece sólo ocho veces en os Hechos de los Apóstoles y unas catorce veces en las epístolas de Pablo, esta aseveración resulta ser una "media verdad" peligrosa. En realidad, el reino de Dios es el tema con que el libro de los Hechos comienza (1:3) y termina (28:31). Proclamar al Cristo que ha inaugurado el reino de Dios no es predicar un mensaje distinto al que Jesús proclamaba, sino seguirle fielmente a él en su misión.

Para Lucas era muy importante que los apóstoles esperasen en Jerusalén hasta recibir la promesa del Padre (Lc. 24:49; Hch. 1:4). En esto se distingue de la línea de relatos que cuentan las apariciones del Cristo resucitado en Galilea

(Mt. 28:16; Mc. 14:28; 16:7). Y una vez más, uno se pregunta si no habría propósito teológico detrás de su exclusión de referencias a Galilea como punto de partida.

El lugar central que Lucas asigna a Jerusalén en su relato subraya, sin duda, la continuidad entre la comunidad mesiánica, representada por los apóstoles, y el antiguo pueblo de Dios, Israel. Lucas destaca el hecho que Jerusalén sigue siendo la residencia estable de los doce, aun cuando el resto de la comunidad se dispersa por la persecución (Hch. 5:16,28; 8:1,14; 16:4). La "ciudad santa" era concebida como centro geográfico de la historia de la salvación. Y era importante para Lucas señalar que la comunidad cristiana toma su punto de partida en Jerusalén para irse extendiendo a través de Judea y Samaria "hasta lo último de la tierra", es decir, Roma. En realidad, este esquema geográfico le proporciona a Lucas el bosquejo para el desarrollo de os Hechos, (Jerusalén, 1-7; Judea y Samaria, 8-12; a Roma, 13-28).

Los seguidores de Jesús debían permanecer en Jerusalén porque el Padre no había completado aún el nuevo cuerpo mesiánico mediante el cual Cristo continuaría su presencia y su ministerio. El drama de la encarnación en tres escenas no llega a su conclusión con el cierre de un telón final. Al contrario, pentecostés será un nuevo comienzo. El ministerio de Jesús continuará con dimensiones universales mediante el nuevo cuerpo de Cristo. Y ésta es una buena noticia. Es parte del evangelio.

El Evangelio de Juan comparte esta perspectiva. Jesús dijo: "El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también y aun mayores hará, porque yo voy al Padre... Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre... porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Juan 14: 12,16,17). Este texto no se refiere simplemente al carácter espectacularmente milagroso de la misión mesiánica continuada por la comunidad, sino también al panorama universal en el que se lleva a cabo.

Lucas, sin duda, empleó intencionalmente lenguaje toma-

do del relato del nacimiento de Jesús para referirse a la formación del nuevo cuerpo de la comunidad del Espíritu. Según el relato, el ángel le dijo a María, "El Espíritu vendrá, sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc. 1:35). Luego, en Hechos 1:8, Jesús le dijo a los discípulos, "recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo". Y de esta manera se crea un nuevo cuerpo humano para el Señor resucitado. En ambos casos la intervención del Espíritu de Dios es esencial.

Luego, a través del Evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles notamos una estrecha relación entre el ministerio de Jesús, llevado a cabo en el poder del Espíritu (Lc. 3:22; 4:1,18; 11:20; cf. Mt. 12:28), y el ministerio de la comunidad primitiva, también llevado a cabo en el poder del Espíritu (Hch. 2:43; 5:12,16; et al.).

Según Hechos 1:3, Jesús dedicó los 40 días que estuvo con los discípulos a hablarles del reino de Dios. Como Jesús les había dicho anteriormente, la presencia del reino de Dios podía sei discernida, muy especialmente, en los exorcismos obrados por el poder del Espíritu (Lc. 11:20; Mt. 12:28). Otros signos del reino incluían sanidades, la práctica de la justicia, y el acatamiento a la voluntad de Dios. De modo que la comunidad mesiánica seguiría en el poder del Espíritu las mismas obras que Jesús había hecho por el poder del Espíritu.

La conversación entre Jesús y los discípulos relatada en Hechos 1:6-8, también apunta a la continuidad entre el ministerio de Jesús durante su encarnación y la misión de los apóstoles llevada a cabo en el poder del Espíritu. Por la pregunta de los discípulos, "Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?", se nota que aún no habían captado el verdadero carácter del reino de Dios. Todavía soñaban con la restauración de la autonomía nacional de Israel con un Mesías que ejerce el poder político.

Por la respuesta de Jesús, "no os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones..." (Hch. 1:7), es posible que haya habido también otro malentendido en la interpretación de

los discípulos. La frase "los tiempos o las sazones" (*chronous e kairous*) se emplea también en relación con la especulación en cuanto a la *parusía* (I Ts. 5:1). En otras palabras, también es posible que estuvieran preguntando, ¿cuándo vendrá el cumplimiento de todas las cosas? Sea como fuera, la respuesta a ambas preguntas se da en pentecostés. En lugar de un Israel políticamente autónomo, se vislumbra un pueblo que continúa la misión universal del Mesías en el poder del Espíritu del Mesías mismo. Y en vez de especular sobre la inminencia de la *parusía*, es suficiente saber que Dios derramará su Espíritu sobre su pueblo por anticipado como primicia del futuro. ¡Uno se siente tentado a parafrasear la pregunta de Jesús como sigue: "Por qué están tan preocupados por el cielo cuando ya han sido ungidos com mi Espíritu?" Es un comentario lamentable de la vida espiritual de la iglesia para notar su casi exclusiva preocupación por el cielo y su domesticación del Espíritu.

También en el relato de la elección de Matías para llenar el lugar dejado vacante por Judas notamos de nuevo la preocupación lucana de establecer la continuidad de la nueva comunidad mesiánica con Israel. Matías no vuelve a aparecer para nada en el libro. De modo que uno sospecha que el episodio cumple una función teológica simbólica. No parece ser cuestión de añadir un testigo más al grupo (Hch. 1:21-22), pero sí era importante que hubiera 12 apóstoles porque se trataba de una comunidad de testimonio.

Los 12 discípulos llamados por Jesús simbolizan representativamente las 12 tribus de Israel. Pero no sólo apuntan hacia atrás a la constitución de Israel antiguo, sino hacia adelante a la forma que finalmente tomará la comunidad mesiánica (Mt. 19:28). La comisión mesiánica que recibió Jesús tenía que ver con la restauración de todo el pueblo de Dios de acuerdo con la intención salvífica divina. Y aquí el propósito de Lucas es señalar la forma en que el Espíritu en su venida sobre la comunidad continuará lo que "Jesús comenzó a hacer y enseñar" (Hch. 1:1), así que era importante para Lucas que se

completara el grupo de los 12, aunque fuera en forma simbólica, para dejar clara la intención de Dios en pentecostés (Rengstorf, 1964:326).

Aún hay otros detalles aquí en el contexto del relato de pentecostés que apuntan en la misma dirección: hacia la formación de la nueva comunidad del Espíritu. Se describe la comunidad como "los hermanos" (Hch. 1:15). Aparentemente ésta era la imagen favorita de Jesús para referirse a la comunidad de discípulos. Y de él la habrían aprendido los apóstoles. En los Hechos y en las epístolas llega a ser la imagen más frecuente (unas 250 veces) para referirse a la nueva comunidad.

Y la referencia a las 120 personas en Hechos 1:15 no puede ser meramente accidental. En la *Mishnah* se establecía que el número de los dirigentes de toda comunidad judía tenía que ser la décima parte del numero total de los miembros. Así que, la comunidad de 120 personas corresponde a los 12 apóstoles y era el mínimo para formar un pequeño sanedrín, o consejo. (Dillon y Fitzmyer, 1972:45:13). Así, este detalle apunta nuevamente a la dimensión comunitaria del nuevo Israel de Dios, restaurado en el Espíritu del Mesías.

EL SIGNIFICADO DE PENTECOSTES

Pentecostés, o la fiesta de las semanas, era originalmente una fiesta de la cosecha que presuponía una economía agrícola. Como era característica de las fiestas de recolección, predominaba un ambiente de gozo desbordante (Dt. 16:10,11; Is. 9:2,3). En Levítico 23:15-21 se describe el rito con que esta fiesta se celebraba. Venía 50 días después de la presentación de las primicias en la Fiesta de los Azimos. Posteriormente en la historia de Israel adquirió profundo sentido espiritual al relacionarla con el éxodo, ya que la fecha coincidía con la llegada de Israel a Sinaí. Deuteronomio 26:1-11 señala que la ofrenda de las primicias proveía una oportunidad especial en Israel para confesar su identidad como pueblo redimido por las obras salvíficas de Yahveh y sostenido por su providencia abundante. En *Qumrán* se ce-

lebraba la renovación de la alianza durante la Fiesta de las Semanas. Para ellos era la más importante de las fiestas israelitas. Sin embargo, entre los judíos en general su importancia era secundaria (Castelot, 1972:76:140-142).

En Hechos 2, Lucas concluye el relato del episodio de pentecostés con un resumen que, en cierta medida, interpreta el evento desde su perspectiva (Hch. 2:42-47). Y luego, en un segundo resumen (Hch. 4:32-37), Lucas arroja luz adicional sobre lo que ocurrió en pentecostés. Por lo tanto, estos resúmenes nos ofrecen una pista importante para comprender el significado de pentecostés en una perspectiva neotestamentaria. Y es notable que los dos resúmenes subrayan enfáticamente las experiencias concretas de comunión pluridimensional que fueron experimentadas en la comunidad pentecostal.

En realidad, la invitación con que Pedro concluye su discurso desemboca directamente en la formación de la nueva comunidad mesiánica de la era del Espíritu. "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa... para todos los que están lejos... Sed salvos de esta perversa generación" (Hch. 2:38-40). Luego, la respuesta de los oyentes incluye: recibir su palabra, bautizarse y ser incorporados a la nueva comunidad del Espíritu. Esto, en resumen, era lo que significaba "ser salvo" en esta situación. Y a continuación, se describe brevemente la comunión vivida en el nuevo pueblo del Espíritu. El "don del Espíritu Santo" se hizo realidad en la comunión experimentada en la comunidad pentecostal del Espíritu (Hch. 2:38,42).

Hay una tendencia general entre los cristianos evangélicos a interpretar pentecostés desde una perspectiva fenomenológica (de eventos observables) e individualista. Se pregunta si esta clase de fenómenos continúan en nuestros tiempos y si uno los ha experimentado. Pero a juzgar por los resúmenes que hemos anotado, éstas no son las preocupaciones bíblicas. Los resúmenes son real-

mente interpretaciones bíblicas de los eventos que resumen.

Lo que realmente ocurrió en pentecostés fue que Dios derramó su Espíritu Santo y esto contribuyó a la formación de la comunidad del Espíritu del nuevo pacto. Esta comunidad se compone de individuos, de hombres y mujeres sobre los cuales Dios ha derramado su Espíritu, haciendo posible la *koinonía* en sus dimensiones plenas; una relación vertical de comunión con Dios y una relación horizontal de comunión con hermanos y hermanas.

A veces, a la luz de nuestro medio ambiente occidental y nuestro énfasis en el libre albedrío, tendemos a destacar principalmente la respuesta humana e individual a la realidad de pentecostés. Podemos ser una comunidad de compartir fraternal, precisamente porque individual y corporativamente participamos de la gracia de Dios. Por medio de la iniciativa misericordiosa de Dios, la comunidad escatológica de la era del Espíritu Santo llegó a ser una realidad en pentecostés, con todo lo que esto significa en términos de liberación de los poderes del mal en todas sus formas. Queda claro que pentecostés es parte del evangelio de salvación.

1. En pentecostés los efectos maléficos de Babel fueron cancelados.

El fenómeno de las lenguas ocupa un lugar prominente en el relato pentecostal (Hch. 2:3-11). Sea cual fuera la naturaleza exacta de esas lenguas, el pasaje parece subrayar el hecho de una comunicación efectiva que de otra forma hubiera sido imposible. En contraste con el don de lenguas en Corinto, donde se requería el don de la interpretación para descifrar su significado, aquí no hicieron falta intérpretes. En este relato "hablar en otras lenguas" era un medio milagroso y maravilloso de comunicación. (Hch. 2:4,11). Así que un gran número de personas de diversos países pudieron oir en sus propias "lenguas las maravillas de Dios" de la boca de los apóstoles (Hch. 2:11).

Aparentemente Lucas quiso que el simbolismo de hablar

y oir en diferentes lenguas se entendiera como una alusión a la confusión de lenguas en Babel. Este paralelismo habría sido especialmente evidente para los judíos que utilizaban la versión griega del Antiguo Testamento. La palabra griega traducida "confusos" en Hechos 2:6 procede de la misma raíz del verbo traducido "confundir" en Génesis 11:7,9. Mientras que en Babel la rebeldía humana culminó en la confusión, en pentecostés la confusión se transformó en comprensión y comunión por medio de la obra del Espíritu de Dios. En Genésis, la respuesta de Dios a la confusión en Babel fue la creación de un pueblo que llevaría su nombre, la "minoría abrahánica". En Hechos, la respuesta de Dios a la perplejidad de una "perversa generación", fue la creación de una comunidad en el Espíritu.

La posibilidad de una alusión a Babel en este relato se ve reforzada cuando notamos que aquí se emplea el mismo verbo, raramente utilizado en el griego, "repartidas" (*diamerizó*), (Hch. 2:3) que aparece en la alusión a Babel en la versión griega de Deuteronomio 32:8. Lucas aparentemente quiso dar a entender que la presencia del Espíritu había cancelado los efectos de Babel (Dillon y Fitzmyer, 1972:45:17). La respuesta de Dios a la confusión rebelde humana en Babel había sido un nuevo pueblo, Abraham y su posteridad. Ahora, en la era mesiánica, la respuesta de Dios a la pecaminosidad humana es su nueva comunidad del Espíritu (cf. Ef. 2:11-22).

El simbolismo de hablar y oir en tantas lenguas diferentes también apunta a las dimensiones universales del carácter y la misión del nuevo pueblo ungido por el Espíritu del Mesías. Entre los judíos hubo una tradición rabínica que decía que la ley mosaica había sido dada simultáneamente en 70 idiomas diferentes, indicando así el alcance universal de su autoridad. Y aquí la proclamación del mensaje del nuevo pacto en tantas lenguas y para pueblos muy diversos parecería ser paralela, en la intención de Lucas, a la tradición judía.

2. En pentecostés se realizó un nuevo éxodo de salvación.

Además, es aparente que Lucas quiso señalar un paralelismo entre la historia del éxodo y Sinaí, eventos que establecieron claramente la identidad de Israel como pueblo de Dios, y pentecostés. En el relato de pentecostés encontramos términos como "las maravillas de Dios" (Hch. 2:11) y "maravillas, prodigios y señales" (Hch. 2:19,22,43). Para los judíos de habla griega del primer siglo, estos términos eran bien conocidos. En el Antiguo Testamento estas frases casi siempre se usaban para describir la forma en que Israel fue sacado de Egipto y las circunstancias especiales en las cuales Dios Todopoderoso se manifestó a su pueblo en estas experiencias. Estas frases forman parte del credo antiguo de Israel (Dt. 26:5-9). Y como parte del culto de Israel, estas palabras estarían presentes en la memoria del pueblo de Dios.

Para Lucas, la llegada de la nueva era de redención escatológica había sido confirmada por la reaparición de "señales y maravillas". Así como la redención del éxodo y la formación del pueblo del antiguo pacto en Sinaí fueron caracterizadas por "señales y maravillas", ahora las "señales y maravillas" de la nueva era también apuntan a la salvación y a la formación de la nueva comunidad del Espíritu.

En pentecostés surgió una nueva comunidad: la comunidad del Espíritu. En esto, precisamente, se nota el paralelismo entre el éxodo y pentecostés, destacado por Lucas. En Egipto salió una "multitud mixta" que no dejaba de murmurar y recordar con añoranza los melones y los pepinos de Egipto. En Sinaí, luego de 40 años de experiencia bajo la mano de Yahveh y la tutela de Moisés, fueron convertidos en el pueblo del antiguo pacto. Y ahora en pentecostés, esta multitud tan diversa, venida de tantos lugares lejanos, es convertida en un pueblo, en cuerpo de Cristo, en la nueva comunidad del Espíritu.

Aunque las manifestaciones pentecostales del Espíritu en fuego, viento y otras lenguas tienen un simbolismo rico y

variado en el Antiguo Testamento y en otros escritos judíos, el simbolismo primario, de acuerdo con la intención de Lucas, sirve para establecer el paralelismo entre pentecostés y el éxodo. En el éxodo la presencia especial de Dios se manifestó en una "columna de fuego" con la que guiaba a su pueblo (Ex. 13:21,22; 14:24). Y ahora, una presencia especial se manifiesta "asentándose sobre cada uno de ellos" en el nuevo Israel (Hch. 2:3). "Por recio viento oriental" secó el mar haciendo posible el paso de los israelitas (Ex. 14:21), y ahora la casa donde están reunidos los discípulos se llena de "un estruendo como de un viento recio que soplaba" (Hch. 2:2). Esta identificación sería natural para los lectores originales, pues en hebreo y en griego las palabras para viento y espíritu son idénticas.

En el judaísmo había también una tradición que celebraba la recepción de la Ley del pacto en pentecostés. De modo que estas maravillosas manifestaciones de poder divino que ocurrieron en pentecostés habrían recordado a los lectores judíos sobre las manifestaciones de Dios en Sinaí, señalando la nueva realidad que Dios estaba creando en su medio, la comunidad del Espíritu en cumplimiento de su promesa, "Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos" (Ez. 36:27; cf. Jer. 31:31-34).

Así como Israel antiguo había recibido su identidad como pueblo de Dios en Sinaí por medio del don de la ley, también ahora el nuevo pueblo de Dios se constituye por medio del don del Espíritu de Dios. Así como los israelitas fueron "bautizados... en el mar", separándose de su antigua identidad en Egipto (I Co. 10:2) y estableciendo su nueva identidad como pueblo del pacto de Dios, ahora invita a sus oyentes, "arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo" y "sed salvos de esta perversa generación (nación)" (Hch. 2:38,40), llegando así a ser nueva comunidad del Espíritu de Dios.

CONCLUSION

Este simbolismo del éxodo claramente habría estado en

la mente de Lucas y sería obvio para sus lectores. Y esto tiene implicaciones importantes para nosotros ya que pentecostés es básico para la autocomprensión de la iglesia. En pentecostés la obra fundamental del Espíritu de Dios era la formación de la nueva comunidad de la era mesiánica. Es en esta comunidad que las personas encuentran salvación e identidad auténticas. Y ésta es la comunidad comisionada con la tarea de llevar a cabo la misión del Mesías en el mundo (Hch. 1:8).

Esta interpretación de pentecostés se distingue notablemente de las interpretaciones comunes, tanto evangélicas como pentecostales. Y aunque estas visiones tradicionales, se distinguen entre sí, las interpretaciones de las dos enfatizan la espiritualidad y la experiencia individuales. Los primeros interpretan la experiencia pentecostal más en términos de conversión experiencial, y no como una mera profesión de fe, y santidad de vida individual. En el ala wesleyana de este movimiento se reconoce la obra del Espíritu en la conversión, pero se enfatiza más en lo que se ha llamado "la segunda obra de gracia", la santificación, o una fuerza espiritual que hace posible una mayor santidad de vida.

Cuando surgió el movimiento pentecostal, a principios de este siglo, se dejó de ver en la santificación la obra principal del Espíritu Santo, y en cambio se empezaron a acentuar los aspectos del éxtasis y la emoción del "bautismo del Espíritu y el fuego". También enfatizaron ciertos dones del Espíritu, tales como las lenguas, las profecías y las sanidades como señales de la presencia y el bautismo del Espíritu, pero generalmente se seguía concibiendo esta experiencia como una "segunda obra de gracia" posterior a la salvación.

Aunque las diferencias entre las visiones tradicionales Evangélica y Pentecostal son obvias, y hasta explosivas, no debemos perder de vista sus semejanzas básicas. Tanto los unos como los otros parten de una postura individualista en su concepto de salvación. Ninguno de los dos interpreta a pentecostés como elemento esencial del evangelio de salvación. Para los dos la muerte y la resurrección de Jesús pro-

veen la base suficiente para la salvación. Ambos grupos perciben la experiencia pentecostal del derramamiento del Espíritu Santo como una experiencia privada de un grupo de individuos salvados.

Ninguno de estos grupos ha reconocido la centralidad de la comunidad del Espíritu. Ambos perciben el don del Espíritu como una experiencia predominantemente individual. Los Pentecostales han enfatizado la importancia de las manifesta ciones de éxtasis como signos del don del Espíritu. Los Evangélicos han enfatizado los recursos interiores que provee el Espíritu para una santidad de vida individual y poder para el testimonio personal. Ninguno de los dos ha percibido que en pentecostés la obra fundamental del Espíritu fue la creación de la comunidad de la nueva era. Uno se pregunta, Si esta visión lucana de pentecostés no nos ayudaría a superar, al menos en parte, los conflictos creados por lo inadecuado de las visiones tradicionales.

Pero debemos aclarar que esta visión comunitaria no pasa por alto al individuo. Hay un extraordinario aprecio por la persona en la visión lucana, simbolizado por la aparición del fuego de la presencia de Dios en cada uno de ellos. Y el llamado de Pedro al arrepentimiento y a la decisión a bautizarse "cada uno en el nombre de Jesucristo", era una invitación extendida para que las personas cambiaran sus lealtades. Las multitudes, como tal, no se arrepienten. Las personas individualmente si lo pueden hacer.

La acción del Espíritu le otorga a las personas una nueva dignidad, precisamente debido a su participación en su comunidad. Según Hechos 2:3, las lenguas de fuego fueron "repartidas... asentándose sobre cada uno de ellos". Lo que en el antiguo pacto había sido para los reyes y profetas, y finalmente, para el Mesías mismo, ahora ha llegado a ser el privilegio de la comunidad mesiánica entera. La venida del Espíritu hace posible superar todas las antiguas distinciones que separaban a las personas: clase, sexo, edad (Hch. 2:17,18). Es la era del nuevo pacto escrito en cada corazón (Jer. 31:31-34). Sin embargo, el relato de pentecostés nos

enseña que todo esto es posible únicamente en la nueva comunidad del Espíritu.

EL concepto bíblico del individuo-en-comunidad es fundamental. Y ésta es la visión que domina en el reino pentecostal. Los judíos de la diáspora se habían encontrado en Jerusalén para celebrar su identidad nacional y religiosa. En la Fiesta de las Semanas, pentecostés, no sólo celebraban gozosamente la cosecha, sino que también conmemoraban la alianza sinaítica, tan importante para la identidad del pueblo judío.

Y ahora éstos son invitados por los apóstoles a abandonar sus lealtades antiguas y llegar a ser parte de la nueva comunidad mesiánica en la que el Espíritu de Dios está presente en una forma nueva (Hch. 2:40). Este es el nuevo pueblo de Dios en que encuentran la salvación. Se compone, por cierto, de individuos redimidos, liberados de todo aquello que esclaviza al ser humano y llenos del Espíritu de Dios. Pero son las dimensiones comunitarias de la vida del pueblo de Dios las que hacen plenamente comprensibles los eventos de pentecostés y le da a la salvación su forma social concreta.

Fue en el contexto de esta nueva comunidad, definida por su lealtad a Jesús el Mesías, que recibieron "el don del Espíritu Santo". Porque fue el Mesías exaltado, el Señor de la comunidad de la nueva era, que les otorgó el Espíritu (Hch. 2:33). Es el Espíritu del Cristo glorificado que, desde ahora en adelante, es el Espíritu que habita en su nuevo cuerpo. La promesa de Pedro, "y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch. 2:38), no es la promesa de una "segunda obra de gracia". Es el anuncio que dentro de la nueva comunidad del Mesías glorificado se experimenta la realidad de su Espíritu.

De acuerdo con la visión pentecostal apostólica, esta nueva comunidad en que se experimenta la salvación de Dios tiene su fundamento en dos realidades confesadas por todos: Jesús es, en verdad, el Mesías, y Jesús el Mesías, es Señor (Hch. 2:36); y mediante el poder de su Espíritu, creador de

comunidad, "la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma y... tenían todas las cosas en común" (Hch. 4:32).

IV

LA COMUNIDAD UNGIDA DEL ESPIRITU

En el primer capítulo vimos la forma en que el Antiguo Testamento presenta al Espíritu de Dios como fuente de vida y también como el que sostiene la vida de su pueblo. En el Nuevo Testamento también la actividad del Espíritu es experimentada en términos de la creación de nueva vida y del sostenimiento continuado de esa vida.

Estos dos polos de la actividad del Espíritu son destacados, muy especialmente, en los escritos juaninos. El Espíritu es el principio de la nueva vida que Jesús ha venido a traer. Mediante el Espíritu somos iniciados en la nueva era de la salvación, que será conocida como la era del Espíritu, y gracias a la actividad del Espíritu, el ministerio salvífico de Jesús, se continúa y se completa en la experiencia de la Iglesia. Mediante el Espíritu se perpetúa la presencia de Jesús en medio de la comunidad de discípulos. El Espíritu es tanto principio de nueva vida como santificador de esa vida en la experiencia de la comunidad cristiana.

Los evangelios sinópticos enfatizaron la forma en que Jesús de Nazaret fue ungido de manera singular por el Espíritu de Dios. Pero el Evangelio de Juan subraya la manera en que el Espíritu, mediante su presencia en medio de los se-

guidores de Jesús, los capacita para continuar y completar la misión mesiánica de Jesús. Por lo tanto, Juan destaca el papel del Espíritu de Dios en la iniciación de los miembros de la nueva comunidad en la vida del reino que Jesús vino a inaugurar. De la misma forma en que Jesús, ungido con el Espíritu, es el Mesías de Dios en el mundo ("Mesías" significa literalmente "ungido"), así también la iglesia "nacida del Espíritu" conforma una comunidad mesiánica (ungida).

Luego, Juan acentúa la manera en que la presencia de Cristo, con sus palabras y obras características, continúa en medio de la comunidad. Y señala las formas en que la vida de la comunidad se conforma a la imagen de Jesús mediante la presencia y el poder del Espíritu de Cristo. A este proceso de crecimiento espiritual en la semejanza de Jesucristo a veces se le llama santificación.

EL ESPIRITU: PRINCIPIO DE NUEVA VIDA

El tema del nuevo nacimiento en el Espíritu ya se vislumbra en el Evangelio de Juan en el testimonio de Juan Bautista. Preguntas sobre el bautismo con agua administrado por Juan proveyeron la ocasión para apuntar a la misión del Mesías. Bajo la unción del Espíritu de Dios, Jesús ha venido para bautizar con el Espíritu Santo (Jn. 1:26-34). Hay una diferencia cualitativa entre la obra de Jesús y la de su predecesor, Juan.

En su relato de la conversación entre Jesús y Nicodemo, Juan señala la importancia absolutamente fundamental para la comunidad del Mesías de "nacer del Espíritu" (Jn. 3:1-21). Este episodio es realmente uno entre toda una serie de episodios que subrayan las formas en que Jesucristo ha remplazado al judaísmo con sus instituciones. Estas incluyen el templo (Jn. 2), fariseísmo (Jn. 3), adoración judía (Jn. 4), el Sabbath (Jn. 5), Ley mosaica (Jn. 6), la fiesta de los tabernáculos (Jn. 7), y los "pastores" de Israel (Jn. 10). En lugar de sencillamente interpretar este relato en términos de la necesidad de renacer de un individuo, Nicodemo (aunque esto, también es cierto) debe verse como un desafío al fariseísmo

judío hacia una reorientación espiritual global, descrita en términos de un "nacer de nuevo".

Esta dimensión colectiva del pasaje se enfatiza con el uso plural de los versículos (Jn. 3:7b, 11ss.). Y aunque se presente la necesidad individual de "nacer de nuevo" en este pasaje, no debemos perder de vista las dimensiones más amplias del papel del Espíritu aquí. Se trata de la formación de una comunidad del reino (Jn. 3:3,5). Y la participación en el reino restaurado de Dios requiere la transformación incluso de lo mejor que ofrecía el judaísmo del primer siglo, el fariseísmo.

En su descripción de Nicodemo, Juan lo presenta como la quintaesencia del judaísmo. Era fariseo, "principal entre los judíos", que probablemente implica que era miembro del sanedrín (3:1), y "maestro de Israel" (3:10). Tal como Juan lo relata, no sólo está en juego en este episodio el porvenir de Nicodemo, personalmente, sino también el futuro del judaísmo.

Es posible que Nicodemo haya venido de noche, porque una persona de su importancia en el judaísmo, no se atrevería a llegar abiertamente a Jesús. Sin embargo, a la luz del sentido simbólico que Juan asigna al término en su evangelio, probablemente hay un significado más profundo en el hecho de que viniera de noche (3:2; cf. Jn. 1:5; 9:4; 11:10; 13:30; también véase 7:50 y 19:39). La metáfora de las tinieblas y la luz, desarrollada en Juan 3:19-21, aparece anticipadamente aquí. Así se subraya aún más la radicalidad de la reorientación espiritual requerida para la participación en el reino inaugurado por el Mesías.

La apreciación que Nicodemo hizo de Jesús y de su misión era notable desde la perspectiva del judaísmo, aunque es cierto que muchos habían sido testigos de las señales que hacía Jesús (Jn. 2:23). Pero su concepto era totalmente inadecuado desde la perspectiva del reino mesiánico. Nicodemo, al reconocer en Jesús un rabino, venido de Dios como maestro, debido a las señales que hacía, le asigna una importancia semejante a la de Moisés (Ex. 3:12) y Jeremías (Jer.

1:9), clasificándole entre los grandes profetas del Antiguo Testamento. Sin embargo, a la luz de la novedad del reino mesiánico, esta confesión resulta inadecuada (cf. Jn. 1:18, 36, 41, 49, 51). Sólo un nacer del Espíritu puede proveer una perspectiva adecuada para apreciar las realidades del reino salvífico de Dios restaurado en su Mesías.

El reino de Dios, en última instancia, no puede ser percibido únicamente mediante las señales milagrosas, sino a través de la óptica del Espíritu. "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3). El vocablo griego traducido "de nuevo" (*ánothen*) también significa "desde arriba". En este sentido la traducción de la Biblia de Jerusalén es, sin duda, la preferida. "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el reino de Dios". No se trata de una mera repetición del primer nacimiento de la persona. Se requiere un nacimiento cualitativamente distinto; el que tiene su origen en un reino diferente. Implica, en alguna forma misteriosa, ser engendrado de Dios.

La frase, "reino de Dios", tan común en los evangelios sinópticos, aparece sólo dos veces en Juan (3:3,5). (En contraste aparece unas dieciséis veces en Marcos, treinta y nueve en Lucas, y cincuenta y dos en Mateo, donde es sustituido mayormente por el término, "reino de los cielos". Pero el concepto del reino en Juan corresponde al término "vida" o "vida eterna", tan común en el cuarto evangelio (unas treinta y cinco veces).

La meta del reino de Dios no puede ser alcanzada por el judaísmo, tal como va. Tampoco puede ser alcanzada mediante las discusiones teológicas entre maestros, tales como Nicodemo y Jesús. Tampoco vendrá mediante una aparición apocalíptica repentina. El reino ha llegado sorpresivamente en forma anticipada en la persona del Mesías, Jesús. Y aunque la naturaleza humana necesita una renovación divina para poder experimentar la vida propia del reino, en un nivel más fundamental la presencia del reino provee el contexto para esta renovación y hace posible este "nacer de nuevo".

Es posible "nacer de lo alto" porque el reino está aquí en el Mesías, y en la presencia de su Espíritu.

La idea de una intervención sobrenatural en este "nacimiento" juega un papel importante en Juan 3:3-8. Pero no es sólo aquí que encontramos el concepto de la intervención del Espíritu en la iniciación en el reino de Dios. En Juan 1:12-13, sin mencionar explícitamente el Espíritu, se refiere a la "potestad de ser hechos hijos de Dios" y de ser engendrados por la voluntad de Dios.

El mismo concepto se emplea frecuentemente en la Primera Carta de Juan. "Todo el que hace justicia es nacido de él" (I Jn. 2:29). Los que son nacidos de Dios no practican el pecado (I Jn. 3:9; 5:18). Ser nacido de Dios abre ante la persona la posibilidad de amar como Dios ama (I Jn. 4:7). Y ser nacido de Dios hace posible reconocer en Jesús de Nazaret el Mesías, el ungido de Dios en el mundo (I Jn. 5:l).

Y en otras partes del Nuevo Testamento encontramos la misma idea. Este concepto aparece también en los escritos de Pablo donde se comunica mediante la metáfora de una muerte y una resurrección, más que por la figura de un nacimiento de lo alto (véase Ro. 6:4; 8:10-16; et al.). En I de Pedro 1:3:23 se señala que el nuevo pueblo de Dios ha sido engendrado de lo alto mediante la resurrección de Jesucristo y la palabra de Dios. Tito 3:5-6 expresa la misma visión. "Dios nos salvó... por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en vosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador".

Y a continuación en Juan 3:5, Jesús indica que "nacer de lo alto", en lugar de ser meramente un segundo nacimiento, es, en realidad, nacer "de agua y del Espíritu". La combinación de los términos "agua" y "Espíritu" recuerda las palabras de Juan Bautista (Jn. 1:26,27,33) y anticipan el comentario más extenso relatado en Juan 3:27-36. El mensaje de Juan Bautista apuntaba al reino que se acercaba. Y el bautismo de Juan era una preparación parcial, en el mejor de los casos, para el bautismo con el Espíritu de Cristo. La partici-

pación en el reino requiere una renovación radical, un nacer de lo alto efectuado por el Espíritu otorgado por el Mesías, el Espíritu de la nueva era.

En realidad, el profeta Ezequiel había hablado de los tiempos mesiánicos en términos de agua y de un espíritu nuevo en el hombre. "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de vuestras inmundicias... Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros... Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra... y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios" (Ez. 36:25-28). En otras palabras, mediante el lavado en agua y la obra del Espíritu otorgado se haría realidad el reinado de Dios en medio de su pueblo.

De acuerdo con Hechos 19:1-7, parecería que fue el bautismo del Espíritu que transformó el bautismo de Juan en el bautismo cristiano. Y al decir, "que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Jn. 3:5), Jesús probablemente refería al testimonio de Juan Bautista (Jn. 1:33; et al.), al igual que a la visión profética de los tiempos mesiánicos (Ez. 36:25-28).

Pero es posible que Juan, al escribir su evangelio hacia el fin del primer siglo, tenía en mente una referencia al bautismo cristiano compuesto de bautismo en agua y unción del Espíritu. Según el Nuevo Testamento, uno recibe la impresión que generalmente el arrepentimiento y el bautismo con agua eran acompañados del bautismo con el Espíritu (Hch. 2:38; 10:47,48; I Co. 12:13). De modo que sería de esperarse que Juan uniera las ideas de "nacer de lo alto", bautismo en agua y bautismo en el Espíritu en este texto. Esta era la visión que caracterizaba la iglesia primitiva. Justino Mártir, escribiendo cerca del año 155 después de Cristo, se refiere a la regeneración y al bautismo en agua en nombre del Padre, de Jesucristo y del Espíritu Santo en relación con la entrada en el reino (Apología I, 61).

La importancia de ser "nacido del Espíritu" (Jn. 3:6) no responde a la necesidad de superar los aspectos físicos de la

vivencia humana mediante el cultivo de lo espiritual. Aquí no están en juego las varias dimensiones de la naturaleza humana que solemos plantear, ej., espíritu y cuerpo. Se trata más bien de dos órdenes de existencia. El orden de la carne corresponde a la existencia humana vivida en rebeldía contra la intención de Dios. El orden del Espíritu se refiere a la vida bajo el reino de Dios. Participar de la vida en esta esfera requiere ser "nacido del Espíritu". Vivir en la nueva era del Espíritu requiere un nuevo nacimiento, ser engendrado de lo alto. La humanidad no es capaz de evolucionarse sencillamente hacia el reino de Dios, la esfera del Espíritu.

Es casi imposible traducir el sentido de Juan 3:8 directamente al castellano. Tanto en al hebreo como en el griego se emplea un solo término (*ruah y pneuma*) para referirse al viento, o aliento, y al Espíritu. Así que este texto podría traducirse: "el viento sopla donde quiere y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va", y también "el Espíritu respira donde él quiere y oyes su voz mas no sabes ni de dónde viene, ni a dónde va". El texto realmente comunica este sentido doble. El Espíritu, al igual que el viento, queda más allá del control y del entendimiento humano. El Espíritu respira en este mundo, desde la otra esfera, las realidades salvíficas de Dios.

Aunque los seres humanos no seamos capaces de comprender la obra del Espíritu, por iniciativa divina el Espíritu puede introducir a los seres humanos en la esfera de su actividad y soplar vida en ellos. Así que, mediante el Espíritu ya no vivimos en "este siglo presente" sino que pasamos a vivir la vida propia del "siglo venidero".

En Juan 3:3,5 la finalidad de un "nacer de lo alto", o "nacer del Espíritu" es vivir bajo el reino de Dios. Militar en el reino de Dios, inaugurado por Jesús, el Mesías de Dios en el mundo, requiere una reorientación radical capaz de trasladarnos de una esfera a la otra. Así que la obra del Espíritu no se limita a una esfera mística e interior en la persona, sino que nos introduce concretamente en la vida de la nueva era del reino de Dios. En este sentido se entiende la forma

en que se emplea la frase "vida eterna" en Juan 3:15,16,36; et al. "Vida eterna" lleva el sentido de "vida de la eternidad" o "vida que corresponde al siglo venidero". De modo que la obra salvífica de Jesús y de su Espíritu no afectan tanto la continuidad o duración de la vida, como la calidad de ésta. En este aspecto "reino de Dios" y "vida eterna" son sinónimos en Juan.

Las referencias al Espíritu en Juan 4:23-24 también apuntan a la actividad salvífica de Dios reflejada en Juan 3. El Espíritu que en Juan 3:3-8 había sido principio del nuevo nacimiento de lo alto. En Juan 4:23-24 el Espíritu es también principio del nuevo culto, el culto espiritual que caracteriza la nueva era. Ante la pregunta de la mujer samaritana si en el monte Gerizim, tradicional lugar de culto samaritano, o en Jerusalén, tradicional lugar de culto judío, era el lugar más adecuado para la adoración de Dios, Jesús respondió, en efecto, que los dos lugares junto con sus cultos tradicionales, quedarían superados a partir de su glorificación. Esto es así porque Jesús habría de otorgar el Espíritu a sus seguidores. "La hora" (Jn. 4:23) en el Evangelio de Juan es el tiempo de la glorificación de Jesús, su muerte y su resurrección. Así que la glorificación de Jesús habrá de inaugurar la nueva era del Espíritu para sus seguidores.

Al decir que "Dios es Espíritu", no se ofrece una definición abstracta o metafísica de la naturaleza de Dios. No se refiere tanto a la naturaleza de Dios, como a su actividad vivificadora. Del Padre descendió el Espíritu para reposar sobre el Mesías (Jn. 1:32). Y a su vez, Jesús el Mesías viene a ser Espíritu vivificante (I Co. 15:45). Dios es Espíritu en cuanto otorga el Espíritu al Mesías y luego, por medio del Mesías, sobre su pueblo. De acuerdo con la visión bíblica, Espíritu no se refiere a una esfera inmaterial contrastada con lo material. Se trata, más bien, de la actividad creadora y vivificante divina.

Adorar en Espíritu es también adorar en verdad. "verdad" aquí significa "fidelidad". Y en este contexto "Espíritu" y "verdad" significan una misma cosa. Adoración en el Espí-

ritu, característica de la nueva era inaugurada por el Mesías, es una respuesta fiel a la actividad creadora del Espíritu de Dios. De modo que el culto que supera las expresiones tradicionales samaritanas y judías surge de la nueva vida, nacida de lo alto mediante la actividad creadora del Espíritu. En el Evangelio de Juan, por lo tanto, el culto espiritual no es tanto adoración "inspirada", como una manifestación fiel de la vida que corresponde a la esfera creada por el Espíritu de Dios.

En resumen, el Espíritu de Dios es principio de nueva vida. Mediante su Espíritu, Dios continúa su obra salvífica iniciada por su Mesías, restaurando su reino en medio de la humanidad. Este es el marco en el que podemos comprender más claramente las dimensiones bíblicas de "nacer del Espíritu". Y esta nueva realidad vivificante transforma toda la vida y culto de la comunidad de la nueva era, pues ésta se caracteriza ya por el poder y los valores del "siglo venidero".

EL ESPIRITU: LA PRESENCIA CONTINUADA DE CRISTO

La obra salvífica de Jesucristo, llevada a cabo mediante el ministerio de sus hechos y enseñanzas, su muerte y su resurrección, no terminó con la ascensión. En el Evangelio de Juan queda claro que la obra de Cristo continúa hasta la *parusía* por medio del *Paracleto,* el Espíritu de verdad. Y la naturaleza de este ministerio continuado por medio del Espíritu en la comunidad y sus miembros queda detallada en una serie de textos juaninos (14:15-21; 14:25-27; 15:26-27; 16:7-15).

Juan 14:15-21

El hilo del pensamiento desarrollado en Juan 14:15-21 es introducido en la primera frase, "si me amáis, guardad mis mandamientos" (14:15). La relación entre Jesús y sus discípulos, continuada por el Espíritu en su medio, dependerá del amor mutuo que los caracteriza. El amor que caracteri-

zaba las relaciones de Jesús con sus discípulos, y de éstos con Jesús, no se expresaba en meros sentimientos ni emociones. Siempre se expresaba en dimensiones concretamente éticas y se manifestaba como obediencia a sus palabras. Esto es cierto en la relación de los discípulos hacia Jesús y también caracterizaba la relación de Jesús con el Padre (Jn. 15:10).

Juan, más que cualquier otro escritor neotestamentario, emplea el término "amor". En el evangelio aparece el verbo amar (*agapán*) unas treinta y siete veces. Sólo en los capítulos 13-17 aparece unas veinticinco veces. El sustantivo amor (*agápe*) aparece unas siete veces en el evangelio, y de éstas, seis están en los capítulos 13 al 17.

Dios mismo se caracteriza por el amor. Y mediante el amor, la vida que corresponde a la intención divina, la comunión entre el Padre y el Hijo y entre ellos y los seres humanos, es continuada concretamente mediante la actividad del Espíritu Santo en la comunidad (Jn. 13:35).

La venida del *Paracleto* es percibida aquí como consecuencia del amor y la obediencia de la comunidad de los discípulos a los mandamientos de Jesús (Jn. 14:15,16). En este texto parecería que el *Paracleto* es otorgado por el Padre a pedido del Hijo. En Juan 14:26 el Padre lo envía en el nombre de Cristo. En Juan 15:26 Cristo lo envía desde el Padre de donde procede. Y en Juan 16:7 Cristo sencillamente lo envía. Probablemente no fue la intención de Juan hacer una distinción entre las varias expresiones. Pero en todos los casos queda claro que el *Paracleto* es la continuación de la obra de Cristo.

A propósito, Jesús llama al Espíritu "otro *Paracleto*". Aunque la frase en el texto podría traducirse igualmente "otro para ser *Paracleto*", probablemente "otro *Paracleto*" ofrece mejor el sentido del texto, ya que en I de Juan 2:1 a Jesucristo se le llama "*Paracleto*" también. Y este sentido sencillamente subraya las otras indicaciones de una continuidad estrecha entre la misión de Jesús en la comunidad mesiánica, y el papel del Espíritu.

En la versión de Reina y Valera la palabra "*Paracleto*" se traduce "consolador" en el Evangelio de Juan, y "abogado" en I de Juan 2:1. Estos son dos de los varios sentidos que tiene el término. En I de Juan 2:1 *Paracleto* se refiere a Jesucristo y parece tener el sentido de abogado intercesor ante el Padre cuando el cristiano peca. Sin embargo, éste no parece ser el sentido en que Jesús empleaba el término para el Espíritu en el Evangelio de Juan. En Juan 16:8-11 se refiere a un aspecto forense de la obra del Espíritu, pero en este caso el papel es el de un fiscal, más que el de un abogado defensor.

El significado básico del término "*Paracleto*" en griego, es el de "uno llamado al lado de otro para ayudarle". De acuerdo con este sentido, de la misma forma en que los discípulos habían dependido de Jesús hasta entonces, en el futuro podrían seguir dependiendo de la ayuda del Espíritu.

Pero en lugar de examinar sencillamente los sentidos de los términos griegos, mejor sería observar cómo los escritores del Nuevo Testamento, y Jesús en particular, emplean éste y otros términos relacionados. *Paracaléin* y *paráclesis* se refieren a la predicación profética de la comunidad primitiva (Hch. 2:40, I Co. 14:3). Y en esto, su sentido corresponde a uno de sus usos normales en el griego, "exhortar" o "exhortación".

Estos vocablos también se emplean para referirse a la "consolación", y muy especialmente a la consolación esperada en la nueva era mesiánica. Su uso en este sentido era común en el Antiguo Testamento (Is. 40:1). También se emplea en el Nuevo Testamento con el mismo sentido (Mt. 5:4;; Lc. 2:25; Fil. 2:1). Y en la comunidad primitiva ambos conceptos se unían en su experiencia de la actividad del Espíritu de Cristo, el *Paracleto* en su medio. La exhortación profética dependía de la inspiración del Espíritu. Y el mensaje consolador de la salvación mesiánica, hecha realidad en la obra de Jesús el Mesías, también era comunicado mediante la profecía inspirada por el Espíritu (I Co. 14:24,31).

Efectivamente, cuando observamos el papel que desem-

peña el *Paracleto* en Juan 14 al 16, notamos que corresponde estrechamente con los sentidos del término "*Paracleto*" que hemos visto. El *Paracleto* "os recordará todo lo que yo os he dicho" y "tomará de lo mío, y os lo hará saber" (Jn.14:26; 16:14). Literalmente el término griego (*anaggelei*) significa "os anunciará" o "declarará". Juan 2:22 y 12:16 ofrecen ejemplos de esta actividad del *Paracleto*.

El *Paracleto* también anuncia el futuro. "Os hará saber (*anaggelei*) las cosas que habrán de venir" (Jn. 16:13). Y el *Paracleto* también realiza el juicio escatológico de este mundo incrédulo y desobediente. "Convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (Jn. 16:8). Pone de manifiesto y reprende las formas de desobediencia mediante la actividad inspirada de los profetas y predicadores cristianos. En realidad el *Paracleto* es el Espíritu de la profecía y la exhortación activo en la comunidad cristiana. En relación con esto, es interesante notar que una de las descripciones rabínicas comunes para el Espíritu Santo era el "Espíritu de profecía" (Darrett, 1962:383-386).

El *Paracleto* es el Espíritu de verdad (Jn. 14:17; 15:26; 16:13). De acuerdo con su propio testimonio, Jesús también era la verdad (Jn. 14:6). Como Espíritu de verdad el *Paracleto* habría de guiar a los discípulos "a toda la verdad" recordándoles lo que Jesús había dicho y hecho (Jn. 16:13). Jesús el Mesías encarnado es la piedra de toque para distinguir el Espíritu de verdad de los espíritus de error (I Jn. 5:6). Jesús no era la verdad en un sentido metafísico ni abstracto. Y tampoco es el Espíritu de Jesús la verdad en un sentido abstracto. Se trata más bien del Espíritu que comunica o refleja fielmente la verdad del carácter de Dios.

En el Evangelio de Juan el término "verdad" se emplea a veces en el sentido común de la palabra, es decir, aquello que corresponde a los hechos, o lo que no es falso (Jn. 5:33; 8:40,44ss.; 16:7). Pero la mayor parte de las veces se refiere a aquello que ha sido revelado por Jesús. Corresponde al carácter mismo de Dios que ha sido revelado fielmente por Jesús. La verdad es salvífica (Jn. 8:32). Ha sido más plena-

mente revelada por Jesús (Jn. 1:14,17). Y se percibe únicamente mediante la obra del Espíritu (Jn. 16:13). En la visión bíblica, la verdad guarda una relación más estrecha con el estilo de vida que refleja el carácter de Dios que con una ortodoxia de ideas y doctrinas rectas.

La humanidad en rebeldía contra Dios es incapaz de recibir el Espíritu de verdad (Jn. 14:17). Y es así, no porque a Dios no le interese el mundo de la humanidad, sino porque el sistema que caracteriza a la humanidad está en contradicción con el Espíritu de Dios. Por eso es incapaz de percibir la actividad del Espíritu y tampoco puede experimentarla. En cambio, la comunidad del Mesías será también la comunidad del Espíritu. De la misma manera en que la comunidad ha reconocido en Jesús al Ungido de Dios en el mundo, también reconocerá en el Espíritu su presencia continuada en su medio.

El Espíritu hará su morada en la comunidad "mora con vosotros" y habitará en cada discípulo "estará en vosotros" (Jn. 14:17). En I de Corintios 3:16s y 6:19 encontramos una visión similar de la presencia del Espíritu Santo, primero en la comunidad de fe y luego en cada creyente.

Si bien el huérfano es literalmente un hijo sin padre, también podía referirse a discípulos que se han quedado sin Maestro (Barrett, 1962:387). Por eso Jesús les aseguraba a sus discípulos, "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (Jn. 14:18). Aunque la "venida" a que Jesús se refiere aquí podría ser la *parusía*, aquí parecería referirse a su resurrección ("porque yo vivo, vosotros también viviréis", Jn. 14:19) y su retorno en la persona del Espíritu. "En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros" (Jn. 14:20). "En aquel día", era la expresión tradicional para designar en la perspectiva de una escatología futurista, el día del juicio, el día de la *parusía* (Am. 9:11; Os. 2:20; Mt. 24:36; Mc. 13:32). Aunque Juan no niega la realidad de la *parusía* futura, sin embargo aquí aplica los términos tradicionales a la escatología realizada en el retorno de Jesús en el Espíritu. En realidad, con la venida del

Espíritu, el futuro, tan lleno de significado salvífico, invade el presente, y llega a caracterizar la vida de la comunidad. Incluso participar en la vida de la nueva comunidad del Espíritu es participar con el Padre y con el Hijo también (Jn. 14:20).

Obedecer es la característica más clara del amor. Y guardar los mandamientos de Jesús es vivir en el ámbito del amor de Dios (Jn. 14:21). Obedecer el nuevo mandamiento de Jesús y amarnos unos a otros tal como Jesús nos ha amado (Jn. 13:34), es participar de las dimensiones sociales de Dios mismo. Esta es la realidad comunitaria, divina y humana, a que Jesús se refirió en Juan 14:20. "En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros". Esta relación de comunión surge concretamente de la actividad del *Paracleto*, el Espíritu de verdad, en medio de la comunidad mesiánica. La existencia de esta comunidad de amor obediente es la obra más destacada del *Paracleto* en el mundo. Aparentemente la presencia del Dios vivo en medio de su pueblo está condicionada por la obediencia y el amor de ésta (Jn. 14:23).

Juan 14:25-27

Según este texto, el *Paracleto*, o el Espíritu Santo, es enviado por el Padre en el nombre de Jesús. El Espíritu continuará actuando en relación con la obra que ha llevado a cabo Jesús. El continuará la obra mesiánica de Jesús en su lugar y con su autoridad. Jesús había venido "en nombre" del Padre (Jn. 5:43), y había obrado "en nombre" del Padre (Jn. 10:25). De modo que ahora el Espíritu continuará la misma obra en relación con el Hijo.

Una función fundamental del *Paracleto* es enseñar. "El *Paracleto*, el Espíritu Santo... él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn. 14:26). Aunque en griego "Espíritu Santo" sea un sustantivo del género neutro, Juan destaca la personalidad del Espíritu quebrantando las reglas de la gramática griega y empleando un pronombre masculino para referirse a la

actividad del Espíritu. Para Juan queda clara la personalidad del Espíritu Santo.

El *Paracleto* no traerá una revelación nueva ni enseñará independientemente de la forma en que Jesús ya ha manifestado la intención salvífica de Dios mediante sus hechos y dichos. La tarea del Espíritu consistirá en completar la obra reveladora de Jesús. Iluminará en la comunidad mesiánica lo hecho y lo dicho por Jesús, a fin de que esto se comprenda y se practique en forma plena.

En el Nuevo Testamento ya encontramos una serie de alusiones directas e indirectas a la forma en que el Espíritu, después de la "glorificación" de Jesús, les abrió el entendimiento a los discípulos y amplió su percepción del significado de lo dicho y hecho por Jesús (Jn. 2:22; 12:16; Hch. 11:15-16). En realidad, los escritos del Nuevo Testamento son ejemplos de esta actividad docente del Espíritu. En la búsqueda de caminos de obediencia a Cristo en la situación vivida por la iglesia del primer siglo y en su reflexión sobre lo dicho y hecho por Jesús cuando aún estaba con ellos, surgieron nueva luz y nuevas dimensiones de obediencia.

Juan 15:26-27

En este texto es Jesús quien envía el *Paracleto*, el Espíritu de verdad, que viene del Padre. Aunque haya diferencias formales en los textos en cuanto a la procedencia del Espíritu, todos destacan la relación estrecha entre Jesús, a punto de ser glorificado, y el Espíritu que vendrá para continuar su obra. Y aquí otra vez, el cambio, contrario a las reglas de la gramática griega del género del pronombre, señala que se piensa en el Espíritu en términos personales.

La misión del Espíritu está estrechamente paralela a la de Jesús. El Espíritu procede del Padre, de la misma manera que Jesús había "salido de Dios" (Jn. 8:42; 13:3; 16:27,28,30; 17:8). Y al igual que Jesús, el Espíritu dará testimonio (Jn. 15:26) continuando así la misión de Jesús. "Testimonio" es uno de los temas importantes del Evangelio de Juan. Juan Bautista viene dando testimonio (Jn. 1:7,15).

La mujer samaritana dio testimonio de Jesús (Jn. 4:39). Jesús mediante su obra mesiánica, daba testimonio (Jn. 5:36). Y el Padre también daba testimonio de Jesús (Jn. 5:37). Finalmente, los seguidores de Jesús también dan testimonio, porque ellos habían estado con él (Jn. 15:27).

Pero además del testimonio acerca de Jesús que el Espíritu continúa dando en el mundo, también dará testimonio la comunidad de discípulos. Los discípulos que han estado con Jesús desde el principio seguirán como una comunidad de testimonio (Lc. 24:48, Hch. 1:8). Probablemente la forma más destacada en que el Espíritu continuará el testimonio de Cristo es a través de su cuerpo, la iglesia (Hch. 5:32).

En el Nuevo Testamento el término "testimonio" se emplea en varios sentidos. Puede significar informar sobre hechos verificables, que es el sentido básico secular del término. También podía referirse a una confesión de fe de parte de la iglesia. Finalmente, llevaba el sentido de sufrimiento y martirio por la causa de Cristo. A la luz del contexto (Jn. 16:1-4) fortalece a la iglesia para un testimonio de sufrimiento y martirio estaría entre las funciones del Espíritu en su continuación del testimonio de Cristo en el mundo (cf. Mt. 10:10; Mc. 13:11; Lc. 12:11-12; 21:12-15).

Juan 16:7-15

La venida del Espíritu espera la glorificación de Jesús. Es la misión de Jesús que el Espíritu habrá de continuar. El Espíritu servirá de instrumento en la creación de la comunidad de la nueva era y la salvación de la humanidad. En este sentido la venida del Espíritu depende del ministerio, la muerte y la resurrección de Jesús.

Cuando el *Paracleto* venga "convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (Jn. 16:8). Luego de la ida de Jesús, la comunidad mesiánica se encontraría en el mundo como si estuviera ante un tribunal en un foro. En esta situación el Espíritu desempeñará el papel de asesor legal de la comunidad. La falsedad del fallo con que Jesús fue condenado quedará expuesta y los verdaderos culpables quedarán

convencidos de su error. Y ya que la humanidad en general no puede recibir al Espíritu, esta actividad se llevará a cabo a través de la instrumentalidad de la iglesia. Mediante las palabras inspiradas por el Espíritu, los testigos de Cristo presentarán su causa frente a los responsables de la confabulación contra Cristo (cf. Mc. 13:9-11; et al.). La iglesia contará con el Espíritu Santo, muy especialmente, cuando sufra persecución a mano de las fuerzas del mal.

La humanidad quedará convencida de su pecado por el Espíritu. Una pregunta que sigue vigente es ésta: ¿Quién era culpable de pecado, Cristo o sus perseguidores? A través del testimonio vivo de la comunidad que continúa encarnando la vida con que Cristo la dotó, se dará fe de que él era inocente y sus acusadores culpables, pues se negaron a creer en él (Jn. 16:11; cf. Jn. 3:19-21; 15:21-25).

Igualmente, el Espíritu, por la instrumentalidad de la iglesia, convencerá a la humanidad en cuanto a la justicia auténtica. Otra vez, una pregunta que no pierde su vigencia es ésta: ¿Quién era justo, Cristo o las autoridades que le juzgaron? A través de su vida de auténtica justicia la iglesia seguirá proclamando la justicia de Cristo. Y la justicia de Cristo en medio de su pueblo se ha convertido en una real posibilidad porque Cristo fue al Padre y ha otorgado a su pueblo su Espíritu (Jn. 16:10).

Finalmente, el Espíritu convencerá a la humanidad del juicio. Aquí la pregunta clave es: ¿Quién ha quedado finalmente condenado, Cristo o sus enemigos? La vivencia de la iglesia, vitalizada poderosamente por la presencia del Espíritu Santo en ella, demuestra que en realidad "el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado" (Jn. 16:11). El triunfo de Cristo es la derrota de Satanás y el fin de su reino. El Espíritu hace presente esta realidad mediante la comunidad mesiánica que vive y proclama al reino de Dios con sus valores (Vawter, 1972: 63:151).

El *Paracleto* es el Espíritu de verdad. El tomará los hechos y los dichos de Jesús que durante su vida siguieron siendo incomprensibles para los discípulos y se los hará cap-

tar. No sólo serán capaces de captar con sus intelectos el significado de lo dicho y hecho por Jesús. También proveerá los recursos, tanto espirituales como sociales, para convertirlos en realidades vividas en la comunidad. Guiar a los discípulos a toda la verdad es conducirlos a una fidelidad y obediencia al Padre semejantes a las que caracterizaban la vida del Mesías, Jesús (Jn. 16:13).

Jesús, en su vida, hablaba las palabras y hacía las obras de su Padre (Jn. 5:19; 12:49; 14:10). E igualmente, el Espíritu tampoco "hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere" (Jn. 16:13). De modo que las palabras y las obras del Padre, que Jesús había reflejado fielmente, seguirán presentes en la comunidad de los discípulos mediante la actividad fiel del Espíritu de verdad.

Incluso la glorificación de Cristo habrá de continuar en la iglesia a través de la actividad del Espíritu que continúa la obra de Cristo. La glorificación de Jesús consistía muy especialmente, en su muerte vicaria, reivindicada por Dios mediante la resurrección (Jn. 12:23; 13:31ss).

Según el testimonio del Nuevo Testamento, los discípulos de Cristo seguirán haciendo presente el significado vicario y salvífico de la vida y la muerte de Jesús a través de su propio sufrimiento por la causa de Cristo (I P. 2:21; 4:13; II Co. 1:5; Col. 1:24; Mt. 10:38; 16:24). Esta glorificación costosa de Cristo (y del Padre) en una iglesia que, como su Señor, ama a sus enemigos hasta el punto de sufrir por ellos, será uno de los papeles más notables del Espíritu.

En resumen, en el Espíritu Santo la presencia y la obra salvífica de Jesucristo son continuadas por medio de la iglesia en medio de la humanidad. La obra del Espíritu abarca toda la gama de la obra salvífica de Jesús. Incluye la creación de una comunidad que lleva la imagen de su Señor. Inspira a la comunidad a la obediencia a las palabras de su Señor. Fortalece a los discípulos de Cristo a fin de poder ofrecer fielmente su testimonio en el mundo. Finalmente, guía a la iglesia a glorificar a Cristo concretamente en su vida y hasta en su sufrimiento por su causa. Y esto, a la vez, es dar gloria a Dios.

V

VIDA EN EL ESPIRITU

Los primeros Anabautistas pensaban que el bautismo era para "todos aquellos que desean andar en la resurrección de Jesucristo y estar sepultados con él en la muerte, para poder resucitar con él". Para ellos, la iglesia era una comunidad de hermanos y hermanas cuya convivencia se caracterizaba por la alegría, la paz y la misericordia del Padre, por la comunión creada por la obra reconciliadora de Jesucristo y por los abundantes dones de su Espíritu que vivía en su medio (Yoder, 1976:157,158).

Mediante estas expresiones ellos se referían, sin duda, a la misma realidad que los escritores del Nuevo Testamento reflejan con frases tales como, "andar en el Espíritu", "ser guiados por el Espíritu", "vivir por el Espíritu", "manifestar el fruto del Espíritu", "ocuparse del Espíritu", "ser morada del Espíritu", "tener el Espíritu de Cristo" y "ser llenos del Espíritu" (Gá. 5:16,18,22,25; Ro. 5,9; Ef. 5:19; 2:22). Estas y otras expresiones que reflejan el mismo concepto, las encontramos esparcidos a través de las epístolas del Nuevo Testamento. Sin embargo donde mayor énfasis encontramos sobre esta dimensión de la convivencia en el Espíritu de Cristo es en Gálatas 5:16-6:10 y Romanos 8:1-30.

Gálatas 5:16-6:10

Caminar en el Espíritu es la gloriosa alternativa que se presenta en la comunidad del Mesías. Y esta posibilidad es lo que más distingue la comunidad del Espíritu de Cristo de lo que Pablo solía llamar "la carne". Tal como Pablo emplea los términos, "Espíritu" y "carne" no se refieren a dos aspectos de la naturaleza humana; uno inmaterial, invisible y bueno y el otro material, visible y depravado. Pablo aunque escribiera sus cartas en griego, la lengua franca de su época, era, más que nada, hebreo en su forma de pensar. Así que no hay que buscar rasgos del dualismo griego en la contraposición paulina de los términos "carne" y "Espíritu".

Aquí la perspectiva es más la de dos esferas en que los seres humanos experimentamos nuestra existencia, que la de dos elementos de que se compone la persona. En esta contraposición Pablo compara el hombre, sujeto a sus inclinaciones terrenales, con el hombre que vive bajo el influjo del Espíritu. Pablo típicamente emplea el término "carne" para referirse al hombre en su existencia natural, física y visible, débil y ligado a esta tierra. Expresa la idea del ser humano abandonado a sí mismo. "Carne" se refiere al hombre entero, dominado como está, por las tendencias naturales y terrestres (Fitzmyer, 1972:79:119).

En este conflicto entre "el deseo de la carne" y el Espíritu se encuentra el cristiano. Por una parte, ha sido unido al cuerpo de Cristo y dotado de su Espíritu, pero aún persiste la guerra contra la "carne", símbolo de todo lo que es la humanidad en su oposición a Dios. Así, aunque se viva en la esfera en que la vida es orientada por el Espíritu de Cristo, todavía sigue la tensión entre las dos esferas y sus respectivos principios, "el Espíritu de Cristo" y "los deseos de la carne".

Desde que vino Jesús, el Mesías, nos ha dotado con su Espíritu, hemos sido liberados del principio de la ley como forma para ser reconciliados con Dios y con nuestros semejantes. Es en la esfera de "la carne" que sigue operativo el principio de la "ley" (Gá. 5:18).

A continuación, en Gálatas 5:19-23, aparecen dos listas que caracterizan los contrastes que existen entre las dos esferas: "la carne con sus obras" características y el reino de Dios donde abunda el "fruto del Espíritu". Aparentemente, en la iglesia neotestamentaria, se empleaban listas como éstas para la instrucción de los nuevos miembros que ingresaban al cuerpo de Cristo. Una comparación de los varios catálogos de vicios y virtudes que encontramos en las epístolas puede ayudarnos a apreciar las diferencias que existen entre las esferas de "la carne" y "el Espíritu" (véase el apéndice).

Cuando observamos los contextos en que aparecen estas listas de vicios y virtudes vemos una semejanza notable de conceptos. En Gálatas 5:16-25 aparecen las siguientes frases: "Andad en el Espíritu", "el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne", "guiados por el Espíritu", "heredar el reino de Dios", "el fruto del Espíritu", y "si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu".

En Colosenses 3:1-15 notamos las siguientes frases: "Resucitado con Cristo", "haced morir lo terrenal", "despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo... conforme a imagen del que lo creó", "vestíos... de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia", y "vestíos de amor".

En Efesios 4:1-3,17-32 abundan conceptos similares: "Que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados", "guardar la unidad del Espíritu", "no andéis como los otros gentiles", "despojaos del viejo hombre", "renovaos en el Espíritu de vuestra mente", "vestíos del nuevo hombre", y "no contristéis al Espíritu Santo de Dios".

En Efesios 5:1-18 encontramos: "Sed imitadores de Dios", "andad en amor, como también Cristo nos amó", "herencia en el reino de Cristo y de Dios", "el fruto del Espíritu", y "sed llenos del Espíritu".

En I Corintios 6:9-11 están las siguientes frases: "Reino de Dios", "en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios".

En II Corintios 6:4-8 hallamos las frases: "En el Espíritu Santo" y "en el poder de Dios".

Y en Romanos 13:12-14 encontramos los siguientes conceptos: "Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz", "andemos como de día", "vestíos del Señor Jesucristo y no proveáis para los deseos de la carne".

Aparentemente estas listas son todas representativas de las dos orientaciones de vida que están en pugna. Ni las listas de los vicios ni las de las virtudes pretenderían ser completas. Pero con toda la variedad, se nota cierta coincidencia. Los vicios repetidos probablemente apuntan a las áreas de la vida cotidiana en la sociedad grecorromana donde el conflicto entre las dos esferas arreciaba más. Las virtudes mencionadas son todas elementos que caracterizaban a Jesús, y necesitaban subrayarse, para fortalecer la vida en la comunidad del Espíritu de Cristo.

Y las semejanzas que se notan en los contextos en que aparecen estas listas sencillamente subrayan la forma en que la comunidad primitiva comprendía el papel del Espíritu en la realización de la nueva vida en Cristo. Hay muchas referencias al Espíritu. Entre éstas están: "Andar en el Espíritu" y "ser guiado por el Espíritu", "guardar la unidad del Espíritu", "obrar por el Espíritu", "llevar el fruto del Espíritu", "vivir en el Espíritu", "ser lleno del Espíritu" y "no contristar al Espíritu". Y estas referencias al Espíritu aparecen juntamente con otras como: "heredar el reino de Dios", "revestirse del nuevo hombre", "vestirse del Señor Jesucristo", "ser imitadores de Dios", "andar en amor como también Cristo", "llevar las armas de la luz" y "caminar como de día".

Todos estos conceptos tienen que ver con las formas concretas que tomaban la vida y la misión de la nueva comunidad mesiánica en el mundo. Y aparentemente esto refleja la firme convicción en la iglesia primitiva, que la vida y los valores del reino que el Mesías encarnó y enseñó seguirían practicándose en la comunidad mesiánica en el Espíritu del Cristo resucitado y en el poder de Dios. En el Espíritu de Cristo la comunidad encontraba un recurso de extraordina-

rio poder que la capacitaba para vivir la vida de la nueva era. Y los que instruían a los nuevos catecúmenos en el camino del reino en medio de los reinos de este mundo, no se cansaban de invitarles a acompañarlos en su imitación de Dios, andando en su Espíritu.

Para comprender con más claridad las implicaciones concretas de este "caminar en el Espíritu", sería provechoso examinar el sentido bíblico de este "fruto del Espíritu" y las formas concretas que tomaba en la comunidad.

Amor: El amor que aparece en cuatro de las cinco listas, es, sin duda, característica fundamental del Espíritu. Y en los contextos en que aparecen las listas descubrimos la naturaleza y las dimensiones de este amor. El Espíritu de amor lleva a la comunidad a regirse por "la ley de Cristo" (Gá. 6:2), que no es otra cosa que "la ley del amor" o "el mandamiento nuevo" de que habla Jesús en los escritos de Juan. Pero de manera muy concreta aquí, amar consiste en "sobrellevar los unos las cargas de los otros". El Espíritu de amor inspira esa solicitud fraternal que se dispone a restaurar al hermano en dificultad.

En Colosenses 3:13 este amor se manifiesta en una disposición a perdonar "de la manera que Cristo os perdonó". Y en Efesios 5:2 "andar en amor" es amar "como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante". Los términos empleados aquí son los del vocabulario litúrgico de sacrificio. Y éste es el modelo del amor que el Espíritu pone delante de los miembros del cuerpo de Cristo. Y un poco más adelante en el mismo contexto se repite la misma imagen. En Efesios 5:25 la medida concreta de este amor es Cristo que "amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella".

En Romanos 13:8-10, Pablo señala que el único deber del discípulo de Cristo es el amor mutuo, y que amar realmente es cumplir a plenitud la ley. Luego cita los últimos cinco mandamientos del Decálogo y dice que todos se resumen en uno, "amarás a tu prójimo como a ti mismo". Y finalmente

concluye con la observación que "la plenitud de la ley es el amor", e invita a los creyentes a "vestirse del Señor Jesucristo", el mejor modelo de ese amor (Ro. 13:14).

De modo que, el amor que el Espíritu potencializa en los discípulos de Jesús, tiene poco que ver con sentimientos o emociones. No es un amor carente de formas concretas. Es, nada menos, el amor de Dios mismo manifestándose en sus hijos. El amor de Dios es, sobre todo, activo y apuntado hacia la salvación de la humanidad. Se expresa más claramente como "amor de pacto". Es el amor que fue capaz de formar un pueblo que llevara su nombre y reflejara su carácter. Es un amor que ha enviado a su Mesías a fin de restaurar su reino salvífico y benéfico. Y éste, a la vez, otorga su Espíritu a fin de continuar su misión salvífica mediante la capacitación de un pueblo que ama como él ha amado. Y mediante su Espíritu de amor él sigue formando su comunidad de amor.

Cuando Pablo dice que la "plenitud de la ley es el amor" (Ro. 13:10), cuando se refiere a "la ley de Cristo" (Gá. 6:2), y cuando Juan escribe de "un mandamiento nuevo... que os améis unos a otros; como yo os he amado" (Jn. 13:34; I Jn. 2:7,8), todos apuntan, obviamente, a la "ley del Espíritu de vida" (Ro. 8:2). La visión profética, "Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu. Y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ez. 36:27), seguramente vislumbraba también a este "ley del Espíritu". De modo que esta ley del amor del Espíritu viene a ser la nueva pauta y la fuente interior de vida que potencializa y capacita a todos aquellos que son "espirituales". Este principio de vitalidad es la fuente de donde surge la posibilidad de amar como Jesús ama.

Obviamente, las frases, "amor de Dios" y "amor de Cristo", pueden entenderse en varios sentidos. Pueden tomarse en forma subjetiva en que Dios es el sujeto de la acción. Así que significaría el amor que Dios manifiesta hacia nosotros. También pueden entenderse en forma objetiva, en que Dios es el objeto de la acción. De esta manera significaría

el amor que nosotros tenemos para Dios. Pero también hay una tercera manera en que la frase puede entenderse. Puede tomarse cualitativamente, o sea de la misma manera en que Dios ama. En este sentido el "amor de Dios" significaría amor como el amor de Dios.

Es evidente que las dos primeras interpretaciones son ciertas. Dios nos ama. El amor de Dios para la humanidad es absolutamente fundamental en la visión bíblica. También hemos de amar a Dios. Tanto en el antiguo pacto, como en el Nuevo, se espera esta expresión recíproca del amor. Y probablemente éstos son los dos sentidos del amor que más se han destacado en la iglesia a través de su historia. Sin embargo, el énfasis bíblico sobre el tercero de estos enfoques es notable. Jesús es el modelo del amor por excelencia, y el Espíritu que nos otorgó es el Espíritu del amor. Y El nos capacita para amar como Jesús ama.

Gozo: El gozo bíblico no es esencialmente una actitud personal e interior. Tiene causa y se expresa en formas concretas. En el Antiguo Testamento era causado por manifestaciones concretas de la actividad salvífica divina. Y se expresaba compartiéndolo especialmente en situaciones festivas cúlticas. Según los profetas, la expectativa de una salvación mesiánica era ocasión de alegría y gozo (Is. 12:6; Joel 2:21-27; Sof. 3:14-20; Zac. 9:9-10) (Zimmerli, 1974:363).

Y éste es el sentido fundamental que tiene el término en el Nuevo Testamento. El gozo que caracterizaba a la comunidad primitiva era esencialmente mesiánica. En este sentido seguramente, la traducción en la Biblia de Jerusalén de Lucas 1:28 es preferida a la de Reina y Valera. "Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo". Representa realmente un llamado al júbilo mesiánico ante la venida de Jesús. El Evangelio de Lucas se caracteriza muy especialmente por su énfasis en este gozo mesiánico. Jesús ha sido ungido con el Espíritu y esto es fuente de gozo y alegría para todos los que escuchan las noticias.

Esta orientación de gozo desbordante caracteriza al

Evangelio de Lucas de principio a fin. El amanecer de la nueva era mesiánica es motivo de gozo (Lc. 1:14; 2:20; cf. Mt. 2:10). Las multitudes responden a la misión del Mesías con gozo (Lc. 8:13,40; cf. Mc. 4:16). La misión de los discípulos también es motivo de gozo (Lc. 10:17). El evangelio es ocasión de gozo (Lc. 15:7,10; cf. Mt. 13:20). La presencia del Señor resucitado y la expectativa de su Espíritu también producen gozo (Lc. 24:41,52). Desde esta perspectiva comprendemos la dicha que acompaña a las "bienaventuranzas" en Mateo 5:1-12 y Lucas 6:20-23. Son características de la nueva era del Espíritu que está amaneciendo.

El carácter esencialmente mesiánico de este gozo nos ayuda a entender la estrecha relación entre el sufrimiento y este gozo. La bienaventuranza de la persecución sufrida por causa del reino es una de las constantes paradojas que encontramos a través de todo el Nuevo Testamento. Estos sufrimientos son, en cierto sentido, como los dolores de parto que anticipan el surgimiento del reino, la nueva era anhelada del Espíritu. No sólo es gozo en medio de los sufrimientos, sino gozo por los padecimientos "por causa del Nombre" (Hch. 5:41). Se gozaban porque estaban participando en los sufrimientos de Cristo que acompañaban la llegada del reino.

Pablo también destaca esta dimensión mesiánica del gozo. "El reino de Dios... es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Ro. 14:17). Justicia, paz y gozo proceden de los impulsos del Espíritu y caracterizan la conducta que corresponde al reino de la nueva era. En esta presencia anticipada de la realidad escatológica del reino, está el secreto del gozo desbordante que proporciona el Espíritu. Frente a "los dolores de parto" que anticipan la realización del reino, Pablo podía decir, "sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones" (II Co. 7:4; cf. 7:4-16).

El gozo que es fruto del Espíritu, es el júbilo desbordante que surge de la realización del reino de Dios entre la humanidad. Es la alegría festiva que celebra la inauguración de la nueva era del Espíritu, la era del futuro en la que la

comunidad del Espíritu participa ya, y que un día abarcará al cosmos entero.

Paz: En el Antiguo Testamento la paz era concebida como un don de Yahveh para su pueblo. Sus raíces están en la actividad salvífica de Dios. *Shalom* incluía relaciones restauradas con Yahveh en el contexto de la comunidad de su pacto, e incluso con la creación natural. Los profetas vislumbraban una restauración mesiánica caracterizada primordialmente por el *shalom*. "Haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos... Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo" (Ez. 37:26,27; cf. 34:25).

Las condiciones idílicas del paraíso servían como paradigma a los profetas para referirse al reino mesiánico venidero carac- terizado, sobre todo, por el *shalom*. El Espíritu de Yahveh reposaría sobre este "Príncipe de paz" y bajo su reinado se vislumbraba una restauración de armonía con la creación, una convivencia humana de las más amplias dimensiones de justicia y paz, y el acatamiento a la intención de Yahveh, expresada en su ley (Is. 2:2-4; 9:1-7; 11:2-10).

En la visión del profeta Zacarías (9:9-10) se unen los motivos de gozo y paz, característicos de la era de restauración mesiánica. "Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá, a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno... y hablará paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra".

Este es el trasfondo bíblico que nos permite comprender el sentido de la paz, que es el fruto del Espíritu de la nueva era de restauración mesiánica. En Romanos 15:13 Pablo deseaba para sus lectores "todo gozo y paz... por el poder del Espíritu Santo". Y lo notable de este texto es que sigue inmediatamente después de una cita de Isaías 11:10 con su referencia al Mesías, cuyo reinado sería saludado con gozo y caracterizado por la paz.

Efesios 2:14-22 nos ofrece un resumen de la reflexión paulina sobre la misión salvífica del Mesías. "El es nuestra

paz" porque en su vida y en su muerte él personalmente destruye las barreras que distanciaban a los grupos entre sí, y que los alejaban también de Dios. Así se crea una nueva humanidad edificada "para morada de Dios en el Espíritu" (Ef. 2:22). Y de este modo se ha comenzado a realizar la visión profética del Dios que hace su tabernáculo en medio de su pueblo.

En el Evangelio de Juan, el Jesús resucitado saluda a la comunidad de discípulos tres veces con la palabra "paz" (Jn. 20:19,21,26). Aunque podría tratarse de un saludo, nada más, en este caso probablemente no es meramente eso. Se trata, nada menos, de la característica esencial del reinado mesiánico de la nueva era y acompaña a la dádiva del Espíritu Santo, el Espíritu de la nueva era. En realidad, fue anticipado en las palabras de Jesús en Juan 14:26-27. "Mas el Consolador, el Espíritu Santo a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy, yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo". La paz mesiánica, concepto prácticamente idéntico al término "salvación", concepto que incluye la restauración de la comunión con los semejantes, con Dios y con el universo creado, es el legado de Jesús a la comunidad del Espíritu. Con razón Pablo se refiere al Espíritu como fuente de "vida y paz". En este sentido la paz es fruto del Espíritu.

Paciencia: En realidad, el término "paciencia" que aparece en cuatro de las listas de virtudes, resulta de la traducción de dos palabras griegas, *macrotumía* (Gá. 5:22; Col. 3:12; Ef. 4:2; II Co. 6:6) y *jupomoné* (II Co. 6:4). Los dos términos griegos tienen significados muy similares, aunque también reflejan matices distintos.

En el Antiguo Testamento la *macrotumía* de Dios se manifestaba en la misma naturaleza de Yahveh, "misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia" (Jl. 2:13; cf. Ex. 34:6). Por su parte, *jupomoné* describe la actitud del pueblo frente a su Dios. En esta relación Yah-

veh es "esperanza de Israel" (Jer. 14:8; 17:13). *Jupomoné* también se puede referir a la actitud del pueblo de Dios frente a un mundo hostil. En este caso lleva el sentido de perseverancia o constancia y firme confianza en la fidelidad de Dios (Job. 14:14).

Para Pablo la "paciencia y longanimidad" (*anoqué y macrotumía*) de Dios proveen ocasión para el arrepentimiento (Ro. 2:4; 9:22). La *macrotumía* de Dios no implica una actitud de indulgencia divina frente a la maldad humana, sino que se orienta en torno a una perspectiva más amplia. Dios es paciente en virtud del reino inaugurado por el Mesías. Y en él los propósitos de Dios finalmente serán cumplidos.

Pablo también habla de la "paciencia y longanimidad" de los cristianos. La paciencia que hemos de tener con los débiles en la comunidad de fe no implica aprobar sus acciones, sino que también se orienta hacia el cumplimiento pleno del reino (I Ts. 5:14,23). Ejercer la paciencia implica tomar la perspectiva de Dios en la tarea de corregir fraternalmente al hermano en la comunidad. Se aguanta a los débiles porque Dios todavía no ha terminado su proyecto salvífico en ellos. Esta paciencia, orientada en el reino de Dios, es fruto del Espíritu de Dios (Gá. 5:22).

Pablo mismo era un ejemplo de como esta "paciencia" funciona. Según el testimonio de Pablo, Jesucristo había esperado con longanimidad hasta que finalmente su paciencia venció al perseguidor (Tim. 1:16). Por lo tanto Pablo mismo practicaba la paciencia en su misión (II Ti. 3:10) y la recomendaba a sus colaboradores (II Ti. 4:2).

Por supuesto, *hupomoné* también expresaba el sentido de una resistencia perseverante e inquebrantable frente al mal y a las injusticias del mundo (I Co. 13:7; Ro. 12:12). Es resistir el mal sin ceder a la tentación a recurrir a los medios de los malhechores (I P. 2:20; II Ts. 1:4). Esta "firmeza permanente", era la forma en que la comunidad primitiva respondía a la violencia de la persecución (Hch. 14:22; II Co. 6:4). Jesús era el principal ejemplo de esta resistencia contra el mal, hasta la muerte (I P. 2:21; He. 12:1-2).

Apocalipsis 13:10 y 14:12 reflejan la actitud de una iglesia sometida a presiones diabólicas, tendientes a meterla en el molde del sistema predominante de su época. La firmeza con que resistían estas presiones, la colocaba en el mismo camino por donde la fidelidad de Jesús le había llevado a él.

Esta firmeza constante frente al mal de los perseguidores es la provisión de Dios para la nueva era del Espíritu. Y, muy especialmente, durante los primeros tres siglos de vida de la iglesia cristiana, esta paciencia era su respuesta a la violencia de sus perseguidores. Y esta resistencia constante que apuntaba hacia la llegada plena del reino justo de Dios, fue el instrumento que finalmente convenció a muchos de sus perseguidores de la bondad de Dios y de la verdad del evangelio.

Benignidad: El término griego *crestótes* aparece en Gálatas 5:22, Colosenses 3:12 y II Corintios 6:6. En los primeros dos casos se traduce "benignidad" y en el último "bondad". En el Nuevo Testamento el término sólo aparece unas diez veces en los escritos paulinos. Romanos 2:4 señala la gracia con que Dios siempre ha actuado con los seres humanos, y en Romanos 11:22 se destaca su bondad expresada a través del Mesías. En Tito 3:4-6 también se refiere a la bondad de Dios hacia los seres humanos. "Nos salvó... por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador". En Efesios 2:7 señala que la intención para la humanidad en la nueva era mesiánica de salvación consiste en "las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús".

De modo que en el Nuevo Testamento, la benignidad de Dios se refiere a la plenitud de salvación mesiánica, y es prácticamente sinónimo de términos como "gracia", "rectitud" y "salvación". *Crestótes* designa un atributo característico de Dios. Describe la forma salvífica en que Dios actúa hacia la humanidad.

Como en el caso del amor, y el resto del fruto del Espíritu, la benignidad también "ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Ro. 5:5). Es notable que este término, que en los demás escritos de Pablo sólo se emplea para describir el carácter bondadoso y salvífico de Dios, ahora en las listas de virtudes espirituales (Gá. 5:22; Col. 3:12; II Co. 6:6) se aplica a los miembros del cuerpo de Cristo. Pero en ninguno de los casos se considera como una virtud puramente humana. En Gálatas 5:22 es "fruto del Espíritu". En Colosenses 3:12 se presenta como un aspecto de la imagen de Cristo restaurada en su comunidad. Y en II Corintios 6:6 se asocia directamente con el Espíritu Santo.

En resumen, la benignidad es fruto del Espíritu de Dios. Es un atributo de Dios Salvador que mediante su Espíritu se manifiesta también en la comunidad de salvación mesiánica.

Bondad: Este término sólo aparece en cuatro textos paulinos en el Nuevo Testamento (Ro. 15:14; Gá. 5:22; Ef. 5:9; II Ts. 1:11). Al igual que la benignidad, la bondad (*agatosúne*) es esencialmente un atributo de Dios. II Tesalonicenses 1:11 señala que el proyecto salvífico de Dios ha sido "un propósito de bondad". E igual que en el caso de la benignidad, esta característica propia de la naturaleza de Dios es experimentada por los miembros de la comunidad, gracias a la actividad del Espíritu. En Romanos 15:13-14 Pablo se refiere al poder del Espíritu Santo y luego expresa su convicción que "estáis llenos de bondad". Y tanto en Efesios 5:9, como en Gálatas 5:22, la bondad se menciona como "fruto del Espíritu". Así que la bondad, característica exclusiva de Dios en otra época, en la era del Espíritu llega a caracterizar a los miembros de la comunidad del Espíritu.

Fe: En su esencia, la fe bíblica se refiere a la relación mutua entre Dios y su pueblo. En la visión veterotestamentaria, la fe es siempre una reacción humana a la acción divina. Deuteronomio 7:9-ll refleja esta visión bíblica de la fe. "Jehová tu Dios, Dios fiel, que guarda el

pacto y la misericordia... Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas". La fe en los seres humanos es una respuesta fiel a la fidelidad absoluta de Yahveh.

En el Nuevo Testamento notamos que el concepto de la fe se caracteriza por unos cuantos matices. Tener fe puede significar creer (Jn. 2:22; et al.). La fe también puede llevar el sentido de la obediencia (He. 11:4-6,8; et al.). Según la visión bíblica, creer es obedecer. El término fe también puede significar la confianza (Ro. 4:17-20, et al.). Además la fe y la esperanza también están estrechamente relacionadas (Ro. 4:18, et al.). Finalmente, la fe puede entenderse como la fidelidad (I Co. 16:13: cf. Ro. 3:22,26; Gá. 2:16; 3:22; Fil. 1:27; 3:9; Col. 2:12; Ef. 3:12; II Ts. 2:13; Ap. 14:12). Notamos que todos estos usos del término en el Nuevo Testamento ya estaban presentes en el Antiguo Testamento.

Pablo les recordaba a los Gálatas (3:1-28) que la era del Espíritu es la era de la fe. Y ser "guiados por el Espíritu" significaba que no se vivía ya bajo el principio de ley (Gá. 5:18). En cambio, en la nueva era del Espíritu se vive bajo la ley del Espíritu (Ro. 7:6; 8:2). En la esfera del Espíritu los esfuerzos puramente humanos no bastan. Rige, más bien, la fe como fundamento de relación salvífica.

Entonces, la fe también es fruto del Espíritu. Y a juzgar por el contexto, y por las otras virtudes que son también fruto del Espíritu, uno se pregunta si la fidelidad no será el matiz que más se destaca en este uso del término. Bajo el impulso del Espíritu de Cristo se supera por mucho los meros requerimientos de la ley. La relación de fidelidad, que Dios siempre ha querido que orientara las relaciones entre El y su pueblo (cf. Dt. 7:9-11), es una realidad en la comunidad del Espíritu.

Mansedumbre: El término griego (*prautes*) es traducido como "mansedumbre" en otras dos listas (Col. 3:12; Ef. 4:2). Y dos veces está acompañado por otra característica muy similar, la humildad (*tapeinofrosune*). En la so-

ciedad grecorromana contemporánea, la postura descrita por este grupo de términos era considerada más como un vicio que una virtud. De modo que "mansedumbre" y "humildad" apuntaban a un estilo de vida que iba contra la corriente social contemporánea.

Sin embargo, la mansedumbre, como característica fundamental del pueblo de Dios, tiene sus raíces en el Antiguo Testamento. Era un elemento esencial en la piedad hebrea (Sal. 25:9; 34:2). Según la visión hebrea, los mansos, que son contrastados con los hombres injustos y violentos, son los que reciben su tierra como herencia de Yahveh (Sal. 37:11). Los mansos son objeto especial de la solicitud salvífica de Yahveh (Sal. 76:9; 147:6; 149:4). Pero, muy especialmente, la mansedumbre habría de caracterizar al rey mesiánico venidero (Zac. 9:9-10). En este contexto se destaca la relación entre la mansedumbre en el carácter no violento de este rey.

Esta visión es recogida y desarrollada en el Nuevo Testamento. En el reino mesiánico los "mansos" heredan las promesas salvíficas de Dios (Mt. 5:5; cf. Sal. 37:11). En Jesús se cumple la visión de Zacarías 9:9-10 (Mt. 21:5). Pero muy especialmente, Jesús se convierte en el modelo de mansedumbre para sus discípulos (Mt. 11:25-30). Los tres imperativos en este texto, "venid a mí", "llevad mi yugo" y "aprended de mí" son claves para entender su sentido. El primero enfatiza la centralidad de Jesús para la vida de la comunidad. El segundo destaca las enseñanzas de Jesús que ofrecen una alternativa al sistema judaico. Y el tercero apunta a Jesús como el modelo concreto a seguirse en el discipulado. (Los términos griegos traducidos "aprender" y "discípulo" provienen de una misma raíz).

Y éste es el mismo sentido en que Pablo emplea el término "mansedumbre". Frente a ciertos "neumáticos" contenciosos en Corinto, Pablo basa su postura en "la mansedumbre y ternura de Cristo" (II Co. 10:1). Y "amor y espíritu de mansedumbre" son la alternativa a un enfrentamiento autoritario que recurre a medios violentos (I Co. 4:21).

La misma mansedumbre que caracterizaba a Jesús, se reproduce en la comunidad mediante el impulso de su Espíritu. Al repartir su fruto, el Espíritu simplemente toma de lo de Jesús y lo implanta en su comunidad (cf. Jn. 16:15). En Colosenses 3:12 la humildad y la mansedumbre son características que corresponden a la imagen de Cristo (Col. 3:10). Y en Efesios 4:2 la humildad y la mansedumbre corresponden a la vocación misma de la comunidad. Y en todos los casos representa una característica esencial del Mesías que se reproduce mediante su Espíritu en la comunidad.

Las consecuencias concretas de la mansedumbre de Jesús eran experimentadas en la vida de la iglesia neotestamentaria. En Gálatas 6:1 la corrección fraternal debía hacerse en "espíritu de mansedumbre". La autoridad del amor y la mansedumbre toma el lugar del autoritarismo que se expresa con arrogancia, impaciencia e ira. Este mismo proceder era reflejado en las relaciones interpersonales dentro de la comunidad, al igual que en las relaciones con los de afuera (II Ti. 2:25; Tit. 3:2; I P. 3:15-16; Stg. 1:21; 3:13).

Templanza: El término griego traducido aquí por "templanza" (*egcráteia*) representaba una virtud muy codiciada en el mundo grecorromano contemporáneo. Pero su significado era muy diferente al que se le asigna en el Nuevo Testamento. Para los filósofos griegos significaba la capacidad para ejercer dominio sobre sí mismo y sobre otras cosas fuera de la persona. Refleja el ideal pagano del hombre libre e independiente que ejerce control sobre todo, incluyendo sus propios impulsos, frente a toda oposición.

Pero cuando llegamos al Nuevo Testamento, encontramos el término empleado en forma muy diferente. Pablo emplea el término en I Corintios 9:25. Allí utiliza el ejemplo del atleta que "de todo se abstiene" a fin de competir con éxito. Sin embargo, la finalidad de Pablo aquí no es el provecho personal, sino la fidelidad a su vocación en Cristo. Pablo practicaba la templanza, no para su propio beneficio, ni siquiera para su propia sal-

vación, sino en el interés del bienestar de sus semejantes.

La templanza, mencionada entre los frutos del Espíritu, en Gálatas 5:23, es libremente asumida a fin de servir al prójimo. Además la alternativa en la comunidad del Espíritu al desenfreno personal y colectivo reflejada en la lista de "las obras de la carne", "fornicación, inmundicia, lascivia... borracheras y orgías", es la templanza.

Esta disposición a autolimitarse y disciplinarse había sido notable en la vida de Jesús. Sin tendencias ascéticas y libre de motivaciones egoístas, Jesús pagó el precio de colocar su propia vida a favor de todo aquel que necesitaba. No es sorprendente, entonces, que la comunidad primitiva haya reconocido que la templanza, tal como Jesús la había practicado, era una de las características fundamentales que el Espíritu seguía impulsando en la comunidad.

Una función central del Espíritu es la de formar el carácter de Dios en su pueblo. Y las formas concretas que toma este carácter las conocemos con más claridad mediante la vida de Jesús.

"Andar en el Espíritu" significa continuar en la nueva comunidad del Espíritu la vida propia del reino de Dios restaurado por el Mesías. Jesús mismo ha sido el ejemplo más claro de una vida caracterizada por el fruto del Espíritu. En la era del Espíritu, "vivir en el Espíritu" es continuar bajo su impulso la presencia y la misión mesiánicas en el mundo. La vida caracterizada por el fruto del Espíritu conduce a la abundante cosecha del reino de Dios: la vida permanente (Gá. 6:8). Como la comunidad primitiva lo comprendía muy bien, un papel fundamental del Espíritu en la comunidad era asegurar la continuación concreta de la vida de Jesús, mediante su fructificación en la vida del cuerpo de Cristo. Y los catequistas cristianos primitivos permanentemente inculcaban esta realidad en los nuevos discípulos mediante las listas de características de la nueva vida en el Espíritu de Cristo, en contraste con las listas de las obras funestas que habían dejado atrás.

Apéndice: Listas de virtudes y de vicios en el Nuevo Testamento

Gá. 5:22-23	Col. 3:12-15	II Co. 6:4-7	Ef. 4:2-3	Ef. 5:9
Amor	Entrañable	Paciencia	Humildad	Bondad
Gozo	Misericordia	Pureza	Mansedumbre	Justicia
Paz	Benignidad	Ciencia	Paciencia	Verdad
Paciencia	Humildad	Longanimidad	Amor	
Benignidad	Mansedumbre	Bondad	Paz	
Bondad	Paciencia	Amor sincero		
Fe	Amor	Verdad		
Mansedumbre	Paz	Justicia		
Templanza				

Gá. 5:19-21	Col. 3:5-9	I Co. 6:9-11	I Co. 5:10-11	Ef. 5:3-5	II Co. 12:20	Ro. 13:13
Fornicación	Fornicación	Fornicarios	Fornicarios	Fornicación		
Inmundicia	Impurezas	Idólatras	Avaros	Inmundicias		
Lascivia	Pasiones Desordenadas	Adúlteros	Ladrones	Avaricia		
Idolatría		Afeminados	Idólatras	Palabras deshonestas		
Hechicerías	Malos deseos	Los que se echan con varones	Maldicientes			
Enemistades	Avaricia			Necedades		
Pleitos	Idolatría	Ladrones	Borrachos	Truhanerías		
Celos	Ira	Avaros				
Iras	Enojo	Borrachos				
Contiendas	Malicia	Maldicientes				
Disensiones	Blasfemia	Estafadores			Contiendas	Glotonerías
Herejías	Palabras deshonestas				Envidias	Borracheras
Envidias					Iras	Injurias
Homicidios	Mentira				Divisiones	Lascivias
Borracheras					Maledicencias	
Lascivias					Murmuraciones	Contiendas
Orgías					Desórdenes	Envidias

VI

LA VIDA EN EL ESPIRITU (continuación)

Uno de los pasajes claves en el Nuevo Testamento para comprender el carácter de la nueva vida en el Espíritu es Romanos 8:1-30. El vocablo "Espíritu" se emplea unas once veces en este capítulo, comparado con 5 ocasiones en los capítulos 1 - 7. Pablo señala en Romanos 5:1-11 que por medio de la justificación por la fe mediante Jesús el Mesías, estamos en condiciones de vivir una nueva vida. Esta nueva posibilidad surge del amor de Dios manifestado en Jesús. No sólo se trata de una justificación delante de Dios, sino también de una liberación de los poderes que militan contra la humanidad, representados en el poder del pecado, de la muerte y del principio de ley.

A la luz de esta reconciliación y esta liberación es posible vivir "para con Dios" (Ro. 5:1). Mediante el amor de Dios, surge para la comunidad restaurada en torno al Mesías, la posibilidad de un nuevo modo de vivir. Todo esto procede del Espíritu de Dios mismo, "derramado en nuestros corazones" (Ro. 5:5).

Romanos 8:1-13

Pablo tiene su punto de partida para Romanos 8 en la

pregunta formulada en Romanos 7:24. "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" Este es el grito agonizante de todo ser humano atrapado por el poder del Pecado. Este "cuerpo de muerte" no es simplemente la parte material de la persona en contraste con el alma, sino la totalidad del ser humano dominado por un poder con alcances tanto personales como sistémicos. La respuesta anunciada en Romanos 8:1-4 es que mediante la liberación efectuada por Jesús se ha vuelto posible vivir "conforme al Espíritu", o "bajo el nuevo régimen del Espíritu" (Ro. 8:1; 7:6). Y notamos, de paso, que ambos textos se refieren a un estilo de vida alternativo concreto y visible, más que a un concepto espiritualizante o interiorizante.

El Espíritu es el principio dinámico (ley) de la nueva vida. Lo que la ley mosaica era incapaz de hacer, el Espíritu de vida ha podido lograr. Es el poder vivificante de Dios mismo. La acción vivificante del Espíritu libera de la tiranía del principio de la Ley, del Pecado y de la Muerte. Utilizamos las mayúsculas porque aparentemente se refieren a poderes que son más amplios que su mera aplicación directa y personal imaginaría. El tema de los capítulos 5-7 ha girado en torno a la tiranía de este triunvirato maligno. Mediante el Espíritu, su tiranía queda quebrantada.

Las relaciones interpersonales caracterizadas por la justicia siempre han sido la intención de Dios para la humanidad. En el pacto otorgado por Dios en Sinaí se describían aspectos de esta convivencia con Dios y los semejantes. Pero en la práctica, por más que se esforzara el pueblo de Dios, se quedaba corto de la intención divina. Y lo que era peor, en lugar de confiar en las provisiones misericordiosas de Dios para su perdón y restauración, la ley, que originalmente describía la vida de un pueblo salvado por la gracia de Dios, fue convertida en un código prescriptivo, y principio de justificación ante Dios. De modo que aquello que en un principio expresaba la buena intención de Dios para su pueblo, se degeneró en un sistema esclavizante e instrumento de condenación.

Pero la buena noticia del evangelio es que mediante el Espíritu del Mesías este círculo vicioso puede ser quebrantado. Esta nueva posibilidad salvífica es desarrollada en Romanos 8:5-13, en términos de conflicto entre "carne" y "Espíritu". Para comprender estos términos en su sentido paulino comencemos recordando que no se refieren a dos aspectos del ser humano, el aspecto material o físico, que en el pensamiento griego se consideraba malo, y el aspecto inmaterial o espiritual, que era considerado bueno. Se trata, más bien, de dos esferas distintas de orientación y actividad. Son dos sistemas que operan bajo principios distintos y señores diferentes. La "carne" representa a la humanidad y sus instituciones orientadas contrariamente a la intención divina. Y por el "Espíritu" se entiende la esfera en que la existencia humana responde a la intención de Dios.

El carácter fundamental de cada una de estas esferas se vislumbra a continuación en Romanos 8:5-13. La "carne" se caracteriza por el egocentrismo (v.5) y por la Muerte (Ro. 8:6,13). La "muerte" aquí no es la mera mortalidad humana. Se refiere a la Muerte total (con mayúscula). Es la separación definitiva de Dios y del semejante. Es una fuerza cósmica demoniaca (Ro. 8:38) que se manifiesta en múltiples maneras en la existencia humana. La "carne" se manifiesta en la rebeldía contra Dios y la insubordinación frente a sus iniciativas salvíficas (v.7) y en la impotencia absoluta frente a la posibilidad de agradar a Dios (v.8).

En cambio, el "Espíritu" se caracteriza por "las cosas del Espíritu", o sea, la agenda salvífica de Dios (v.5) y por "vida y paz" (Ro. 8:6,13). Esto realmente resume el proyecto reconciliador y restaurador divino. La vida y la paz consisten en mucho más que la mera continuación de la existencia y de la ausencia del conflicto. Se caracterizan, mas bien, por la calidad de relaciones y actividades que Dios quiso para la humanidad. La "vida y paz" se han desfigurado por la desobediencia de sus criaturas y ahora Dios las ha restaurado mediante la obra de su Mesías y de su Espíritu.

Además de vivir en la esfera caracterizada por el Espíri-

tu, también habita el Espíritu en los creyentes. El Espíritu de Cristo impregna el ser de la persona y dirige su conducta. Incluso, ser de Cristo es tener el Espíritu de Dios (v.9). Pablo realmente no distingue con claridad entre el "Espíritu de Dios" y el "Espíritu de Cristo". El Espíritu es el Espíritu de Dios mismo, pero se conoce y se recibe tan solamente mediante Cristo. La capacidad para seguir a Cristo con autenticidad sólo es posible mediante la "inspiración" de su Espíritu.

El poder vivificante que nos restaura a la vida según la intención divina, es el Espíritu de Dios, el mismo poder que "levantó de los muertos a Jesús" (v.11). Pero no sólo se trata de vida como nueva posibilidad de relaciones y actuaciones ahora, sino también, de la transformación y vivificación de nuestro ser mortal en la *parusía.*

Sin embargo, la posibilidad de nueva vida, gracias a la acción vivificante del Espíritu de Dios, no surge como *opera operatum,* que funciona automáticamente para producir personas sin pecado e inmortales. Esta nueva posibilidad se logra mediante una serie de decisiones y elecciones tomadas libremente bajo el influjo del Espíritu. Hay que hacer nuestra esta nueva posibilidad en el Espíritu, y "hacer morir las obras de la carne" (Ro. 8:13).

Romanos 8:14-17

Una de las metáforas que Pablo emplea para referirse a la obra salvadora de Jesucristo y de su Espíritu en favor de la humanidad, es la de la adopción en la familia de Dios. El término se emplea unas cinco veces en el Nuevo Testamento y todas están en los escritos de Pablo (Ro. 8:15,23; 9:4; Gá. 4:5; Ef. 1:5). Ser guiados por el Espíritu de Dios es llegar a ser hijos de Dios (Ro. 8:14). Intentar relaciones con Dios en un marco caracterizado por la obediencia legalista, es seguir en esclavitud y vivir con temor (Gá. 5:16,18; Ro. 8:15; cf. 7:21-24).

El Espíritu de Cristo es el Espíritu de adopción que constituye a la nueva comunidad del Mesías en hijos e hijas

dentro de la familia de Dios. En Cristo, y mediante su Espíritu, los que ni siquiera éramos pueblo, llegamos a gozar de una nueva relación con el Padre. Tanto que, igual que Jesús, nos dirigimos a Dios con toda la intimidad y la confianza que implicaba el término arameo "Abba". Y no sólo nos dirigimos a Dios en oración del mismo modo en el que un niño expresaba su cariño a su padre, sino también confesamos a voz en cuello que Dios es la clase de Padre que Jesús ha revelado como "Abba, Padre". Aquello que era inaudito en el judaísmo de la época, los hijos de Dios inspirados por el Espíritu de Cristo, lo proclamamos con todo el gozo y las acciones de gracias propias de la expresión litúrgica que finalmente llegó a ser: nuestro Dios y Padre también es "Abba, Padre" (Ro. 8:15; Gá. 4:6).

Mediante su Espíritu presente en su pueblo, Cristo graba en nuestras conciencias la realidad de nuestra condición de hijos e hijas de su Padre. Y esto incluye ser "herederos de Dios y coherederos con Cristo" (Ro. 8:17). En el Antiguo Testamento este término se refería a aquello que Dios otorga a su pueblo, y muy especialmente la "tierra prometida" (Barrett, 1957:164). De modo que, mediante la obra del Espíritu, nosotros, juntamente con Cristo, somos herederos del reino. Nuestra participación en los padecimientos de Cristo refleja la solidaridad que caracteriza la relación entre Cristo y la comunidad mesiánica. Y esta identificación incluye también la glorificación de "resucitar con él" al igual que ser "coherederos" con él del reino del Padre (Ro. 8:17).

De este breve párrafo surgen varios temas relacionados con el papel del Espíritu en la iglesia que requieren comentario adicional.

Generalmente interpretamos estos textos sobre la "adopción" como hijos e hijas en la familia del Padre en forma marcadamente individual (ver por ejemplo, Green, 1977:96,97). Sin duda hay dimensiones de esta realidad que son experimentadas en forma eminentemente personal. Sin embargo, en esta metáfora hay elementos que

94948

apuntan al carácter fundamentalmente comunitario de esta adopción en la familia de Dios.

El término traducido adopción (*huiothesia*) no aparece en la versión griega del Antiguo Testamento porque aparentemente no era una práctica muy difundida entre los judíos. Por lo tanto se sugiere que Pablo ha tomado esta metáfora de las prácticas forenses del helenismo, para comprender el papel del Espíritu en nuestra participación en la familia de Dios en condición de hijos e hijas. De modo que se alega que Pablo se refería a una costumbre pagana e insólita en el mundo judío, mediante la cual un hombre podía adoptar a niños de otra familia e incorporarlos en la suya propia. Incluso, a veces, los emperadores adoptaban a la persona que habían elegido para ser su sucesor (Green, 1977:96). De esta manera se concibe la adopción en los términos puramente individualistas de la costumbre practicada en la sociedad grecorromana de la época.

Pero, por otra parte, aunque Pablo usara el término común griego para referirse a la nueva condición de hijos en la familia de Dios (*huiothesia*), es posible, y hasta probable, que el significado del término lo haya tomado en el sentido de los conceptos hebreos. En Romanos 9:4 Pablo aplica el término "adopción" directamente a Israel antiguo. En el Antiguo Testamento abundan las referencias a la relación entre Yahveh e Israel como Padre e hijo (Ex. 4:22s; Is. 1:2; Jer. 31:9; Os. 11:1; et al.). Si bien no se refieren estos textos directamente a la adopción de Israel, sí hablan de la formación y la elección de Israel como la familia de Dios.

En Romanos 8:15,23, Gálatas 4:5 y Efesios 1:5, entonces, la referencia sería a la comunidad formada en torno al Mesías, el "nuevo Israel de Dios". De modo que, el uso del término "hijo", referido a Israel en el Antiguo Testamento, ahora es transferido a la comunidad del nuevo pacto, al "Israel de Dios" (Ro. 9:7-8, 25-26; cf. Gá. 6:16). Aunque también es cierto que llegamos a ser personalmente hijos e hijas de Dios mediante el Espíritu de

adopción, esta nueva realidad consiste en la incorporación en la familia de Dios, en una experiencia comunitaria.

Jesús fue ungido del Espíritu de manera singular. Y por consiguiente, él es el dador por excelencia del Espíritu de adopción que nos incorpora en su comunidad, en la familia del Padre. Pero Jesús también es el modelo máximo de esa condición de hijo que caracteriza a todos los miembros de su cuerpo. Joachim Jeremías ha señalado que en ningún otro lugar de la literatura antigua se ha atrevido a dirigirse a Dios con la intimidad y la familiaridad que Jesús demostraba al utilizar el término "Abba" (Jeremías, 1981:62). Este término, típico de los balbuceos de un niño en relación con su padre, fue elegido por Jesús, ungido por el Espíritu como el Hijo de Dios por excelencia, para expresar la relación que le unía a su Padre.

Es realmente notable que esta forma inusual de expresar una relación con Dios pasara del Hijo, ungido con el Espíritu de Dios (Lc. 3:22), a la comunidad ungida por el Espíritu del Hijo (Ro. 8:15-17; Gá. 4:5-6). Mediante la retención de la palabra aramea "Abba", las comunidades cristianas surgidas en un medio ambiente grecorromano conservaban la intimidad de la relación familiar con el Padre que Jesús mismo había inculcado en ellos.

La adopción como hijos e hijas en la familia del Padre es una metáfora que ayuda a comprender la realidad de la obra redentora de Cristo (Ro. 8:23; Gá. 4:5-6; Ef. 1:5-7), pero a la vez arroja luz sobre el papel del Espíritu de Cristo en la vida continuada de su pueblo. Mediante la obra del Espíritu del Hijo, siguieron experimentando la realidad de ser hijos e hijas en la familia del Padre. "Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas..." (II Co. 6:18).

¿Cómo hemos de comprender el papel del "Espíritu de adopción"? ¿Es el Espíritu de Cristo el que efectúa en la actualidad nuestra incorporación en la familia del Padre? ¿O es el Espíritu que anticipa nuestra adopción escatológica, en un sentido futurista? A favor de la segunda interpreta-

ción, aparentemente, estarían Romanos 8:23, que habla de "esperar la adopción, la redención de nuestro cuerpo", y Romanos 9:4, donde menciona una futura "adopción" del pueblo de Israel. Sin embargo, esta condición de hijos e hijas de Dios, mediante la intervención de su Espíritu, no es algo que espera el desenlace final para su realización. Ser "guiados por el Espíritu de Dios" es ser "hijos de Dios" (Ro. 8:14). Al decir que "el Espíritu mismo da testimonio... de que somos hijos de Dios", y esto implica participación también en los sufrimientos de Cristo (Ro. 8:16,17). En realidad todo esto es parte del proyecto salvífico de Dios mediante el cual su intención se realiza: "para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Ro. 8:29).

Respondiendo entonces a las preguntas, ¿actualidad? o ¿anticipación?, esta condición de hijos e hijas en la familia de Dios parece ser una realidad presente que también abarca el futuro que Dios habrá de traer. Por eso "el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios... a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Ro. 8:19,21). El Espíritu de adopción efectúa relaciones auténticamente familiares entre los hijos y las hijas de Dios en el presente, al igual que anticipa las formas que tomará esta condición de hijos e hijas del Padre en la consumación futura.

Romanos 8:18-30

El ritual de las primicias en Israel antiguo consistía en ofrecer la primera gavilla "al comienzo de la siega de la cebada" delante de Yahveh. En cierto sentido representaba un anticipo de la ofrenda de acción de gracias que vendría en la fiesta de la cosecha siete semanas más tarde, en pentecostés (Nm. 28:26). Las primicias eran tanto un gesto de acción de gracias anticipada de parte de Israel, como una garantía de parte de Yahveh de la cosecha abundante que se acercaba.

Pero lo que era todavía más importante, las primicias servían de ocasión en Israel antiguo para reafirmar su iden-

tidad esencial como pueblo redimido por la actuación salvífica de Yahveh a través de su historia (Dt. 26:5-9). Era el momento para confesar que debía su existencia y su subsistencia a la mano protectora y providente de Yahveh. Era el momento para celebrar gozosamente la dádiva de la tierra y también para recordar con generosidad a los segmentos de la sociedad que carecían de tierra, "el levita y el extranjero" (Dt. 26:10-11). En contraste con todos los cultos de fertilidad cananeas, donde se consideraba una actualización ritual como esencial para asegurar la fertilidad de los campos y del ganado, Yahveh era confesado como fuente de bendiciones abundantes, tanto mediante su actuación salvífica a lo largo de su historia, como a través de su providencia mediante los recursos naturales (McKenzie, 1972:77:56).

La metáfora de las primicias es empleada en el Nuevo Testamento con una variedad de sentidos. En I Corintios 15:20,23 la resurrección de Cristo es vista como "primicias" y prenda que apuntan a la resurrección de los muertos en Cristo. Y en una serie de textos en el Nuevo Testamento el término "primicias" se refiere a la comunidad mesiánica incipiente o a una parte de ésta, "los que siguen al Cordero... redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero" (Ap. 14:4; cf. Ro. 11:16; I Co. 16:15; Stg. 1:18).

En Romanos 8:23, sin embargo, el término "primicias" adquiere otro matiz. Aquí el pueblo de Dios recibe "las primicias del Espíritu" como garantía del cumplimiento del proyecto salvífico de Dios mediante la obra de su Mesías y su continuación a través de su Espíritu. Estas "primicias" apuntan, no sólo a nuestra "adopción y la redención de nuestro cuerpo" (Ro. 8:23), sino también a la restauración de la creación misma de su "esclavitud de corrupción" (Ro. 8:21). En contraste con la práctica en el Antiguo Testamento donde Israel ofrecía a Yahveh las primicias, aquí Dios ofrece a su pueblo las primicias de su Espíritu, como garantía de todo aquello que seguimos esperando del proyecto salvífico divino.

Otra metáfora que también se emplea para referirse a este mismo papel del Espíritu, es la de "las arras". En tres textos paulinos en el Nuevo Testamento se refiere al Espíritu como "las arras de nuestra herencia" según los propósitos de Dios (II Co. 1:22; 5:5; Ef. 1:14). Este término fue utilizado en el comercio para referirse al "anticipo" o "la primera cuota" que garantizaba el pago del precio completo. Se percibe al Espíritu Santo como la primera cuota de una salvación aún más grande que nos aguarda. Es la prenda de algo más grande que se ha de venir. Sin menospreciar la realidad de la salvación mesiánica ya realizada, al referirse al Espíritu Santo como "las primicias" y "las arras" se apunta a su realización plena en un cumplimiento futuro.

En la presencia y la obra del Espíritu experimentamos, en cierto sentido, la presencia del futuro. La presencia del Espíritu, las primicias y las arras de Dios para la comunidad mesiánica, son la prueba que la nueva era ha amanecido y que su consumación se acerca definitivamente.

Referirnos al Espíritu Santo como las primicias y las arras, no implica necesariamente que el papel del Espíritu en el presente sea meramente provisorio. La gavilla de las primicias anticipaba y representaba la cosecha que se aproximaba. Las arras no sólo eran la primera cuota que garantizaba el pago completo. Eran también parte del precio total, de modo que mediante la presencia y la obra del Espíritu ya empezamos a experimentar el futuro que Dios traerá. El Cristo de la encarnación será también el juez del día final. El Cordero inmolado servirá de templo y de lumbrera en la nueva Jerusalén. Y mediante el Espíritu de Cristo, la iglesia experimenta un anticipo del proyecto salvífico de Dios llevado a su consumación. En la persona y la obra del Espíritu Santo experimentamos, en algún sentido, la presencia del futuro, un anticipo fidedigno de lo que Dios hará.

Otro término empleado para describir el papel del Espíritu Santo en la iglesia es "sello". Esta actividad del Espíritu aparece junto con la referencia a "las arras" en dos de los tres pasajes paulinos en que esta metáfora es empleada (II

Co. 1:22; Ef. 1:13,14; cf. 4:30). Hay una evidente relación entre la forma en que "el sello", "las arras" y "las primicias" son aplicadas al Espíritu. El vocablo "sello" indica propiedad o pertenencia de lo sellado. En el libro de Apocalipsis la misma comunidad mesiánica identificada como "primicias" entre la humanidad "para Dios y el Cordero" también lleva "el sello del Dios vivo" en sus frentes (Ap. 7:2,3; 14:1-4). La presencia y obra del Espíritu de Cristo es señal segura de nuestra pertenencia a Jesús. En Romanos 8:14, Pablo asocia este mismo papel al Espíritu empleando otra figura literaria. "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios".

La función del sello del Espíritu es tanto subjetiva como objetiva. La unción del Espíritu de Cristo nos asegura a nosotros mismos que pertenecemos a él. Pero la presencia y obra del Espíritu en los discípulos de Jesús, también comunica con claridad su verdadera identidad cristiana a otros.

Además de ser Espíritu de adopción que nos constituye en hijos e hijas en la familia de Dios (Ro. 8:15,16); y además de ser las primicias que garantizan tanto la restauración de la familia de Dios como la de la creación natural entera (Ro. 8:21-23); el Espíritu también "nos ayuda en nuestra debilidad" (Ro. 8:26). Nada entre los designios salvíficos de Dios a favor de la humanidad es demasiado grande ni demasiado insignificante para la intervención del Espíritu de Dios. Mediante la intercesión del Espíritu es posible superar la debilidad humana. Finalmente, Pablo aclara que la intercesión del Espíritu en favor de su pueblo responde a la intención salvífica de Dios (Ro. 8:27).

En Romanos 8:28-30 Pablo amplía su breve resumen de la intención salvífica de Dios. "En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Ro. 8:28a, B.J.). El proyecto divino consiste esencialmente en "reproducir la imagen de su Hijo" (Ro. 8-29), restaurando así su imagen en la humanidad que ha sido empañada por el pecado de la desobediencia. El Espíritu de Cristo obra a fin de reproducir en nosotros la imagen de Cristo, restaurando así su gloria

prístina (II Co. 3:18, cf. Ro. 8:17; II Co. 4:4; Col. 1:15; Fil. 3:20-21).

La restauración del universo natural está estrechamente relacionada con la restitución de la humanidad en Cristo. La humanidad redimida convivirá en paz entre sí y para con Dios en un mundo que también ha sido transformado por el Espíritu de Dios. A la luz de la muerte y la resurrección de Jesucristo, el sufrimiento y el dolor en que participan tanto la humanidad como la creación entera, ya no se presentan como dolores de agonía o de muerte insoportable, sino que se experimentan como los dolores de parto de la nueva era que amanece (Ro. 8:22).

Podemos afirmar con confianza esta esperanza precisamente porque ya hemos recibido el Espíritu de Dios que es la garantía divina de que será así. Como hemos anotado, "primicias" era el término con que se referían a la primera gavilla de la cosecha. Era la primera entrega que de forma representativa encerraba la promesa de la cosecha entera. La presencia y obra del Espíritu de Cristo en medio del pueblo de Dios es un anticipo de nuestra salvación plena, no sólo de la humanidad redimida (incluyendo nuestros cuerpos), sino también de la creación restaurada. El Espíritu es la garantía que anticipa, no sólo una salvación personal y social, sino también una restauración cósmica (Ro. 8:21). El Espíritu de Cristo, cuyo papel es clave para la salvación del pueblo de Dios aquí y ahora (Ro. 8:2,4,5,9,11,13,14,16), también es signo de esperanza y fuente de la salvación futura de la humanidad y del cosmos entero.

En lugar de servir sencillamente como escenario para el drama de la redención de la humanidad, el universo material también habrá de participar de esta salvación. Mediante la muerte y la resurrección de Cristo y la acción potente de su Espíritu, tanto los hijos de Dios como la creación material, seremos liberados aún de los efectos desastrosos de nuestro "último enemigo", la Muerte (Driver, 1986:233).

VII

LOS DONES DEL ESPIRITU EN LA IGLESIA

Se ha señalado que las epístolas del Nuevo Testamento sirven de ventana a través de la cual podemos observar algo de la vida íntima de las comunidades cristianas del primer siglo. Esta observación es especialmente acertada en el caso de aquellos pasajes en el Nuevo Testamento que tratan del tema de los dones del Espíritu. Eran comunidades que experimentaban el fruto del Espíritu y la rica variedad de dones (y de personas dotadas) que el Espíritu impartía sobre su pueblo para edificarlo.

El evangelio de estas comunidades era contemporáneo. Reinaba entre ellos un espíritu de expectativa cuando se reunían. Tenan un concepto diferente de ministerio. Adoraban a Dios cantando salmos y cantos que expresaban la adoración del pueblo de Dios. Surgían de corazones que se habían encontrado con el Dios vivo y sus labios rebosaban de alegres alabanzas. Recibían orientación a fin de tomar sus decisiones éticas de acuerdo con el espíritu y las palabras de Jesús.

Algunos de los participantes ofrecían alabanzas, incluso en lenguas desconocidas, dando testimonio de la presencia del Espíritu de Dios en medio de ellos. Otros compartían

convicciones que Dios les había revelado y de este modo conocían la voluntad de Dios en su situación.

Eran reuniones en las que todos participaban. Aunque había apóstoles, profetas, maestros, pastores y quienes presidían las asambleas, no estaban orientadas alrededor de ninguno de ellos en particular. Se reunían para edificación y celebración. La enseñanza ocupaba un lugar prominente, pero las acciones de gracias y la alabanza de la comunidad también eran muy importantes. Los principales pasajes que describen el lugar de los dones y ministerios del Espíritu en la vida comunitaria de la iglesia son Romanos 12, I Corintios 12-14 y Efesios 4. Estos serán el objeto principal de nuestro estudio.

JESUS ES SEÑOR: EL SEÑORIO DE JESUCRISTO Y EL EJERCICIO DE LOS DONES

Una de las primeras cosas que impresiona al observador cuidadoso de estos pasajes es el marco de enseñanza ética en que están colocadas las listas de los dones del Espíritu.

En Romanos 12 la lista de los dones del Espíritu (Ro. vv. 6-8) está colocada en un contexto de enseñanza moral. La vida orientada por el Espíritu de Dios requiere toda una transformación "por medio de la renovación del entendimiento". El término griego *metamorfosis* sugiere un cambio moral radical. Sólo una auténtica experiencia caracterizada por el arrepentimiento sincero y la gracia salvífica de Dios nos permitirá conocer la voluntad de Dios y vivir de acuerdo con su intención (Ro. 12:2).

La vida ética que se describe a continuación parece inspirarse en el Espíritu, e inclusive en la letra, del Sermón del Monte. La humildad descrita en el versículo 3 recuerda al espíritu de Jesús (cf. Fil. 2:3). Luego, el amor sincero mencionado en los versículos 9 y 10 y el consejo a compartir sus bienes con los que necesitan, recuerdan las prácticas de Jesús y sus discípulos (v.13). Los versículos 14-21 repiten las

enseñanzas sobre la venganza y el amor hacia el enemigo que encontramos en Mateo 5:38-48.

En Efesios 4 encontramos la misma preocupación ética. Andar "como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" implica la humildad, la mansedumbre, la paciencia, el amor; en resumen, toda una vida como la que describen las bienaventuranzas de Mateo 5. El término, andar, empleado en un sentido figurado, apunta concretamente a un estilo de vida y a los valores que lo determinan. En otro pasaje paralelo Pablo anima a los filipenses "que os comportéis (*politeústhe*) como es digno del evangelio de Cristo" (Fil. 1:27). Y en Colosenses 1:10 recomienda andar "como es digno del Señor".

Pablo invita a los Efesios, también, a una "renovación en el espíritu de vuestra mente" (Ef. 4:23) que implica nada menos que un arrepentimiento radical. "Revestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y la santidad de la verdad" (Ef. 4:24). Su estilo de vida incluye hablar la verdad "porque somos miembros los unos de los otros" (Ef. 4:25); resistir la tentación a la ira, "airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Ef.4:26); y "compartir con el que padece necesidad" (Ef. 4:28). Todos estos elementos también los encontramos en la vida de Jesús y en sus enseñanzas, sobre todo en el Sermón del Monte (Mt. 5:22,33).

En I Corintios 12 la lista de los dones del Espíritu es antecedida por la preocupación que Jesús sea reconocido como Señor (I Co. 12:3). Y esto es posible únicamente por medio de la acción del Espíritu Santo en la iglesia. La obra por excelencia del Espíritu es lograr que Jesús sea verdaderamente reconocido como Señor en su comunidad. Todos los dones del Espíritu son para el bien de la iglesia. A través de su ejercicio la iglesia es edificada.

Todos los dones del Espíritu a la iglesia deben ser esperados, recibidos con acción de gracias y ejercidos para la gloria de Dios en el cuerpo de Cristo. Pero el ejercicio de estos dones no es autónomo. La autenticidad de la expre-

sión de estos dones no ha de ser aceptada automáticamente. La norma con la cual la manifestación de todos estos dones ha de ser medida es el señorío de Cristo.

Ahora bien, confesar que Jesús es Señor implica necesariamente someterse al reinado de Cristo, viviendo conforme al estilo de vida que caracteriza su reino. El Espíritu que dota a la iglesia con los dones esenciales para su edificación y su pleno bienestar es el espíritu de Jesús mismo. Lleva la estampa de su carácter. Si algún don espiritual es ejercido en una forma que niega el señorío de Jesús, ese don es espurio. Se conocerán los dones auténticos por su conformidad a Cristo y su reino. Este elemento está implícito también en Efesios, donde leemos que es el Cristo glorificado que ha recibido el señorío, el que da dones a la iglesia (Ef. 4:8-10; cf. Fil. 2:9-11).

El hecho de que el señorío de Jesús sea normativo para medir la autenticidad de los dones espirituales, explica por qué Pablo coloca sus listas de dones espirituales en Romanos 12 y Efesios 4 en un contexto de enseñanza moral, y sobre todo, enseñanzas que reflejan el Espíritu y el contenido mismo del Sermón del Monte. El Sermón del Monte es un resumen de la clase de vida ética que se vive en el reino donde Jesús es Señor. Y esta es la clase de vida moral que se manifiesta en una comunidad donde florecen en forma auténtica los dones del Espíritu.

SOIS UN CUERPO: EL CONTEXTO COMUNITARIO EN QUE LOS DONES SON EJERCIDOS

Otra cosa que impresiona al lector, es la manera en que la figura del "cuerpo y sus miembros" se emplea en cada uno de los principales pasajes que describen los dones del Espíritu.

En Romanos 12:4-6a se destaca la unidad fundamental de la iglesia dentro de la cual la diversidad de los dones del Espíritu se manifiesta. Romanos 12:3 implica que cada miembro de la congregación ejerce algún don. Hay una gran

variedad de funciones, pero éstas no representan una amenaza a la unidad de la iglesia. Los miembros forman "un solo cuerpo en Cristo" y además son "todos miembros los unos de los otros" (Ro. 12:5).

En I Corintios 12 la figura del cuerpo y sus miembros se usa para apoyar la tesis fundamental de Pablo, "Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo" (I Co. 12:4). Dice Pablo que la iglesia se constituye por su misma esencia, un cuerpo formado por elementos muy diversos. La iglesia se constituye cuando judíos y griegos, esclavos o libres (I Co. 12:13), hombres y mujeres (Gá. 3:28) y todos los grupos divididos por esa "pared intermedia de separación" (Ef. 2:14), forman un solo cuerpo al ser bautizados en el poder de "un solo Espíritu" (I Co. 12:13). La separación causada por las diferencias de raza, condición económica y sexo es superada en el cuerpo de Cristo mediante la obra de su Espíritu.

Con base en esta unidad fundamental de la iglesia, es posible reconocer y fomentar la multiplicidad de manifestaciones auténticas del Espíritu en la comunidad. Esta variedad en la iglesia responde a la iniciativa de la gracia de Dios (I Co. 12:18). Todos los dones, los menos deseados al igual que los más atractivos, son indispensables (I Co. 12:22). Es así porque en realidad todos (dones y personas dotadas) son esenciales para el funcionamiento pleno de la iglesia y forman un solo cuerpo en Cristo, cosa que se manifiesta en una profunda relación de responsabilidad mutua (I Co. 12:25b-27).

Este aspecto de la naturaleza fundamental de la iglesia se nota todavía con más claridad en el pasaje en Efesios 4. Las alusiones directas a la figura del cuerpo se limitan a los versículos 4, 15 y 16, donde hallamos el mismo énfasis que ya notamos en Romanos 12 y I Corintios 12. Hay un solo cuerpo cuyo propósito fundamental se realiza en la medida en que los miembros se complementan mutuamente en la variedad de sus dones. Pero hay dos elementos nuevos en este texto que contribuyen a nuestra compresión del significado

teológico de la diversidad de los dones del Espíritu en la iglesia.

1) En Efesios 4:8 Pablo dice que la obra del Cristo resucitado consiste en "dar dones a los hombres". La multiplicidad de dones asignados por el único Señor que "subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo" es, en sí, un aspecto de la obra del Cristo glorificado. En Hebreos 2:3-4 se nos dice que la obra salvadora de Cristo es confirmada "por los repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad". De modo que repartir dones es parte de la obra salvadora de Cristo, la certificación de su victoria.

2) Las frases "perfeccionamiento de los santos... para la edificación del cuerpo de Cristo" (Ef. 4:12); "la plenitud de Cristo" (Ef. 4:13); y "todo el cuerpo... según la actividad propia de cada miembro... edificándose en amor" (Ef. 4:16); se refieren precisamente a la interrelación correcta y armoniosa de los *carismas* enumerados en el versículo 11. El cuerpo de Cristo está plenamente presente en la medida en que todos los dones son plenamente ejercidos para el bien común. Interpretar el versículo 13, por ejemplo, en términos del proceso de maduración de un individuo no concuerda con el sentido corporativo del capítulo. "Varón perfecto" y "plenitud de Cristo" describen a la iglesia en la cual los diferentes dones estén divinamente coordinados.

Notemos, por lo tanto, que cuando los apóstoles dicen que a "cada uno" le es dado un don (Ro. 12:3; I Co. 7:7; 12:7; Ef. 4:7; I P. 4:10) no están meramente describiendo un aspecto de relativamente poca importancia en la vida de las iglesias cristianas del primer siglo; están señalando un elemento normativo para la vida de la iglesia. La iglesia será plenamente el cuerpo de Cristo en la medida en que todos los dones del Espíritu sean reconocidos y ejercidos en la comunidad. La pluralidad (donde todo miembro tiene algún don, o dones, que ejercer) es de la esencia misma de la igle-

sia. De esta manera se realiza "la plenitud de Cristo" (Ef. 4:13).

LOS DONES Y MINISTERIOS ESPIRITUALES

Se utiliza un vocabulario bastante extenso para referirse a estos dones en el Nuevo Testamento. En Romanos 12 son llamados sencillamente "dones, según la gracia" (*carísmata*) (Ro. 12:6). En I Corintios 12 son llamados "dones espirituales" (*pneumatikón*) (I Co. 12:1); "dones" (*carísmata*) (I Co. 12:4,9,28,30,31); "ministerios" (*diakonía*) (I Cor.12:5); "operaciones" (*energémata*) (I Co. 12:6); "manifestaciones (*fanérosis*) del Espíritu" (I Co. 12:7). En Efesios 4 se utilizan los términos "gracia" (*cáris*) y "don" (*doreás, dómata*) (Ef. 4:7,8).

No debemos suponer que la lista de nueve *carísmata* de I Corintios 12:8-10 son los únicos, ni necesariamente los principales *carismas* del Espíritu. Pablo emplea el término unas dieciseis veces en el Nuevo Testamento en una variedad de sentidos. En todos los casos se refiere, de una manera u otra, a las provisiones gratuitas e inmerecidas que surgen del amor de Dios y que sirven para la salvación y la edificación de su pueblo. Para apreciar algo de la amplitud de esta variedad compare, por ejemplo, Romanos 6:23, I Corintios 7:7 y I Corintios 13:13.

En el apéndice aparecen las cinco principales listas de dones espirituales (o de personas dotadas) otorgados a la iglesia. En estos pasajes se mencionan unos dieciocho dones (o personas dotadas) diferentes que el Espíritu da a la iglesia. Algunos aparecen directa o indirectamente en las cinco listas. Otros ocurren cuatro veces. Hay otros que están en dos o tres de las listas. Y finalmente, hay algunos que están incluidos solamente en una de las listas. Las variaciones en estas listas probablemente indican que ninguna de ellas pretende ser completa. Y ni siquiera, la suma de todas las listas pretende ser una nómina exhaustiva de los dones y ministerios espirituales.

1) **"Palabra de sabiduría"** (*sofía*) (I Co. 12:8). A primera vista, puede resultar sorprendente encontrar la sabidu-

ría entre los dones espirituales, luego de leer lo que Pablo dice de ella en los primeros tres capítulos de I de Corintios. Entre los griegos hubo una glorificación de la sabiduría y hasta pensaban en Dios en estos términos. En el judaísmo tardío la sabiduría era personificada y se concebía en unión con Dios (Wilckens, 1971:498-499). Estas influencias aparentemente estaban presentes en la congregación en Corinto. Algunos, al menos, se inclinaban a ver el cristianismo en términos de una nueva sabiduría. Y esto explica la enérgica condenación que hace Pablo de la confianza que los corintios depositaban en la sabiduría en I Corintios 1-3.

Tanto la sabiduría, que era tan atractiva para los griegos, como las señales que buscaban los judíos, representan intentos de conocer y obtener los beneficios divinos mediante recursos de poder humanos (I Co. 1:22,26-29). Que la salvación de los injustos se logre mediante el sufrimiento y sacrificio del justo es algo escandaloso que se escapaba al entendimiento de los antiguos, tanto judíos como griegos y romanos, al igual que a los modernos. La cruz del Mesías, la expresión máxima del amor de Dios y el poder salvífico inigualable, resultaba para los sabios y los poderosos de la época pura necedad y absoluta debilidad. Del evangelio de Cristo surge una inversión de valores que deja totalmente desacreditados el afán griego por la sabiduría, la búsqueda judía de señales, y la sed de todos de ejercer el poder en alguna de sus formas (I Co. 1:18,23,24).

De modo que los maestros en la comunidad cristiana no son maestros de sabiduría al estilo común griego y judío de pensar, a pesar de lo que pensaban muchos de los corintios. En cambio, ellos han de enseñar "según lo que a cada uno concedió el Señor" (I Co. 3:5). Y a fin de cuentas, los resultados los otorga Dios, y no la elocuencia ni la sabiduría ni el poder persuasivo de los maestros cristianos (I Co. 3:6-7). En todo caso, la enseñanza en la comunidad cristiana es una "gracia" otorgada por Dios para la edificación de la iglesia (I Co. 3:9-10).

En contraste con los carismáticos corintios "envanecidos" (I Co. 4:6,18,19; 5:2;.8:1; 13:4), los maestros auténticos asumían la cruz que ellos predicaban (I Co. 4:1-13). Aparentemente los corintios carismáticos consideraban los dones espirituales como sustitutos del camino de la cruz. Los que pretendían ser "espirituales" eran en realidad "carnales" y "niños en Cristo", frase que en este contexto no es ningún halago (I Cor 3:1). La humildad y los sufrimientos vicarios de Pablo y Apolos contrastaban con la pretendida sabiduría, fuerza y honor de los corintios carismáticos (I Co. 4:10-11).

Esta "palabra de sabiduría", otorgada a la iglesia mediante el Espíritu de Cristo, contribuye a una vivencia y una comprensión más profunda del misterio reconciliador de la vida, muerte y resurrección de Jesús (Ef. 1:7-10). El Espíritu de sabiduría conduce a este conocimiento de Jesús y su obra reconciliadora (Ef. 1:17ss.). Esta "multiforme sabiduría de Dios... dada a conocer por medio de la iglesia" concierne al misterio de la reconciliación de pueblos, que habían sido enemigos mutuos al igual que distanciados de Dios, mediante la obra salvífica de Jesucristo (Ef. 3:5-12; cf. Col. 2:2-3).

La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos sin incertidumbre ni hipocresía. "Y el fruto de la justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz" (Stg. 3:17-18). La palabra de sabiduría, que es don del Espíritu de Cristo, está estrechamente relacionada con la obra concretamente salvífica y reconciliadora de Jesús. Esta es la sabiduría que caracteriza la vivencia y la enseñanza de los auténticos maestros en la iglesia.

2) **"Palabra de ciencia"** (*gnosis*) (I Co. 12:8). Para captar el significado de este don es preciso primero clarificar el significado del término "ciencia" o conocimiento en el medio ambiente en que vivían los corintios. El gnosticismo era un incipiente movimiento contemporáneo que pretendía lograr su salvación mediante el conocimiento. Y hay evidencias que esta orientación estaba presente también en la iglesia en Corinto. El pretendido conocimiento de

algunos en la congregación en Corinto, conducía a adaptaciones éticas que hacían peligrar la fe de otros. En I Corintios 8 se señala que el "conocimiento" de algunos les permitía entrar en contiendas en relación con comidas ofrecidas a ídolos. Pero esta pretendida iluminación mediante el conocimiento no llegó a impresionar a Pablo. Dijo tajantemente que "el conocimiento envanece" mientras que "el amor edifica" (I Co. 8:1). Y luego les advirtió, "por el conocimiento tuyo se perderá el hermano débil por quien Cristo murió" (I Co. 8:11). Y pecar así contra el hermano equivale pecar contra Cristo.

Esta apreciación del conocimiento llevaba a sus adherentes a concebir la salvación en términos de la liberación de su alma mediante la creciente iluminación de sus mentes. Así que la salvación se experimentaba independientemente del cuerpo. Y ya que la salvación no tenía nada que ver con lo que se hacía en el cuerpo, esto conducía al libertinaje (I Co. 6:12-20). O, por otra parte, podía conducir a un asceticismo que sencillamente intentaba liberar al alma mediante la represión del cuerpo y sus instintos (I Co. 7:1-5).

El conocimiento "envanece" (I Co. 8:1; cf. 4:18,19; 5:2; 13:4), mientras que el amor hace todo lo contrario, "edifica" (I Co. 8:1; cf. 13:4). El pretendido conocimiento de los Corintios destruía la realidad de la comunión en la iglesia introduciendo un espíritu sectario nocivo y divisorio (I Co. 1-3). Conducía a un espíritu litigioso (I Co. 6) y contribuía a los abusos de la mesa del Señor (I Co. 11:17-34). A la luz de todo esto puede sorprendernos encontrar en la lista de los dones espirituales una "palabra de ciencia".

Es sorprendente la presencia de dones de sabiduría y conocimiento precisamente en la lista dirigida a los corintios, a la luz de las formas contraproducentes que tomaban ambos entre ellos. Pero el conocimiento que viene como don del espíritu de Cristo es muy diferente del conocimiento gnóstico a que hemos hecho referencia. Era menos exclusivamente cerebral (y griego) y más experimental (y hebreo). De acuerdo con Pablo, el conocimiento espiritual es la expe-

riencia concreta de Dios que ha sido manifestada con toda claridad en Jesús el Mesías (II Co. 2:14; 4:6). Nada tiene que ver con misterios o secretos que pueden ser conocidos mediante iniciación intelectual esotérica.

Al contrario, conocer mediante el Espíritu es tener la mente de Jesucristo (I Co. 2:16; 1:10). El Espíritu de Dios va revelando la voluntad divina a medida que su pueblo vaya andando obedientemente en el camino de Jesús, orientado por el Espíritu de Jesús (I Co. 2:9-16). La ciencia aparece en listas de virtudes cristianas acompañada por la pureza, la longanimidad, la bondad, la fe, la solicitud y el amor (II Co. 6:6; 8:7). De modo que, parecería que el conocimiento con el que el Espíritu de Dios colma a su pueblo, nada tiene que ver con las teorías ni con la iluminación intelectual especulativa, sino con el seguimiento concreto de Jesús en su camino de obediencia al Padre. El carácter bíblico del conocimiento está reflejado en la forma en que la enseñanza se llevaba a cabo en el Nuevo Testamento. Era fundamentalmente cuestión de seguir al maestro a medida que él seguía a Jesús.

3) **"Fe"** (*pístis*) (I Co. 12:9). A la luz de I Corintios 13:2 parecería que esta fe que viene como don del Espíritu es la fe que "mueve montañas" y que da el valor para emprender obras difíciles, que exceden las fuerzas y los cálculos humanos. Esta es la fe que nada tiene que ver con "creer lo aparentemente increíble", sino que se expresa en la disposición a "intentar lo humanamente imposible". Noé fue ejemplo de esta clase de fe al construir el arca de salvación contra la corriente de su época y a pesar de las burlas de sus contemporáneos. Abraham y Sara fueron ejemplos de esta fe al abandonar a Ur de los Caldeos con todas las seguridades que ofrecían sus dioses, porque habían captado una visión de Yahveh, el Dios diferente, al cual eran llamados a seguir (He. 11).

Esta fe constante y arriesgada que el Espíritu de Jesús otorga, corresponde a la fidelidad absoluta de Jesús mismo a la intención del Padre. Es la confianza inmovible y la fideli-

dad constante que determinan el actuar en la comunidad de Cristo en el mundo. Gracias a la fe con que el Espíritu de Cristo sigue dotando a la iglesia, el capítulo 11 de Hebreos permanece aún inconcluso. Pues la misma fe otorgada por Dios a los antiguos, sigue sosteniendo a los seguidores de Jesús en su vida de testimonio.

4) **"Dones de sanidad"** (*carísmata iamatón*) (I Co. 12:9,28,30). A la luz de la gran variedad de conceptos de sanidad que caracterizaba al mundo antiguo, al igual que el moderno, sería bueno resumir la visión bíblica de la enfermedad y de la sanidad. En el Antiguo Testamento Yahveh era visto como Sanador tanto en un sentido literal como figurado. A veces los sacerdotes y los profetas servían como sus agentes sanadores. Sin embargo, en el contexto del pacto misericordioso de Dios con su pueblo, la oración servía de medio principal (Sal. 6; 16:10; et al.).

Los hebreos antiguos tenían un concepto global de la persona. De modo que la sanidad y el perdón de pecados estaban estrechamente relacionados (Is. 6:10; Sal. 6:2; et al.). En un contexto donde la salvación se manifiesta como una restauración de relaciones en la comunidad del pacto, la sanidad tiene dimensiones espirituales, físicas, sociales y personales. La visión veterotestamentaria culmina en el siervo sufriente de Yahveh. En su sufrimiento e intercesión vicarios, él es fuente, tanto de perdón de pecados como de sanidad (Is. 53:4-5; 61:1).

Este mismo motivo es recogido por el Nuevo Testamento para interpretar la misión mesiánica de Jesús. "El mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias (Mt. 8:17). Jesús era el Mesías de Dios que inaugura la nueva era salvífica del Espíritu. Por eso las sanidades y los exorcismos ocupan un lugar prominente entre las actividades de Jesús. Son señales seguras que la nueva era amanece (Lc. 7:21ss.). Las sanidades no fueron meros símbolos de la salvación mesiánica que Jesús traía. En los relatos de las sanidades mesiánicas que aparecen en los sinópticos, los térmi-

nos generalmente traducidos por "salvar" (*sozo y diasozo*) aparecen unas dieciocho veces para señalar como los enfermos son sanados y los poseídos por demonios son liberados (Foerster, 1971:990). Aunque parezca extraño a los lectores modernos, los escritores bíblicos no distinguían nítidamente entre la integridad corporal y la salvación espiritual. Ser restaurado a la integridad dentro de la comunidad mesiánica era, en efecto, ser salvo. Las palabras de Jesús a la mujer que padecía de hemorragia fueron las siguientes: "Hija, tu fe te ha hecho salva (*sozo*); vé en paz, y queda sana (*hygies*) de tu azote" (Mc. 5:34). Ser sanado por Jesús era más que la mera corrección de un defecto físico. Se trataba de una nueva relación en la comunidad del Mesías que salva y sana. En la comunidad mesiánica encontramos una sanidad íntegra que es física al igual que moral y espiritual.

Jesús reconocía la existencia de cierta relación entre la enfermedad y el pecado (Mc. 2:5, Jn: 5:14). Sin embargo, él destruyó el dogma rígido de su tiempo que pretendía que la enfermedad es siempre un resultado directo del pecado. Jesús enfocó el problema de la enfermedad desde otra perspectiva (Jn. 9:3s; 11:4; cf. Lc. 13:1ss.). Las personas que sufren de la enfermedad y otras calamidades en este mundo en que los poderes del mal siguen ejerciendo su influencia, no deben ser acusados arbitrariamente de pecado o de culpabilidad. Una simple relación de causa y efecto no puede establecerse en todos los casos. Las enfermedades, al igual que otros males que sufrimos los seres humanos, claramente contradicen la intención de Dios para su creación. Probablemente son parte de ese gemir "de toda la creación" a que Pablo se refiere en Romanos 8:22.

Los dones espirituales de sanidades en la iglesia deben ser enfocados desde la misma perspectiva de la actividad sanadora de Jesús. Jesús efectuaba tanto la sanidad física del enfermo, como la integridad moral y espiritual del pecador. De modo que la sanidad en su sentido más profundo abarca también perdón de pecados y restauración de relaciones en un sentido global. La iglesia debe preocuparse, por lo tanto, por la promoción de todas las formas que toma la integri-

dad, las físicas al igual que las espirituales, las sociales al igual que las personales, pues todas ellas son signos que anticipan la plena restauración del reino de Dios. De la misma manera en que la obra de Cristo apuntaba a la sanidad de toda la creación, también la iglesia, en el poder del Espíritu, continúa la misma misión sanadora y restauradora.

5) "**Hacer milagros**" (*energémata dynámeon*) (I Co. 12:10,28,29). La referencia aquí probablemente es a los exorcismos obrados mediante la intervención poderosa del Espíritu de Cristo en la comunidad. Las sanidades y los exorcismos de Jesús, a menudo son mencionados juntos en los relatos sinópticos. Eran fundamentalmente signos, más que espectáculos a ser admirados. Eran signos poderosos de la era de salvación mesiánica, la era del Espíritu anticipado por los profetas. Según los Evangelios, la unción de Jesús con "el poder del Espíritu" le capacitaba para hacer las sanidades y exorcismos (Lc. 4:14,36-41).

Estas obras de liberación y sanidad son interpretadas en el Nuevo Testamento en el contexto de la visión bíblica del conflicto cósmico con los poderes del Mal (Mt. 12:28; Lc. 11:20). Las sanidades y los exorcismos eran aspectos integrales de la misión de Jesús, juntamente con su proclamación del evangelio del reino (Mt. 4:23-24; 9:35). Eran aspectos de la victoria del reino de Dios. Y cada victoria parcial era un anticipo y una garantía de la victoria final de Dios sobre las fuerzas del Mal.

En los Evangelios el proceso en sí, de sanar o exorcizar no es de mayor importancia. El énfasis cae, más bien, en la llegada del reino de Dios mediante Jesús y sus actividades mesiánicas. Así que el milagro verdadero está más allá del que era inmediatamente evidente en el exorcismo o la sanidad. Los escritores del Nuevo Testamento ejercen mucha sobriedad en sus descripciones de las sanidades y los exorcismos. Su enfoque central está en la victoria en el conflicto con las fuerzas del Mal.

Las sanidades y los exorcismos de Jesús se entienden mejor desde la perspectiva de este conflicto cósmico. Y es en

este contexto que los discípulos de Jesús son enviados a sanar y echar fuera los demonios (Mt. 10:1,8; Lc. 10:9). Para ello, se les da poder sobre los espíritus malignos (Mt. 10:1; Mc. 3:15, Lc. 9:1). En el nombre de Jesús y en el poder de su Espíritu los apóstoles continúan esta actividad participando en el mismo conflicto después de la ascensión de Jesús y la venida de su Espíritu en pentecostés.

La comisión con que Jesús otorgó poder a sus discípulos para sanar y exorcizar probablemente no debe entenderse primordialmente en términos de una dotación especial de poderes extraordinarios. Expresaba, más bien, la intención de Jesús que fueran testigos fieles y efectivos del reino inminente de Dios, mediante sus palabras y sus hechos. A través del poder del Espíritu de Cristo, la comunidad apostólica continúa el conflicto con todos los poderes del Mal, incluyendo su lucha contra la enfermedad y toda otra manifestación de la pecaminosidad humana (Hch. 3:1ss.; 5:14-16; et al.). Las obras de sanidad y exorcismo son una operación del Cristo exaltado que sigue actuando mediante los miembros de su cuerpo a través de su Espíritu (Hch. 3:16; 9:3.; Ro. 15:18ss.).

En su ejercicio de estas obras de poder inspiradas por el Espíritu de Dios, Jesús sigue siendo el modelo concreto a ser seguido por sus discípulos. El contexto en que se sigue obrando "con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios", es el del conflicto con los poderes del Mal (Ro. 15:18,19; II Co. 12:12). El poder de Yahveh con que liberó a su pueblo de Egipto fue manifestado por "señales y prodigios". La unción del Espíritu de Dios sobre Jesús para su misión de liberar y restaurar al pueblo de Dios de su sometimiento por los poderes del Mal también fue manifestado por "señales y prodigios". Y la misión de la comunidad mesiánica en esta misma lucha contra los poderes del Mal, también se manifiesta "con potencia (*dynámeon*) de señales y prodigios" (Ro. 15:19), señalando el nuevo éxodo de liberación mesiánica, comenzada por Jesús, y continuada por la iglesia en el poder del Espíritu de Jesús.

6) **"Profecía"** (*profeteía*) (I Co. 12:10; Ro. 12:6) y "profetas" (*profétas*) (I Co. 12:28,29; Ef. 4:11). La profecía cristiana primitiva consistía en mensajes inspirados, comunicados a través de mensajeros carismáticos. Por medio de éstos se daba a conocer la voluntad salvífica de Dios, tanto para la humanidad como para la comunidad cristiana misma. Pero la profecía no era autónoma. Mediante el don espiritual del discernimiento, y muy especialmente a través de otros profetas, Dios otorgaba a la comunidad la capacidad para evaluar estos mensajes y descartar aquellos que resultaban ser falsos (I Co. 12:10; 14:29,37).

La era mesiánica se caracterizaba por un nuevo florecer del profetismo que había jugado un papel tan importante en Israel antiguo. Comienza con Juan Bautista. Continúa en Jesús de Nazaret, el Ungido de Dios. Y luego, el movimiento profético continúa en la comunidad mesiánica.

Se reconocía en Jesús al esperado profeta, "como Moisés" (Mt. 21:11: Hch. 3:22; 7:37). En Jesús estaba presente, no sólo la plenitud de la ley, sino también el pleno florecer del profetismo (Mt. 5:17). Y Jesús percibía su propia vida, al igual que la de sus seguidores, en la misma línea de los auténticos profetas antiguos (Mt. 5:12). Jesús aparentemente esperaba que el profetismo continuara en su comunidad (Mt. 10:41s; Lc. 11:49).

En su interpretación del derramamiento del Espíritu sobre la comunidad en Hechos 2, Pedro apela a la visión de Joel (Hch. 2:17-21; Joel 2:28-32). Varios aspectos de esta experiencia son destacados en el texto. En primer lugar, se subraya el papel del Espíritu de profecía. La segunda vez que aparece el término "profetizaron" en el pasaje, se trata de una glosa de la comunidad mesiánica, pues no aparece en el texto en Joel (Hch. 2:18). El Espíritu de Cristo con que la comunidad mesiánica fue bautizada fue, sobre todo, Espíritu de profecía.

En segundo lugar, la frase repetida, "sobre... vuestros hijos y vuestras hijas" y "sobre mis siervos y sobre mis siervas",

es una referencia, tanto en el texto original de Joel, como en la cita en los Hechos, a la esperanza expresada por Moisés. "Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su Espíritu sobre ellos" (Nm. 11:29). Efectivamente, el Espíritu ha sido derramado sobre su pueblo sin distingos. Y en la comunidad primitiva, tanto mujeres como hombres ejercían el don de la profecía (Hch. 21:9; I Co. 11:5; Ap. 2:20).

En el Nuevo Testamento descubrimos que el don de la profecía era ejercido ampliamente. Había profetas en Jerusalén y en Cesarea. Pero también en Antioquía (Hch. 11:27; 13:1), en Roma (Ro. 12:6), en Corinto (I Co. 11-14), en Tesalónica (I Ts. 5:19-20), y en las iglesias de Asia Menor (Ap. 1:3; 2:20). A veces se trataba de la actividad de un profeta, o profetisa, en particular. Y a veces se trataba del ejercicio comunitario en que un grupo de profetas participaban (Hech 13:1; Ef. 2:20; 3:5; 4:11: Ap. 10:7; 22:6,9).

En las listas de dones y ministerios espirituales se asocian con frecuencia los papeles de apóstol, profeta y maestro. El ministerio profético era muy especialmente apreciado porque mediante el Espíritu de profecía, Dios seguía comunicándose directamente con su pueblo. Igual que los apóstoles, los profetas traían una palabra de Dios. Los apóstoles, por lo menos en el sentido original, eran testigos de la encarnación y comunicaban lo que habían visto y oído y experimentado. Así que los dos traían revelación, los unos mediante su relación directa con el Mesías y los otros mediante el Espíritu del Mesías.

También existía una relación estrecha entre los profetas y los maestros en el ejercicio de sus dones en la iglesia. Mientras que los maestros reflexionaban en la comunidad sobre las experiencias del pueblo de Dios en su historia pasada, para luego dar guía para el presente y el futuro a la luz de la experiencia pasada, por su parte, el profeta está orientado al futuro que se vislumbra. El ofrece dirección para el presente, a la luz del futuro de Dios hacia el cual nos movemos. Por cierto, su profecía resultará acertada en cuanto

sea consecuente con lo que Dios ha venido diciendo y haciendo a través de las Escrituras y la historia de la salvación, de tal manera que existía cierta superposición en el ejercicio del apostolado, la profecía y la enseñanza.

Con base en el Nuevo Testamento es posible precisar con bastante claridad, en qué consistía la profecía en la iglesia primitiva. El libro de Apocalipsis es un ejemplo concreto de la profecía cristiana (aunque probablemente no en el sentido en que muchas veces el libro ha sido interpretado en la vida posterior de la iglesia). Este mensaje de Dios para el presente, con base en el futuro que Dios trae, tiene implicaciones muy concretas para la evangelización, para la edificación, el consuelo y la enseñanza de la iglesia (I Co. 14:3,4,24,25,29-31). La profecía era un don muy cotizado en la iglesia debido a su claridad (I Co. 14:1). No hacía falta interpretación, como en el caso de las lenguas, para comprenderla (I Co. 14:2-3). No se trataba de comunicar un mensaje de Dios mientras el profeta estuviera en un estado de éxtasis, se encontraba fuera de sí, como si estuviera en trance. La profecía auténtica no se da independientemente de la voluntad del profeta. "Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas" y pueden (y deben) controlarse y "hablar por turnos" (I Co. 14:29-33).

Y muy especialmente, "el espíritu de profecía" es consecuente con el testimonio de Jesús (Ap. 19:10). El testimonio de Jesús, es decir, sus hechos y sus palabras, su vida hasta su muerte misma, es característica de toda profecía auténtica. Jesús, en el cumplimiento de su vocación profética, esperaba persecución y sufrimiento. Y él esperaba lo mismo en el caso de su pueblo dotado de su Espíritu de profecía.

La profecía floreció, no sólo durante el primer siglo, sino en el segundo siglo también. Justino Mártir, que escribió cerca del año 150 después de Cristo, insistía que la presencia continuada de *carismas* proféticos en las comunidades cristianas y el cese de la profecía entre los judíos era señal que los designios salvíficos de Dios habían comenzado a cumplirse en la comunidad mesiánica en lugar del judaísmo

(*Diálogo con Trifón*, 51,82). Pero también reconoció la existencia de muchos falsos profetas y maestros entre las comunidades cristianas (Ibid., 82).

En el Nuevo Testamento ya encontramos las pistas de estos falsos profetas. Sus aportes a la comunidad eran evaluados, tanto por su conducta personal, como por el contenido de sus enseñanzas (I Jn. 4:2-3; I Co. 12:3; Mt. 7:15,16,21,22; et al.). Pero de estos dos criterios, aparentemente el de la conducta llegó a ser el más importante. El *Didaché*, escrito a principios del siglo segundo, reconoce la existencia de apóstoles y profetas falsos. (Por otra parte, podemos suponer que la mayoría eran auténticos). Sin embargo, no todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que tiene las costumbres del Señor. Así, pues, por sus costumbres se discernirá al verdadero y al falso profeta" (XI:8). "Todo profeta que enseña la verdad, si no practica lo que enseña, es un falso profeta" (XI:10).

Para fines del siglo segundo, a raíz de la crisis montanista, la profecía fue efectivamente suprimida en la iglesia y en lugar de ejercerse el don de la profecía ampliamente, la función de profeta llegó a asociarse con el cargo de obispo, y la enseñanza en la iglesia también llegó a institucionalizarse a través del episcopado, el credo y el canon.

7) **"Discernimientos de espíritus"** (*diakríseis pneumáton*) (I Co. 12:10). Los vocablos están en el plural en el texto griego. Posiblemente esto indica la existencia de una variedad de situaciones en que este don debe ser ejercido. Por el contexto, al igual que por la experiencia de la iglesia primitiva, sabemos que los espíritus de profecía requerían discernimiento de forma muy especial. El término traducido "juzgar" en I Corintios 14:29 es, en realidad, el verbo griego generalmente traducido "discernir" (*diakríno*). Y en este pasaje se trata precisamente del don espiritual de discernimiento ejercido por algunos de los profetas, a fin de diferenciar dentro de los mensajes proféticos compartidos en la congregación, los que son auténticos y los que no lo son.

Diakríseis significaba hacer una diferenciación. En Hebreos 5:14 indica la capacidad para distinguir entre el bien y el mal. En I Corintios 11:29 , se emplea el verbo para referirse a la falta de capacidad que había entre los cristianos en Corinto para discernir la forma comunitaria que tomaba el cuerpo de Cristo en su medio, de las formas esencialmente individualistas y paganas en que cada uno se adelantaba para "tomar su propia cena" (I Co. 11:20,21).

En un ambiente donde florecen las manifestaciones espirituales, se requiere la capacidad para evaluar el ejercicio de estos *carismas* y discernir su verdadero carácter y origen. ¿Participan del Espíritu del siglo venidero o reflejan, más bien, el espíritu de este presente siglo malo? En una situación un tanto efervescente, tal como la que aparentemente reinaba en la congregación en Corinto, este don era de valor primordial. Incluso, este don siguió siendo clave en la iglesia cristiana durante los primeros dos siglos, o hasta que las expresiones carismáticas del ministerio fueron suprimidas. Uno se pregunta si éste no es un don espiritual esencial para los tiempos que vive la iglesia en la actualidad.

Las lenguas debían estar acompañadas por el don de la interpretación cuando se hablaban en la congregación. Pero también debían estar acompañadas del don de discernimiento de espíritus. La glosolalia siempre ha sido característica de las religiones paganas, tanto en el primer siglo como hoy en día. I Corintios 12:2 parece referirse a esta realidad. Y estos extravíos aparentemente incluían "llamar anatema a Jesús" (I Co. 12:3). De modo que, en el caso de las lenguas había que discernir cual de los espíritus las había inspirado.

En relación con las sanidades y los exorcismos, el caso era exactamente igual. Entre los otros pueblos del mundo del primer siglo también se daban sanidades. Si un judío se enfermaba generalmente buscaba al rabino antes de ir al médico. Y muchas veces era sanado. Aesculapius era el dios griego de la sanidad. Y los enfermos frecuentaban sus templos en busca de la sanidad. De acuerdo con sus propios

testimonios que han llegado hasta nosotros, también fueron sanados. Este es el medio ambiente en que surgió la iglesia en Corinto. Y en muchos casos, sin duda, se interesaban más por las consecuencias inmediatas de las sanidades que por la identidad de los poderes espirituales que las efectuaban. Aquí, otra vez, haría falta el don de discernimiento de espíritus.

Como hemos anotado, la primera referencia del don de discernimiento de espíritus probablemente es a la profecía. Los profetas con este don debían discernir el espíritu que inspiraba la actividad profética de sus hermanos y hermanas (I Co. 14:27-31). Hubo ciertas pistas que podían indicar la profecía inspirada por otros espíritus. I Corintios 14:29-30 da la idea que la locuacidad podría ser uno de éstos. La aparente necesidad de monopolizar el tiempo y lucir su elocuencia en las asambleas bien podría ser señal de surgir de otro espíritu.

La indisposición a reconocer a otros que ejercen ministerios espirituales tales como apóstoles y maestros, o incluso, otros profetas, era otra pista que apuntaba a la inspiración de otro espíritu. La ironía con que Pablo cuestionó a los presuntos profetas carismáticos de Corinto no pasa desapercibida. "¿Acaso ha salido de vosotros la palabra de Dios, o sólo a vosotros ha llegado? Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor" (I Co. 14:36-37). Los dones carismáticos no son autónomos en su ejercicio. Los mensajes de los profetas, al igual que los de los apóstoles y maestros, han de ser discernidos a la luz de otras voces auténticas en la comunidad, presentes y pasadas, inmediatas y distantes.

Lo que hemos señalado sobre las características del profeta auténtico en la sección anterior, arroja luz también sobre las formas en que se ejercía el discernimiento de espíritus en la iglesia primitiva y sobre los criterios en que basaba su discernimiento. La advertencia de Jesús, relataba en el Sermón del Monte, es de importancia fundamental para la elección de criterios de discernimiento en la iglesia primiti-

va. (En relación con esto, debe recordarse que el Sermón del Monte aparentemente servía de base para la instrucción catequística de los nuevos creyentes en las comunidades cristianas de los primeros siglos).

"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; Apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:21-23).

En el Pastor de Hermas, escrito cerca del año 150 después de Cristo, se trata del discernimiento de los espíritus que inspiran al verdadero y al falso profeta. "Así examinarás al verdadero y al falso profeta. Al hombre que afirma tener el Espíritu divino, examínale por su vida. Ante todo, el hombre que tiene el Espíritu divino, el que viene de arriba, es manso, tranquilo y humilde; vive alejado de toda maldad y de todo deseo vano de este siglo; se hace a sí mismo el más pobre de todos los hombres" (Mand. 11:7-8). Un profeta inspirado por el Espíritu de Dios no puede profetizar a jornal (Mand. 11:12).

En cambio, el profeta falso se caracteriza por su disposición a ofrecer respuestas de acuerdo con los deseos de los que formulan las preguntas (Mand. 11:2,6). El falso profeta "se exalta a sí mismo, quiere ocupar los primeros puestos; se hace enseguida impúdico y desvergonzado y charlatán; vive entre toda clase de deleites y en muchos engaños, recibe paga por sus profecías, y si no se le paga, no profetiza" (Mand. 11:12).

En conclusión, "por sus obras y por su vida has dé examinar al hombre que se dice a sí mismo portador del Espíritu" (Mand. 11:16). Si los discernimientos se aplicaban muy especialmente a la profecía en el Nuevo Testamento y en la iglesia primitiva, no por eso son menos importantes en relación con el ejercicio de otros dones es-

pirituales. El espíritu que inspira el ejercicio de todos los *carismas* ha de ser discernido a la luz del Espíritu de Jesús mismo.

8) **"Lenguas"** (*géne glossón*) (I Co. 12:10,28,30). La glosolalia parece tratarse de la comunicación a través de sonidos ininteligibles para el oyente que sólo pueden ser comprendidos e interpretados por los que poseen el don espiritual de la interpretación de lenguas. El que habla en lenguas puede resultar edificado mediante su mensaje (I Co. 14:4,5). Pero este mensaje también puede resultar significativo y edificante para los oyentes cuando es interpretado (I Co. 14:5). Las analogías que Pablo emplea en I Corintios 14:7-11 parecerían confirmar la idea que estas lenguas consisten fundamentalmente en sonidos ininteligibles. Y en I Corintios 13:1 Pablo las llama "lenguas angélicas" en una aparente alusión al don de lenguas. Sin embargo, existen testimonios en la historia posterior de la iglesia donde las lenguas resultaron ser idiomas comprensibles para los conocedores de esa lengua. Si se trata de lenguas extrañas, o si son una efusión de anhelos profundos liberados por la acción del Espíritu durante la oración, la alabanza y el canto, deben ser interpretados si han de resultar edificantes en la comunidad. Aparentemente no eran meras expresiones de éxtasis, pues su utilización permanecía bajo el control de la persona que ejercía el don.

De acuerdo con el Nuevo Testamento, los propósitos y los beneficios del don de lenguas serían varios. Primero, las lenguas facilitan la oración a Dios. "El que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla misterios" (I Co. 14:2). A través del don de lenguas la oración personal adquiere dimensiones espirituales de otra manera desconocidas. Los testimonios de muchos hermanos y hermanas confirman esta observación. Otorga mayor libertad en la oración y mayor profundidad y gozo en la comunión con Dios.

En segundo lugar, mediante el don de lenguas la alaban-

za de la iglesia se enriquece. En pentecostés las lenguas facilitaron su deseo de "hablar... las maravillas de Dios" (Hch. 2:11). Y en la casa de Cornelio también "los oían que hablablan en lenguas, y que magnificaban a Dios" (Hch. 10:46). Los "cánticos espirituales" mencionados en Efesios 5:19 y Colosenses 3:16 bien pueden referirse a cantos en lenguas. Y aquí la tónica de la adoración es la misma. "Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros... con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef. 5:18b-20).

En tercer lugar, el individuo que habla en lenguas es personalmente edificado (I Co. 14:4). Liberado de las inhibiciones, ora y alaba a Dios libremente. Si bien es cierto que en I Corintios 12-14 Pablo parece salir al paso frente a una sobrevalorización de las lenguas a costa de otros dones, tales como la profecía, y contrasta las lenguas, que sólo edifican al que las habla, con la profecía, que edifica a toda la iglesia, esto no es restarle valor al don de lenguas. Es el testimonio de muchos que el don de lenguas ha contribuido a su crecimiento espiritual. Todas y cada una de las manifestaciones del Espíritu resultan para provecho, tanto personal como comunitario (I Co. 12:7).

Los cristianos occidentales modernos somos tan racionalistas y materialistas que nos es difícil reconocer los valores de los dones espirituales, como las lenguas, por ejemplo. La comunicación puede ocurrir entre el ser humano y Dios en niveles más profundos que únicamente el del intelecto, por eso es posible orar sin la intervención del entendimiento (I Co. 14:14). Sin embargo, lo que puede resultar provechoso a nivel personal, puede resultar peligroso en el culto comunitario. Por eso Pablo insistía en una comunicación que involucraba el entendimiento al igual que el espíritu de las personas (I Co. 14:15-20).

Incluso las lenguas, que tan beneficiosas pueden ser para la edificación personal, para la evangelización resultan

desastrosas. Por eso Pablo insiste que el don de lenguas se ejerza sólo cuando esté acompañado con la interpretación en la asamblea comunitaria. Y aún más, recomienda la profecía como la forma más adecuada de comunicar el evangelio en esta situación (I Co. 14:21-28).

Entre todos los dones del Espíritu, éste es probablemente el que más fácilmente se presta al abuso en la vida de la iglesia. El fenómeno de lenguas no se expresa solamente dentro de la comunidad cristiana. También se manifiesta en las religiones paganas, tanto antiguas como modernas. Existe la posibilidad de una falsificación demoniaca (I Co. 12:3). Su carácter amoral e impersonal expone el don de lenguas, con cierta facilidad, al riesgo de ser expresión de egoísmo ya que puede ser inducido artificialmente y se presta a ambivalencia. Aunque Pablo, en oración, hablaba en lenguas, su valoración de la importancia de este don seguramente no concordaba con la de los corintios (I Co. 14:18-20). Y en ningún caso es señal suprema o exclusiva de la presencia del Espíritu Santo en la vida de los creyentes. Probablemente no es una mera casualidad que en las listas en que aparecen los dones de lenguas e interpretación de lenguas, éstos vengan al final de la lista.

9) **"Interpretación de lenguas"** (*jermeneía glossón*) (I Co. 12:10,30). Es la capacidad de interpretar el sentido de mensajes comunicados mediante lenguas desconocidas en un contexto congregacional. Como el Espíritu reparte los dones como él quiere, este don podría manifestarse en cualquier miembro de la congregación (I Co. 12:11). Sin embargo, Pablo sugiere que el que habla en lenguas también "pida en oración poder interpretarla" (I Co. 14:13). Así que, mensajes comunicados mediante lenguas o cantos inspirados por el Espíritu no quedarán sin interpretarse en la congregación, y el entendimiento del que habla lenguas espirituales no quedará "sin fruto" (I Co. 14:14).

En el contexto de la congregación en Corinto, Pablo claramente recomendaba la profecía antes que las lenguas para la edificación de la iglesia (I Co. 14:5). Sin embargo, la

combinación de lenguas e interpretación podría resultar equivalente a la profecía. Por eso Pablo, al final de su discusión del tema, resume la relación entre la profecía y las lenguas con el siguiente consejo: "hermanos, procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas" (I Co. 14:39).

Aparentemente, la sobrevaloración de los dones, tales como las lenguas y su interpretación, en Corinto había conducido a una situación caótica en la congregación y al envanecimiento de aquellos que los ejercían. En este sentido pueden comprenderse las advertencias que ofrece Pablo. A juzgar por el contexto, la sugerencia que "las mujeres callen en las congregaciones" bien podría entenderse en este sentido (I Co. 14:34). En cuanto a los hombres, Pablo aconseja, "si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno, y uno interprete" (I Co. 14:27). No es difícil detectar aquí un tono de disgusto en las palabras de Pablo. Las semejanzas entre estos excesos y los que se daban en los cultos paganos del mundo antiguo en que las mujeres pretendían ser adivinas y ambos sexos protagonizaban ritos extravagantes, sería razón suficiente para que Pablo aconsejara cautela.

10) **"Apóstoles"** (*apostólous*) (I Co. 12:28,29; Ef. 4:11). El término "apóstol" es empleado con una variedad de sentidos en el Nuevo Testamento. Los doce fueron apóstoles en un sentido muy particular. Aparentemente hubo dos elementos esenciales constitutivos de este apostolado: 1) que hayan estado con el Señor Jesús y, por lo tanto, hayan recibido su comisión de él, y 2) que hayan sido testigos de su resurrección (Hch. 1:21,22). De acuerdo con los sinópticos, los doce fueron enviados (*apostelleín*) por Jesús en una misión evangelizadora semejante a la de Jesús mismo (Mt. 10:5; Lc. 9:2; cf. Lc. 10:1).

Ha sido difícil determinar el origen del concepto del apostolado en el Nuevo Testamento. En el medio ambiente grecorromano no se notan paralelos que se asemejan a su uso en el Nuevo Testamento. En el judaísmo, sin embargo un concepto de apostolado era conocido y practicado. Las

autoridades en Palestina solían comisionar, hasta con imposición de manos, a rabinos de su confianza para representarlas entre los judíos de la diáspora y difundir el mensaje del judaísmo más allá de Palestina (Stanley y Brown, 1972:78:175).

Hay una estrecha relación entre la función profética en el Antiguo Testamento y el apostolado en el Nuevo Testamento. Esta relación es implícita en textos como II Pedro 3:2 y Lucas 11:49. Jesús percibía su propio ministerio, y el de sus discípulos, como una continuación de la vocación profética del Antiguo Testamento. Existe un paralelismo notable entre la vocación apostólica de Pablo y el llamado profético de Jeremías, el más grande de los profetas. Esta semejanza no se limita a su llamado, sino también incluye su estilo de vida y, muy especialmente, su sufrimiento en favor de los demás (Jer. 1:5; Gá. 1:15; cf. Is. 49:1; et al.).

Pero el origen directo del apostolado dentro del Nuevo Testamento seguramente está en Jesús mismo. Hebreos 3:1 describe a Jesús como "apóstol". Y en la autocomprensión de Jesús mismo, parece que hubo una fuerte conciencia de haber sido "enviado del Padre" (Jn. 5:36). Y de allí surge el apostolado de sus discípulos. "Como el Padre me ha enviado, así también yo os envío" (Jn. 20:21; cf. Jn. 13:16).

Este trasfondo nos ayuda a apreciar la importancia que se le asignaba al apostolado en la iglesia primitiva (I Co. 12:28-29; Ef. 4:11). Este amplio grupo de "mensajeros (apóstoles) de las iglesias" reflejaba la "gloria de Cristo" (II Co. 8:23). También podemos comprender cómo el término "apóstol" se aplicaba a un círculo mucho más amplio que los doce. Esto se infiere en I Corintios 15:5-7. Este círculo amplio de "apóstoles" incluía a Santiago (Gá. 1:19); Pablo (I Co. 1:1; et al.); Bernabé (Hch. 14:4,14; I Co. 9:6; Gá. 2:9); y probablemente Andrónico y Junia (Ro. 16:7) (Juan Crisóstomo, y otros en la antigüedad, pensaban que Junia era mujer); y Timoteo y Silvano (I Ts. 2:6). Y entre los escritores postapostólicos, el *Didaché* (11:3-6) y el Pastor de Hermas (Co'mp. IX,15:4) confirman este concepto de un apostolado amplio.

Este círculo amplio de apóstoles era el continuador de la misión mesiánica de Jesús y de la de los doce. Ungidos por el Espíritu de Jesús y enviados, bajo este impulso divino y la comisión de la comunidad cristiana, evangelizaban entre los judíos de la dispersión y los paganos (Hch. 13:1-5). Esta actividad apostólica condujo a la formación de comunidades cristianas a través de todo el imperio romano y aún más allá de sus fronteras antes del año 200 después de Cristo.

11) **"Maestros"** (*didaskálous*) (I Co. 12:28,29; Ef. 4:11) y "enseñanza" (*didáskon*) (Ro. 12:7). En los Evangelios Jesús fue ampliamente reconocido como Maestro. Esto probablemente refleja la forma en que Jesús fue percibido por sus contemporáneos. Había muchas semejanzas entre Jesús y sus seguidores por un lado, y los rabinos y sus discípulos, por otra parte. Sin embargo, una diferencia significativa giraba en torno a la autoridad, o credibilidad, con que Jesús enseñaba. La claridad con que Jesús percibía la voluntad de Dios y la fidelidad con que obedecía la palabra del Padre, eran signos de la unción del Espíritu que caracterizaba a Jesús como Mesías. Los discípulos nunca perdieron de vista esta realidad, "porque uno es vuestro Maestro, el Cristo" (Mt. 23:10).

El ministerio carismático de la enseñanza que floreció en la iglesia primitiva probablemente encontraba sus antecedentes en las costumbres judías de la época y, aún más específicamente, en el ejemplo de Jesús. En contraste con los círculos griegos donde la enseñanza era altamente teórica y cerebral, el énfasis caía en los aspectos prácticos. "Cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos" (Mt. 5:19). Esta era la tónica que caracterizaba la enseñanza primitiva cristiana.

Del contexto en que aparece el don de la enseñanza en Romanos 12, notamos que el maestro no se preocupaba tanto por poner en orden las doctrinas de la comunidad, sino por ofrecer ayuda de las Escrituras y del testimonio apostólico en torno a Jesús, a fin de edificar a la comunidad en su vivencia concreta (Rengsdorf, 1968:146). Enseñar bajo la

inspiración del Espíritu de Cristo significaba comunicar mediante hechos y palabras la vida que corresponde al reino que Jesús había inaugurado, con sus valores tan diferentes. Esta misma visión de la enseñanza fue continuada en la iglesia postapostólica (*Didaché*, 11:2).

La actividad de los maestros en la iglesia primitiva estaba estrechamente relacionada con la de los profetas, al igual que la de los apóstoles. En la iglesia en Antioquía la profecía y la enseñanza se ejercían en estrecha relación (Hch. 13:1). Las palabras de sabiduría y de ciencia, mencionadas en I Corintios 12:8, probablemente surgían del ministerio de estos maestros. La intención de su enseñanza apuntaba hacia la formación de discípulos capacitados en el "discernimiento del bien y del mal" (He. 5:14-6:1).

La función de la enseñanza itinerante en la iglesia primitiva (conjuntamente con el apostolado y la profecía) era estratégica y ayudaba a conservar su auténtica identidad cristiana. Hacían esto recordando e interpretando sus raíces en Jesús y en la comunidad mesiánica primitiva de Palestina. Santiago sugiere que este ministerio puede estar abierto, potencialmente por lo menos, al abuso. Por eso, no debe haber muchos maestros (Stg. 3:1).

Efectivamente resultó ser así. A partir del segundo siglo, los apologistas y los maestros cristianos se pusieron a preparar sistemas más ordenadas de las doctrinas de la iglesia y a defender al cristianismo frente a sus enemigos. Y en el proceso se impuso una intelectualización de la fe cristiana contraria a lo que habían hecho y enseñado Jesús, Pablo y los maestros carismáticos de la iglesia primitiva (Rengsdorf, 1968:159).

12) **"Los que ayudan"** (*antilémpseis*) (I Co. 12:28) y "servicio", (*diakonía*) (Ro. 12:7). El término griego traducido "ayudas" aparece sólo aquí en el Nuevo Testamento. *Diaconía,* en cambio, es un concepto común. Estos términos reflejan la gracia de una buena disposición a socorrer a los pobres, los huérfanos, las viudas y los extranjeros, tema tan común en la espiritualidad bíblica auténtica . Es-

ta valoración del servicio a los marginados era parte de la visión veterotestamentaria para las relaciones sociales en el pueblo de Dios. En cambio, entre los griegos contemporáneos era mal visto.

En el Nuevo Testamento Jesús era el ejemplo, por excelencia, del Ungido de Dios dispuesto a servir antes de ser servido, y a poner su vida por "los muchos" (marginados) (Mc. 10:45). Debido al ejemplo de Jesús, la visión hebrea de servicio fue continuada y profundizada en la comunidad mesiánica. De modo que, la palabra que para los griegos seculares de la época no significaba más que "servir la mesa", pasó a ser un concepto clave para comprender el secreto de las relaciones interpersonales y la verdadera edificación de la comunidad cristiana. En Efesios 4:11-12 los ministerios carismáticos contribuyen a una realización más plena de la comunidad cristiana que, mediante la diaconía, se va edificando el "cuerpo de Cristo".

Las provisiones tomadas en la iglesia en Jerusalén para atender las necesidades de los débiles dentro de la comunidad a través del servicio (*diakonein*) de las mesas y el servicio (*diakonía*) de la palabra, son un ejemplo del ejercicio de este don espiritual. Con razón buscaron a "varones... llenos del Espíritu Santo" para esta tarea (Hec. 6:1-4).

No hay nada que indique que "las ayudas" y "el servicio" en estas listas de dones espirituales apuntan a personas particulares en la iglesia, designadas con el cargo de "diácono". Son más bien ministerios carismáticos que dependían de la iniciativa del Espíritu, de la disposición de la persona a ejercer el don recibido y el reconocimiento de la comunidad, que de ese modo resultaba edificada. Sin embargo, de acuerdo con Ignacio, obispo de Antioquía que escribió a principios del segundo siglo, surgió luego un ministerio jerárquico en la iglesia que incluía obispos, presbíteros y diáconos (Mag. 2:1; 6:1).

13) **"Los que administran"** (*kuberneseis*) (I Co. 12:28) y "el que preside" (*proistámenos*) (Ro. 12:8). Entre los *carismas* que el Espíritu otorga a la iglesia está la capaci-

dad para orientar y guiar a la comunidad en su vida y misión. *Kuberneseis* literalmente significaba la capacidad para pilotear un buque. Esta función es especialmente necesaria en tiempos de crisis y tormenta. De acuerdo con las indicaciones que encontramos en las cartas a los corintios, la congregación estaría pasando por momentos críticos en su vida, y en esta situación el don de *kuberneseis* habría sido fundamental para su supervivencia. *Kuberneseis* está en el plural, lo que parece indicar que la tarea de guiar al pueblo de Dios por las aguas tormentosas puede ser compartida por varias personas dotadas con este don.

El término empleado en Romanos 12:8, *proistámenos*, lleva el sentido de presidir, conducir o dirigir. También implica cuidar, sostener o velar por los intereses de otros. Todos estos matices están presentes en el *carisma* mencionado en Romanos 12:8. Este parece ser el ministerio descrito en I Tesalonicenses 5:12: "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan". En estos textos la autoridad, o el rango, del que preside no está a la vista, sino el valor de su servicio. Probablemente no es una mera coincidencia que este don ocupe el penúltimo lugar en la lista en Romanos 12:6-8.

En otros textos en el Nuevo Testamento el término *proistámenos* es traducido por "gobernar". "Los diáconos... gobiernen bien sus hijos y sus casas" (I Ti. 3:12); "los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar (I Ti. 5:17). Pero en ambos casos lo que está a la vista no es el ejercicio del poder, sino la solicitud y el cuidado que debe caracterizar su actividad hacia aquellos que están bajo su protección. Las formas en que se ejerce la presidencia en la comunidad de Cristo son determinadas por el Señor mismo que dijo, "mas yo estoy entre vosotros como el que sirve" (Lc. 22:27).

14) "El que exhorta" (*parakalein*) (Ro. 12:8). Este térmi-

no ocurre especialmente en Hechos y en las cartas de Pablo y se traduce en una variedad de formas. Lleva el sentido de exhortar, animar, consolar, amonestar, rogar, etc. Generalmente se hacía esto mediante la palabra proclamada en el poder del Espíritu de Dios. Las comunidades palestinenses "eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas (*paraklesis*) por el Espíritu Santo (Hch. 9:31). En Romanos 12:1 Pablo rogaba (*parakalo*) a los hermanos no conformarse a este siglo, sino ser transformados por las misericordias de Dios. En Hebreos 3:13 y 10:25 los cristianos son animados a la exhortación mutua. Todos estos son ejemplos de "exhortación" de tipo fraternal y pastoral.

En II Corintios 5:20 tenemos un ejemplo de *parakalesis* misionera: "Como si Dios rogase (*parakaloúntos*) por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: reconciliaos con Dios". Tanto en la proclamación misionera, como en las exhortaciones y amonestaciones dirigidas hacia la edificación de la iglesia, tenemos una manifestación del poder del Espíritu de Dios.

15) **"El que reparte"** (*metadidoús*) (Ro. 12:8). Las relaciones económicas en la comunidad mesiánica estaban basadas en el carácter de Dios mismo. Dios es el que provee abundantemente para su pueblo. Por lo tanto, las desigualdades y las injusticias en su pueblo debían de corregirse a través de las provisiones sabáticas y jubilares. Esta era la visión que Jesús puso en práctica en su convivencia con sus discípulos y compartió en el Sermón del Monte (Mt. 6:19-34). Esta visión también sirvió de inspiración a la comunidad pentecostal en Hechos 2 y 4, y proveyó la base para las recomendaciones de Pablo a los corintios (I Co. 16:1-4; II Co. 8,9).

En Romanos 12:8 Pablo incluye el compartir los bienes materiales con liberalidad entre los dones del Espíritu. El término griego traducido "liberalidad" (*jalpòtes*) es especialmente significativo. El adjetivo *japloús* se emplea en Mateo 6:22,23. "Si tu ojo es bueno (*japloús*), todo tu cuerpo estará

lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas". El texto en Proverbios 22:9 arroja luz sobre el significado de esta frase. "El ojo misericordioso será bendito, porque dio su pan al indigente". Así que "ojo bueno" y "ojo maligno" son semitismos que significan una orientación generosa que lleva a una vida de luz, y una orientación avara y egoísta que conduce a una vida de tinieblas.

En II Corintios 8 y 9 Pablo emplea el término *jalpòtes* dos veces (9:11,13), junto con otros términos sinónimos para referirse a la disposición de las comunidades cristianas en Macedonia a compartir generosamente. Este generosidad era una expresión concreta de la comunión que caracterizaba las relaciones entre estas iglesias y la comunidad palestinense. Esta disposición a compartir con generosidad era un don de gracia que ellos habían recibido de Dios mismo (II Co. 9:9,14,15). De modo que es plenamente comprensible que Pablo haya incluido el compartir generoso entre los *carismas* del Espíritu otorgados a la iglesia.

16) **"El que hace misericordia"** (*éleos*) (Ro. 12:8). El Dios de la Biblia es misericordioso y espera que su pueblo refleje su carácter en todo aspecto de su vida. "Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos" (Os. 6:6).

El buen samaritano es un ejemplo de lo que "hacer misericordia" significa (Lc. 10:37). En realidad, es la única respuesta digna de la misericordia que Dios ya ha manifestado hacia la humanidad (Mt. 18:33). Esta disposición a perdonar y responder con compasión a los que sufren necesidad es también un *carisma* con que la iglesia es enriquecida.

17) **"Pastores"** (*poiménas*) (Ef. 4:11). En el Medio Oriente antiguo los reyes, al igual que los dioses, llevaban el título de "pastor". Teóricamente entre las funciones del soberano estaban las de tipo pastoral: juntar a los dispersados, cuidar a los débiles, etc. En Israel antiguo, Yahveh era reconocido como Pastor de su pueblo, (Gn. 49:24; Sal. 23:1; 80:1). Este título, que describía la relación de Yahveh con su pueblo Israel, era realmente

funcional y experimental. Entre los países vecinos, el título era, más bien, formal (Jeremías, 1969:486-488).

Sólo en los casos en que eran denunciados por los profetas, fueron llamados "pastores", los reyes de Israel (II Cr. 15:16; Jer. 23:1-4; Ez. 34:2-10). Pero la solución que Dios ofrecía a esta situación era la provisión de pastores caracterizados por la misma compasión de Yahveh (Jer. 23:3,4). Y en la restauración mesiánica, Yahveh o su Mesías, "como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas" (Is. 40:11; cf. Ez. 34:11-22).

En su evangelio, Mateo percibe la compasión de Jesús por los desamparados y dispersos como repuesta divina a la falta de pastores auténticos en Israel (Mt. 9:35,36; cf. II Cr. 18:16). Este es el contexto en que podemos comprender mejor la referencia a Jesús como "el buen pastor" (Jn. 10:14). Con nuestra óptica moderna, nos es difícil unir las funciones real y pastoral en una sola imagen. Pero en Jesús, Dios manifiesta con inconfundible claridad que ser rey es ser un auténtico pastor.

El término "pastor" como referencia a un ministerio congregacional, aparece una sola vez en el Nuevo Testamento (Ef. 4:11). Aquí el término no se emplea como título eclesiástico, sino como función, o ministerio carismático. Hay varias referencias, sin embargo, a las tareas "pastorales" que se emplean en la comunidad.

Para el cumplimiento de esta tarea pastoral, Jesús es el modelo o el "principal pastor" (*arquipopimenos*) (I P. 5:4). Toda pastoral será finalmente evaluada a la luz del modelo de "buen pastor", quien entrega su vida por las ovejas (I P. 5:4; Jn. 10:15). En sus palabras de despedida a los ancianos de la iglesia en Efeso, Pablo emplea la misma imagen del "pastoreo" e invoca el ejemplo de Jesús que se sacrificó a sí mismo por el rebaño (Hch. 20:28). Y en Juan 21:16 Jesús le encargó a Pedro la tarea de "pastorear las ovejas".

Este ministerio pastoral es también un *carisma*, entre otros, otorgado a la iglesia para que la comunidad sea plenamente pueblo de Dios, edificado bajo su reinado divino. Posteriormente esta función pastoral fue convirtiéndose en uno de los cargos eclesiásticos que tradicionalmente ha caracterizado tanto a los católicos como a los protestantes, perdiendo, en la medida en que iba institucionalizándose, su carácter esencialmente carismático.

18) **"Evangelistas"** (*euanggelistés*) (Ef. 4:11). Encontramos este término sólo tres veces en el Nuevo Testamento. En Hechos 21:8 se menciona a Felipe el evangelista. En Hechos 8 se destaca en forma notable su actuación en "anunciar el evangelio" (Hch. 8:4,5,12,35,40). En II Timoteo 4:5 se le anima a Timoteo a hacer "obra de evangelista" (cf. Fil. 2:22; I Ts. 3:2). Y en Efesios 4:11 los evangelistas son uno de los ministerios que el Cristo ascendido otorga a su cuerpo para su plenitud. Otros pasajes, tales como Filipenses 4:3 (cf. II Co. 8:18; Col. 1:7; 4:12), indican que el ejercicio de este don puede haber sido más amplio de lo que el mero uso del término podría indicar.

Es probable que los evangelistas hayan sido colaboradores y sucesores de los apóstoles en su tarea evangelizadora. Eusebio de Cesarea, escribiendo en el cuarto siglo, dijo: "Hoy todavía hay muchos evangelistas de la palabra... que siguiendo el ejemplo de los apóstoles difunden... la palabra divina" (*Hist. Eccles.* V,10:2). Es probable que hayan sido itinerantes, al igual que muchos de los apóstoles, profetas y maestros primitivos. Pero el ejemplo de Timoteo implica que también podrían haberse radicado, por lo menos provisionalmente, en una congregación (II Ti. 4:2,5). Y al igual que los demás ministerios itinerantes, la autenticidad de este don sería determinada especialmente por su semejanza a Jesús, y específicamente en su actitud hacia el dinero y el poder (*Didaché*, 11; et al.).

HACIA UNA COMPRENSION DE LOS DONES Y MINISTERIOS ESPIRITUALES

1. El amor y los dones espirituales.

El tema de los dones espirituales ha resultado ser escabroso en la experiencia de la iglesia y desde el primer siglo hasta el presente, ha conducido a desavenencias serias en la vida del pueblo de Dios. Esto es realmente lamentable, sobre todo cuando nos damos cuenta que el amor de Dios mismo, presente en medio de su pueblo, es el contexto en que se otorgan los dones.

Seguramente no es una mera casualidad que en el contexto en que ocurren las listas principales de dones espirituales allí también se destaca el amor. En Romanos 12:9-10, apenas terminada la lista de dones, Pablo insiste que "el amor sea sin fingimiento" y que se amen "los unos a los otros con amor fraternal". En Efesios 4:2-3 se introduce el tema de los dones carismáticos instando a los lectores a "soportarse con paciencia los unos a los otros en amor" y a "guardar la unidad del Espíritu".

Y en I Corintios 12-14, si bien el amor se distingue en un sentido de los dones espirituales, por otra parte, guarda una relación muy estrecha con éstos. I Corintios 12:31 subraya esta relación, "Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aún más excelente". El amor es otorgado por el mismo Espíritu juntamente con los demás dones (En I Corintios 13:1-3,8,9 hay alusiones directas e indirectas a, por lo menos, cinco de estos dones), pero es superior a todos ellos. En contraste con los demás dones, el amor es intrínseco al reino que no tendrá fin (I Co. 13:8). En el día de la consumación del reino los demás dones, aparentemente, se volverán obsoletos. Pero no será así con el amor, el don excelente.

2. Criterios para evaluar la autenticidad en el ejercicio de dones.

a) El ejercicio de los *carismas* debe ser consecuente con

el reino y sus valores. En los contextos en que aparecen las listas de dones, también se destacan ciertas normas para medir la autenticidad con que éstos son ejercidos en la comunidad cristiana. Como hemos indicado ya, el ejercicio de los dones del Espíritu será constante con la confesión que "Jesús es Señor" (I Co. 12:3). Vivir conforme a los valores del reino en el que Jesús es el Señor será la certificación de la autenticidad de los dones ejercidos. "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:21-23). El ejercicio de los dones "carismáticos" no lleva en sí sus propias pruebas de autenticidad. El contexto de un discipulado verdadero en que son ejercidos los habrá de certificar como auténticos.

b) El ejercicio de los dones espirituales es comunitario. En Romanos 12 el funcionamiento saludable del cuerpo es el signo que identifica el ejercicio de los dones como auténtico. En el cuerpo de Cristo somos "todos miembros los unos de los otros" (Ro. 12:5), y el funcionamiento normal del cuerpo requiere que cada miembro "piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno" en su función (Ro. 12:3,4). En el ejercicio de los dones espirituales, esto significa concretamente amarse "los unos a los otros con amor fraternal", y en cuanto a honra, preferir a los demás por encima de uno mismo (Ro. 12:10). El Nuevo Testamento no percibe el disfrute de los dones del Espíritu en sentido individualista. Son dones otorgados a la iglesia para el bien común.

c) La edificación de la iglesia es un criterio fundamental para medir la autenticidad de los dones espirituales. Los temas de la edificación, la exhortación y la consolación de la iglesia corren como un refrán a través de I Corintios 14. Todo deseo personal de autorrealización o satisfacción propia está subordinado al criterio de aquello que es "para la edificación de la iglesia".

En Efesios 4 la perfección, o la madurez, del individuo no está a la vista en primera instancia. Se trata más bien de una visión de los *carismas* ejercidos armoniosamente y para el bien común, para producir una expresión clara y acabada del pueblo de Dios ("los santos", 4:12); a fin de que el "cuerpo de Cristo" sea edificado (4:12); y a fin de que surja la "nueva humanidad" en que "la plenitud de Cristo" sea manifestada (4:13).

Estos parecen ser los principales criterios bíblicos para evaluar el ejercicio de los dones espirituales. Estos criterios ocurren en los mismos pasajes en que encontramos las listas de los *carismas*. Así que, mediante estas normas la autenticidad de los dones espirituales puede ser reconocida.

3. Evaluando intentos de clasificación desde una perspectiva bíblica

Ha habido muchos intentos encaminados a clasificar los dones espirituales. Se colocan en categorías a fin de poder comprenderse mejor. Esta preocupaciòn es especialmente notable en el caso de los nueve dones mencionados en I Corintios 12:8-10. Pero algunos esquemas incluyen otros de los dones y ministerios carismáticos, aunque, como veremos, estas clasificaciones generalmente han resultado ser de utilidad bastante limitada.

a) En su libro, *Creo en el Espíritu Santo,* Michael Green organiza los nueve dones espirituales de I Corintios 12:8-10 de la siguiente manera: 1) dones de expresión - lenguas, interpretación de lenguas y profecía; 2) dones de acción - sanidades, milagros y fe; 3) dones de conocimiento - conocimiento, sabiduría y discernimiento (Green, 1977:198-234). Dennis Bennett, un carismático norteamericano, sugiere la siguiente organización: 1) dones de decir; 2) dones de hacer; 3) dones de saber (Green, 1977:197). Kevin Ranaghan, un carismático católico norteamericano, ha sugerido las siguientes categorías: 1) dones de comunicación verbal y 2) dones de poder. Desde otra perspectiva, también ha sugerido: 1) dones de enseñanza; 2) dones de exhortación; 3) do-

nes de confirmación; 4) dones de servicio. Ray Stedman, también evangélico norteamericano, ofrece la siguiente clasificación: 1) dones de servicio; 2) dones de señal; 3) dones de soporte (Stedman, 1972:85-86).

Lo que todas estas clasificaciones tienen en común es su acercamiento funcional a las listas bíblicas de *carismas*. Aunque la preocupación por conocer las "funciones" de los respectivos dones es seguramente comprensible, la apreciación bíblica del carácter de los *carismas* parecería ser más amplia. El valor de su ejercicio no parece ser limitado a su supuesta "utilidad" o "función". ¿Podrían algunos de los dones espirituales, en sí, ser portadores de alguna gracia, a la comunidad y no simplemente en virtud de su función?

b) A veces se hace una distinción entre "dones" y "ministerios". En esta clasificación los "dones" son actividades inspiradas directamente por el Espíritu que se caracterizan por su falta de rutina. Se escapan de las posibilidades de predeterminar y dirigir su operación. No hay ninguna duda de que puedan servir de gran bendición, pero su ejercicio sencillamente no puede ser fácilmente controlado. Los "ministerios", por otra parte, se comprenden más como funciones regulares y ordenadas en la vida de la iglesia. Generalmente se ordenan oficialmente. Y la inspiración del Espíritu puede ser indirecta, al igual que directa, en el caso de los "ministerios". Pero esta clasificación implica emplear la categoría de "ministerio" en una forma que no es consecuente con su uso en el Nuevo Testamento. La imposición de manos, como acto de ordenación, se emplea para comisionar a los siete (Hch. 6:6) y también a Pablo (Hch. 13:3), pero también hubo casos en que se impusieron las manos sobre congregaciones enteras (Hch. 8:17; 19:6), y estos últimos "hablaban en lenguas y profetizaban". Cuando se intenta clasificar todos los dones del Espíritu según estas dos categorías, se vuelve problemático encontrar la línea que divide la una de la otra.

c) Algunos suelen distinguir entre dones que se reciben en forma momentánea y otros *carismas* que son más perma-

nentes, o especiales. Los primeros pueden ser recibidos por cualquiera en cualquier momento. Son de índole pasajero, y a veces resultan ser más sensacionales. Estos se contrastan con los dones más permanentes y estables que generalmente llevan algún reconocimiento formal por parte de la iglesia.

Pero este intento de clasificar los *carismas* en términos de los que son más comunes y los que son especiales, choca contra textos como I Co. 12:7,11,27; Ro. 12:3; Ef. 4:7 donde todos los dones, sin distinción, son descritos como "dones particulares", de "cada uno". La visión neotestamentaria de los dones espirituales en la iglesia, es la de la universalidad y la pluralidad carismática. Todos los miembros del cuerpo de Cristo ejercen algún don. Y los dones generalmente son ejercidos por más de uno. Así que, clasificar algunos de los dones como momentáneos y pasajeros, y otros como permanentes y especiales no parece ser aconsejable.

d) A menudo se distingue entre los "dones carismáticos" y los "no carismáticos". El inconveniente de esta forma de clasificar los *carismas* es que el uso de los términos no es el bíblico. Responde más a los accidentes de la historia.

"Carisma" es un término que se ha utilizado en la Sociología de la Religión y, de allí, ha pasado al ámbito secular para hablar de políticos y otras figuras públicas que poseen "esa cosa extra" que llamamos "*carisma*". Este fenómeno se nota en los caudillos de ciertos movimientos religiosos que ocupan una posición de autoridad por virtud de su "*carisma*".

Desde luego, este uso del término subraya el elemento de lo espectacular y lo extraordinario. Pero en I Corintios 12 y Romanos 12 no hay ningún don que no sea carismático. Claro, algunos *carismas* son más espectaculares y, por lo tanto, resultan más atractivos que otros. Algunos son para líderes, mientras que otros son para ayudantes. Pero todos son *carismas* según la visión bíblica.

Otra fuente que ha contribuido a la definición corriente del término "carismático" en nuestros días, son ciertos movimientos de renovación que han redescubierto algunos de los

elementos característicos del pentecostalismo clásico. Términos, tales como "neopentecostales", han sido utilizados pero como éste no ha satisfecho a todos, se llegó a emplear el apelativo "movimiento carismático". Este uso ha servido para asociar el término principalmente con los dones particulares de profecía, sanidades, milagros, lenguas e interpretación de lenguas, pero no con otros. Cuando se dice que cristianos con estos cinco dones son carismáticos y que los que ejercen los otros dones no lo son, se contradice I Corintios 12-14 donde se señala que todos los dones son carismáticos, y que todos deben ser sometidos a ciertos controles en la iglesia, y que los dones extrarracionales no son necesariamente los más excelentes. Hablar de cristianos no-carismáticos es una contradicción a la visión bíblica.

e) A veces se distingue entre los dones naturales y los sobrenaturales o extrarracionales. Pero en el sentido en que todos los dones son "dones de gracia" dadas a la iglesia, todos son *carísmata* y todos son sobrenaturales. Para su empleo en la iglesia todos los dones requieren la gracia de Dios. Hay un sentido en que los dones naturales no son suficientes. Se precisa *carísmata.*

Decir que los *carismas* son sobrenaturales, no significa que no sean operativos en las esferas comunes de la convivencia humana. Todos los dones bíblicos eran pertinentes a la situación de la comunidad mesiánica del primer siglo que los recibió. Pero en el sentido en que todos los dones espirituales llevan la estampa del carácter del Dios que los otorga, son sobrenaturales. Aún en el caso de los dones que pueden ser comprendidos por medio de los conceptos racionales comunes, se nota una dimensión sobrenatural. Por ejemplo cuando se busca en la iglesia a uno "que preside", la tentación puede ser a buscar a un "líder natural", a un empresario que sea miembro de la congregación, por ejemplo; pero esto no asegura que tenga el "don de presidir". Al contrario, probablemente demuestra que no lo tiene. Presidir en una comunidad donde el Señor es siervo de todos, requiere un don sobrenatural. Y ser un éxito en el mundo de la empresa es cosa bastante diferente. f) También es una ten-

tación clasificar los dones del Espíritu según su supuesta importancia: en categorías de lo esencial y lo no esencial. Se justifica este intento con base en la lista de dones en I Corintios 12:28 donde la terminología parecería indicar algún orden de precedencia. Es posible clasificarlos en términos de cierto orden lógico, como parece ser el caso aquí, pero sería muy precario establecer un orden de importancia basados solamente en ocho dones entre un número indefinido. Así que no es posible admitir la distinción entre lo esencial y lo no esencial. En realidad, todos los dones que el Espíritu otorga a la iglesia son importantes.

Y esta importancia se nota con más precisión cuando falta ese don. En una congregación cuya situación social interna es caótica, probablemente el don más importante sería el de presidir, a fin de moderar entre las facciones y reencontrar el orden comunitario. Para una iglesia que ha olvidado sus raíces históricas y anda sin rumbo, posiblemente el don más importante en el momento es el de un maestro capaz de interpretar su identidad con relación al pasado, y ayudarla a redescubrir su razón de ser para el presente, y una visión para el futuro, o tal vez, un profeta con una palabra de Dios para el momento actual, a la luz del futuro hacia el cual el Señor quiere llevarnos. Finalmente, en un iglesia encallada en las rocas del tradicionalismo y la rigidez eclesiásticas, posiblemente el don más importante será el don de lenguas, a fin de despertarla de su letargo para poder redescubrir y testimoniar la presencia del Espíritu de Cristo viviendo y actuando en su medio.

CONCLUSION

Las listas de dones y ministerios que hemos anotado en el Nuevo Testamento seguramente no pretenden ser completas. Es el Señor, Soberano de la iglesia y de la historia, quien otorga sus dones a los creyentes. Y él dará a su pueblo todos los dones que pueda necesitar para ser plenamente su cuerpo. Así que, la iglesia puede vivir en la plena confianza de que el Espíritu de Dios impartirá todos los dones que requiere la situación por la que atraviesa.

La intención del Espíritu de Cristo es la creación de comunión. Y en esto, lleva adelante hacia su cumplimiento pleno la misión reconciliadora que Jesús comenzó. En esta comunidad del Espíritu abundan los frutos de su ministerio. Tanto la vida interior de la comunidad, como su misión hacia la humanidad, son sostenidas y enriquecidas por los dones espirituales que el Señor derrama sobre su cuerpo, y en el poder del Espíritu de Cristo mismo, la iglesia sigue anticipando la venida del reino en toda su plenitud.

I Co. 12:8-10	I Co. 12:28	I Co. 12:29,30	Ro. 12:6-8	Ef. 4:11
Sabiduría				
Ciencia				
Fe				
Sanidad	Sanidad	Sanidad		
Milagros	Milagros	Milagros		
Profecía	Profetas	Profetas	Profecía	Profetas
Discernimiento de espíritus				
Géneros de lenguas	Géneros de lenguas	Lenguas		
Interpretación de lenguas		Interpretan		
	Apóstoles	Apóstoles		Apóstoles
	Maestros	Maestros	El que enseña	Maestros
	Ayudas		Servicio	
	Administraciones	El que preside		
			El que exhorta	
			El que reparte	
			El que hace misericordia	Pastores
				Evangelistas
9 Dones	8 Dones	8 Dones	7 Dones	5 Dones

VIII

EL ESPIRITU Y LOS ESPIRITUS: UNA VISION BIBLICA DE LA GUERRA ESPIRITUAL

El tema de la lucha espiritual caracteriza la historia bíblica desde el principio hasta el final. Esta realidad ha llevado a algunos cristianos a prácticamente comprender la vida y la misión de la iglesia en términos de una guerra espiritual. Generalmente estos sectores de la iglesia conciben el conflicto espiritual como una lucha contra los poderes invisibles del mal, los que son identificados como demonios, ángeles caídos, huestes espirituales malignos, emisarios y agentes espirituales de Satanás, el principal entre ellos. Poca, o ninguna, atención prestan a las manifestaciones humanas y concretamente estructurales de los poderes del mal. Su participación en este conflicto espiritual generalmente toma la forma de exorcismos.

Pero hay otro sector de la iglesia que manifiesta una gran preocupación por las estructuras humanas e institucionales que se han vuelto opresoras. En su lucha contra estos poderes han recurrido a estrategias varias: servicio y acción social, denuncia profética, confrontación abierta, y hasta intentos de subversión. Por otra parte, donde lo han creído

posible, han intentado cristianizar a los agentes humanos y a las estructuras del poder a fin de hacerlos menos demoniacos y más benignos. Ejemplos de estas estrategias en la historia de la iglesia incluyen la creación de la cristiandad, las cruzadas en la edad media y la guerra y la revolución justas.

Raras veces en su historia la iglesia ha reconocido la complejidad y la amplitud de la influencia y los alcances de los poderes del mal, que se presentan con rostro humano y estructural, y a veces concretamente institucional pero, en el fondo, son de inspiración demoniaca. Las dimensiones esencialmente espirituales de estas estructuras de poder que oprimen y esclavizan a los seres humanos generalmente se nos han escapado.

¿Cómo obra el Espíritu de Dios en su lucha contra estos "espíritus" del caos y destrucción a fin de restaurar las condiciones del *shalom* en su creación y entre sus criaturas? Hay pistas en la Biblia que nos podrán ayudar a comprender los alcances de este conflicto y la estrategia de lucha divina. La metáfora veterotestamentaria de la guerra de Yahveh ocupa un lugar prominente y provee la base para comprender la lucha que Jesús, en el poder del Espíritu, continúa en el Nuevo Testamento. Luego, la participación de la comunidad primitiva en este conflicto espiritual llegó a ser objeto de profunda reflexión paulina. Orientada por estas fuentes, la iglesia estará en condiciones de comprender mejor el conflicto en el que participa y descubrir las estrategias de lucha que mejor coinciden con las acciones y la intención divinas.

LA GUERRA DE YAHVEH EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La actividad salvífica de Yahveh se describe muchas veces en el Antiguo Testamento mediante metáforas de combate. Esta visión se presenta con varios matices. El primero de ellos es el paradigma de la guerra de Yahveh. Es Yahveh quien lucha a favor de su pueblo cuando éste se encuentra en situaciones de peligro y de crisis. Ante el clamor del

pueblo, Yahveh interviene para salvar a su pueblo de las fuerzas de destrucción.

Pero además, en lugar de participar con Dios en la destrucción del enemigo, Israel debía confiar en Dios y esperar su intervención milagrosa. En esto, ellos se distinguían de sus vecinos en el Mediano Oriente que acompañaban a sus dioses en sus campañas militares. Uno de los ejemplos más explícitos de la guerra de Yahveh, lo encontramos en Exodo 14:13-14. "Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos".

En algunos casos hubo una participación activa del pueblo en la lucha. Pero esta actividad era siempre secundaria y subordinada a la de Yahveh. En la guerra de Yahveh, más importante que la participación bélica del pueblo en el proceso de su liberación, era la actividad profética de una persona como Moisés que comunicaba la voluntad de Dios a su pueblo.

Un segundo matiz en el concepto veterotestamentario de la guerra de Yahveh gira en torno a la imagen de la lucha de Yahveh contra los poderes del caos. Las fuerzas del caos se describen frecuentemente bajo la figura del mar agitado y de los monstruos que allí habitan (Job 26:ll-12; Is. 27:1; et al.). Según la fe de Israel, Yahveh poseía el poder para vencer a las fuerzas del caos, mientras que los dioses de las naciones quedaban impotentes frente a estos poderes (Hab. 3:3-5,8-11).

Yahveh se distinguía notablemente de los dioses de los pueblos circundantes, en que la arena de la lucha de Yahveh contra las fuerzas del caos está ubicada en la historia, más bien que en el cosmos. Las imágenes cósmicas empleadas en el Antiguo Testamento simbolizan los poderes demoniacos que obstruyen los propósitos de Dios e intentan estropear su actividad salvífica en la historia. Por eso, se aplicaban a los adversarios históricos de Israel los nombres de los

monstruos primitivos. Ante la tentación en Israel a confiar en una alianza militar con Egipto, el profeta los llama "*Rahab*", uno de los monstruos del caos primitivo (Is. 30:7, B. J.) y a Faraón se le llama "el gran dragón que yace de sus ríos" (Ez. 29:3).

El éxodo, muy especialmente, era descrito en términos de una lucha cósmica. El Salmo 77:16-20 serefiere al éxodo bajo la imagen de una tormenta cósmica en que están envueltos "las aguas", "los abismos", "los truenos" y "los relámpagos", y la conquista del "mar" por Yahveh. Y en Isaías 51:9-10 se vislumbra un nuevo éxodo de salvación con imágenes de la conquista de las fuerzas demoniacas del caos primitivo, "Rahab" y "el dragón".

La importancia de estas imágenes cósmicas para referirse a eventos en la historia de Israel parece ser doble. Primero, la historia, más que la naturaleza, es la esfera en que la actividad salvífica de Dios se manifiesta. El es Señor soberano de la historia, donde combate contra los poderes que le son adversos. Y segundo, los adversarios político-militares de su pueblo que son vencidos por Yahveh, son vistos como manifestaciones concretas de las fuerzas espirituales del caos y del mal. En el éxodo, para tomar un ejemplo, Yahveh luchó no sólo contra la caballería egipcia, sino contra toda esa compleja fuerza espiritual maligna, de la cual ellos eran una manifestación concreta. Yahveh no sólo luchó contra Faraón, sino también contra todos los poderes demoniacos que le sostenían a él y a los suyos.

El propósito de la guerra egipcia e histórica de Yahveh en el Antiguo Testamento es la creación del *shalom*. La esfera caracterizada por el caos se transforma en las condiciones del *shalom*. El caos en Israel implicaba enfermedad, guerra, hambre y conflicto social. Por el contrario, el *shalom* significa la salvación, la justicia social, la compasión y el culto auténtico. La finalidad de la guerra de Yahveh en el Antiguo Testamento es el establecimiento del *shalom*.

La imagen de Yahveh como Guerrero en el Antiguo Testamento incluye su lucha contra el caos en todas las formas

en que éste se opone a su actividad creadora y salvífica. Incluye las dimensiones demoniacas, cósmicas y espirituales, al igual que las políticas, militares e históricas. Estas dos formas de concebir al adversario son inseparablemente interrelacionadas, pero a la vez, individualmente identificables. Dios se encuentra en combate contra todos los poderes humanos y espirituales, terrenales y cósmicos, que corrompen su creación y se oponen a sus propósitos salvíficos (Bender, 1987:7-18).

CONFLICTO ESPIRITUAL EN LA EPOCA DE JESUS

La metáfora de la guerra de Yahveh también juega un papel importante en las páginas de los Evangelios sinópticos. Aquí se presenta con una variedad de matices. Los zelotes apelaban a este paradigma para apoyar su lucha de liberación nacional. Una guerra para la liberación de Israel era, según ellos, también la guerra de Yahveh, una guerra para establecer el reinado de Dios. Esta ideología gozaba de amplia acogida en la época de Jesús.

Otro matiz de la imagen de la guerra de Yahveh presente en la época de Jesús, se hallaba en la visión demoniaco-cósmica característica del judaísmo tardío. Durante el período entre los dos testamentos, se desarrolló ampliamente la idea de una multitud de demonios que, bajo su señor Belial, mantenían en servidumbre a la humanidad. La literatura de la época describía la rebelión de los ángeles y de Satanás contra Dios hasta tal punto que el mundo casi parecía estar bajo el dominio de las fuerzas demoniacas.

Debido a la ausencia de voces proféticas en Israel, al sometimiento político del pueblo de Dios, la falta de intervención milagrosa de Dios para salvarlos y el sufrimiento de los justos acompañado de la aparente prosperidad de los malos, surgió una esperanza en la intervención de Dios con la que los demonios serían expulsados y el reino de justicia divino sería establecido (Bender, 1987:27).

En la comunidad de *Qumrán* también se pensaba que el

mal en el mundo se debía a los demonios, y a su jefe, Satanás. Ellos concebían una lucha espiritual entre "el espíritu del error" y "el espíritu de la verdad". Esta lucha terminaría en una guerra cataclísmica con la venida del Señor. Y Belial y sus cohortes serían destruidos. En este proceso la visión profética que percibía a las naciones como adversarios de Yahveh fue espiritualizada. Así que la guerra de Yahveh llegó a concebirse esencialmente como un conflicto cósmico-espiritual, más que terrenal-político. Este era el contexto en que apareció Jesús con su anuncio que "el reino de Dios se ha acercado" (Mc. 1:14-15).

1. Jesús como guerrero divino.

Hemos observado cómo el paradigma de la guerra de Yahveh se empleaba en el Antiguo Testamento para comprender la actividad salvífica de Dios. En los Evangelios sinópticos, y especialmente en Marcos, la misión de Jesús es presentada mediante la figura del Guerrero divino en una lucha espiritual contra todos los poderes del mal a fin de establecer el reino de Dios. El relato del bautismo y las tentaciones de Jesús, junto con su anuncio del reino, introduce el contexto de conflicto en el que la misión mesiánica de Jesús se lleva a cabo (Mc. 1:9-15). El descenso del Espíritu de Dios sobre Jesús es un signo del poder divino con que Jesús fue investido (Mc. 1:10). Y en el poder del Espíritu inmediatamente comenzó el conflicto con Satanás (Mc. 1:12-13).

Como hemos visto, la derrota de Satanás, junto con sus huestes, era un elemento clave en la esperanza escatológica del judaísmo contemporáneo. Así que, al colocar el relato de las tentaciones al principio de su evangelio, Marcos parecería indicar que el conflicto contra los poderes de los últimos tiempos había ya comenzado en el ministerio de Jesús. Ha comenzado la restauración de la soberanía de Dios sobre su creación mediante la conquista de todas las fuerzas espirituales y humanas del caos y del mal, que están en rebelión contra Dios.

2. Los exorcismos.

Los exorcismos descritos en los sinópticos son evidencia clara que la guerra escatológica contra los poderes del mal ha comenzado. "Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios" (Mt. 12:28). Los endemoniados son la arena en que este conflicto entre el poder del Espíritu de Dios y los poderes satánicos se realiza.

Hay una serie de elementos en los relatos de los exorcismos que apuntan a la metáfora de la guerra de Yahveh. El verbo, "reprender", que aparece en los relatos en Marcos 1:25; 3:12; y 9:25, era un término común en el Antiguo Testamento para describir la lucha entre Yahveh y los poderes del caos. En el Antiguo Testamento sólo Yahveh tenía la autoridad para "reprender" y la dirige contra las aguas primordiales, el mar, los enemigos de Jerusalén y de los pobres, y Satanás. Así que, Jesús, al emplear el término, está continuando la lucha de Dios contra las fuerzas del mal. De modo que Jesús juega el papel del Guerrero divino.

Cuando los demonios reconocían en Jesús "el Santo de Dios", (Mc. 1:24), era una manera de admitir que son las víctimas en la lucha de Dios contra el mal. Esto era parte de la visión profética de la lucha escatológica contra los poderes malignos. "Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla... y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos" (Zac. 14:3,5).

Jesús mismo interpreta el significado de los exorcismos en Marcos 3:21-30. Cuando le acusaron de ser poseído del príncipe de los demonios, Jesús respondió que en los exorcismos el reino de Satanás se estaba derrumbando. "Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa" (Mc. 3:27; cf. Is. 49:24,-26). En el marco de la lucha de Yahveh contra los poderes del mal, Jesús, en sus exorcismos, juega el papel del guerrero divino contra los poderes del caos y del mal. Sus victorias sobre los demonios anticipan la conquista final del Maligno.

3. Los milagros.

En los relatos de los milagros de Jesús se observa una continuación de la imagen de lucha contra los poderes que hemos visto ya en los exorcismos. El judaísmo contemporáneo pensaba que toda clase de catástrofe, infortunio y enfermedad tenían un origen demoniaco. Así que, las sanidades de Jesús también son aspectos de su conflicto contra los poderes diabólicos (Mc. 1:29,31,40-45; 2:1-12; 3:1-6; 5:21-43; 7:31-34; 8:22-26).

Esta imagen de conflicto contra los poderes del mal es especialmente notable en los milagros del mar. Calmar la tempestad en el mar y caminar sobre el mar simbolizan victorias de Jesús sobre Satanás. Esto es especialmente claro cuando recordamos que en el pensamiento judío el viento y el mar representan las fuerzas primitivas de caos contra los cuales Yahveh luchaba. Así que, en estos relatos Jesús es el Guerrero divino que restaura el orden, calmando el viento y las olas. En esto, Jesús obra de la misma manera en que Yahveh obraba en el Antiguo Testamento. "Entonces claman a Jehová en su angustia. Y los libra de sus aflicciones. Cambia la tempestad en sosiego. Y se apaciguan sus ondas" (Sal. 107:28-29).

Esta victoria sobre el mar también recuerda la lucha de Yahveh en favor de Israel en el éxodo. En la visión profética, el éxodo fue descrito en términos de la lucha de Yahveh contra los poderes del caos simbolizados por las aguas tempestuosas. "¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo; el que transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos?" (Is. 51:10). Y este paralelismo es todavía más notable cuando recordamos que al llegar a la orilla, Jesús liberó al endemoniado de Gadara, ahogando en el mar a "la legión" demoniaca, igual que Yahveh había hecho con las fuerzas opresoras egipcias.

En su lucha contra los poderes del mal simbolizados en la tempestad en el mar, Jesús "reprendió al viento" (Mc. 4:39). Ya hemos observado que éste era un término común para describir la lucha de Yahveh contra los poderes del

caos, y que también fue empleado por Jesús en los exorcismos. Así que, el significado de calmar la tempestad en el mar es claro: es una referencia simbólica a la lucha de Jesús contra los poderes malignos.

En el episodio de caminar Jesús sobre el mar (Mc. 6:45-52), hallamos otro paralelo entre la misión de Jesús y la guerra de Yahveh contra los poderes del mal. En Job 9:8 Yahveh es el que "anda sobre las olas del mar". Y el profeta Habacuc refiere a Yahveh con el mismo simbolismo. "Caminaste en el mar con tus caballos, sobre la mole de las grandes aguas" (3:15). Estos milagros son símbolos directos de la lucha de Jesús contra los poderes del mal, tanto en sus formas espirituales e invisibles, como en las materiales y estructurales.

En el conflicto de Jesús con los poderes, reflejado especialmente en sus exorcismos y sus obras milagrosas, se destacan dos elementos. Primero, la actividad de Jesús hace recordar la manera en que Yahveh luchó en favor de su pueblo, quedando la participación de ellos en el conflicto subordinada y secundaria. Aquí el Hijo de Dios lucha contra las fuerzas cósmicas espirituales que sujetan a las personas a toda clase de esclavitud y sufrimiento: física, emocional, ideológica y espiritual; y por iniciativa de Jesús son liberadas.

Segundo, al igual que Yahveh en el Antiguo Testamento, Jesús lucha contra las fuerzas malignas cósmicas, simbolizadas por el caos. Pero estas fuerzas del caos no se manifiestan sólo en la naturaleza, sino que se incorporan en la historia humana en las personas endemoniadas y enfermas. Además, también se incorporan en las estructuras, tales como las ideologías mesiánicas nacionalistas, las tradiciones religiosas y los conceptos errados. Como resultado de la actividad de Jesús, surge el *shalom*. Las personas son liberadas (Mc. 1:26; et al.), sanadas (2:12; et al.), alimentadas (6:42-44), iluminadas (1:27) y restauradas en la comunidad de salvación (1:41; et al.).

El principal adversario en este conflicto son los poderes demoniacos espirituales y su señor cósmico, Satanás (Mc.

1:13). El conflicto se libra en la arena histórica de la vivencia diaria, pero el adversario es más espiritual que material.

4. La muerte de Jesús.

Según la visión neotestamentaria, hay una relación entre la lucha de Jesús contra los poderes del mal durante su vida y, luego, mediante su muerte. La crucifixión de Jesús no fue una derrota en manos de los poderes, sino paradójicamente la ocasión de su victoria, posteriormente vindicada por Dios mediante la resurrección.

En los sinópticos la función del rey en el pueblo de Dios sufrió una redefinición. Aunque Jesús fue presentado como el esperado "Hijo de David", en su ministerio se pareció más a los profetas Moisés y Elías, que al rey David. Su reinado culminó en una cruz en lugar de un trono, según las expectativas de sus discípulos (Mc. 8:31-33; et al.). En lugar de destruir una legión romana de un modo davídico, Jesús luchó contra la legión demoniaca al estilo de Moisés. Y fue destruida en el mar, igual que la caballería egipcia en el éxodo (Mc. 5:13).

Jesús rechazó la ideología militante nacionalista de su época, alineándose con la visión profética del Siervo Sufriente de Yahveh. Declaró su intención específicamente tres veces en el Evangelio de Marcos, e indicó a sus discípulos que este modelo sería también aplicable a ellos (8:31-37; 9:30-36; 10:32-45). Jesús percibió que la estrategia del Siervo Sufriente, que "no gritará, ni alzará su voz, ni la hará oir en las calles, no quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia" (Is. 42:2-3), era la estrategia de Dios en su lucha contra los poderes. Este es el contexto en que el profeta presentó la visión del Siervo en el Antiguo Testamento (Is. 40:10; 41:2).

En lugar de ser un rey de tipo nacionalista, Jesús insistió en ofrecerse "por todas las naciones". La lucha en el patio del templo contra los poderes a fin de que fuera "casa de oración para todas las naciones", condujo direc-

tamente a la crucifixión de Jesús (Mc. 11:17-18). En lugar de "destruir las naciones", Jesús sufrió y murió por su salvación.

En el Evangelio de Marcos la función real de Jesús está estrechamente relacionada con la cruz. Seis veces el título "Rey" es aplicado a Jesús, y todas están en el contexto de la crucifixión (Mc. 15:2,9,12,18,26,32). Jesús es proclamado Rey, mientras irónicamente los agentes de los poderes se burlan de él (Mc. 15:18-20). En el momento de la muerte de Jesús, el velo del templo se rasgó y el centurión clamó, "verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc. 15:38-39). Simbólicamente los poderes, manifestados aquí en la institución religiosa elitista y alienante y en el poderío del Estado para imponerse mediante la máxima expresión de su autoridad, la amenaza de la muerte, quedaron expuestos en su derrota.

Jesús, en su lucha contra los poderes del mal, murió en la cruz porque se atrevió a ser obediente a la voluntad del Padre hasta la muerte misma. Aquí más que en cualquier otro momento, se percibe el poder de la unción del Espíritu de Dios sobre él. Se atreve a morir, confiando en la vindicación de Dios, tanto para su propia salvación, como por la causa del reino. El combate victorioso de Jesús contra todos los poderes demoniacos del mal consiste en su resistencia a las muchas tentaciones a entrar en componendas con ellos, y su fidelidad absoluta al Padre. De esta manera Jesús es el modelo máximo para la iglesia en su conflicto con los poderes. En este contexto Jesús invita a sus discípulos a seguirle (Mc. 8:34-35). Y en este contexto Jesús les otorga la autoridad para continuar su lucha contra los poderes del mal (Mc. 6:7; et al.).

CONFLICTO ESPIRITUAL EN LOS ESCRITOS PAULINOS

En los sinópticos el conflicto entre Jesús y los poderes del mal se relata con lenguaje y simbolismo demonológico. En los escritos paulinos los poderes hostiles contra los cua-

les luchan Cristo y la iglesia se describen con una amplia gama de términos. A continuación mencionamos algunos de los textos principales.

Romanos 8:38,39, "Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada".

Romanos 13:1,3, "autoridades... autoridad... magistrados".

Romanos 16:20, II Co. 11:14; et al., "Satanás".

I Co. 2:8, "los príncipes de este siglo".

I Co. 15:24-26, "todo dominio, toda autoridad y potencia... y el postrer enemigo que será destruido es la muerte".

II Co. 4:4, "el dios de este siglo".

Ef. 1:21,22, "todo principado y autoridad y poder y señorío... todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero".

Ef. 2:2, "el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia".

Ef. 3:10, "los principados y potestades en los lugares celestiales".

Ef. 6:11,12,16, "las asechanzas del diablo... contra principados, contra potestades, contra gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes... del maligno".

Col. 1:16, "las cosas... visibles e invisibles... tronos... principados... potestades".

Col. 2:10,15,20, "los principados y las potestades... los rudimentos del mundo".

La variedad de matices con que estos términos son empleados en el Nuevo Testamento es impresionante. En las listas en que aparecen, los términos aparecen en forma intercambiable. A veces aparecen en pares y otras veces individualmente. Las combinaciones de términos varían de una lista a otra. A veces parecería que la referencia primaria apunta a poderes espirituales cósmicos. Otras veces hay se-

ñales que los poderes a la vista son materializaciones, tanto personificadas como estructurales. Todo esto sugiere cierta falta de precisión en el uso de los términos. Pero hay un denominador común; todos los términos apuntan a un poder, ejercido de una manera u otra. En general, esta es la forma en que los términos son empleados dentro de la Biblia y fuera de ella en la literatura contemporánea (Wink, 1984:13-23).

Hay buenas razones para pensar que estos poderes son realidades esencialmente espirituales. En el medio ambiente grecorromano del Nuevo Testamento se concebían las fuerzas espirituales en términos de astrología oriental. Y en estos círculos se empleaban los mismos términos que Pablo usaba para referirse a estos poderes. Se concebía de una red de poderes espirituales activa detrás de las manifestaciones concretas de los gobiernos humanos. Así que será comprensible que Romanos 13:1-2 incluya una referencia espiritual, al igual que humana. También en el judaísmo, tanto en el Antiguo Testamento como durante el período intertestamentario, hubo un concepto de los poderes espirituales. Se pensaba que estos poderes habían sido establecidos por Yahveh y ejercían cierta autoridad en las esferas cósmicas y humanas. Esta visión surgió en Israel especialmente a partir del exilio. Pero según la convicción judía, este orden celestial de poderes angélicos se habrá corrompido y vuelto rebelde. En el judaísmo tardío se pensaba que el universo era ordenado, hasta cierto punto, por una jerarquía compleja de poderes espirituales.

Tanto el trasfondo judío, como el grecorromano, arrojan luz sobre el uso neotestamentario de estos términos. "Los príncipes de este siglo", responsables de la crucifixión de Jesús en I Corintios 2:8, serían estos poderes, o ángeles, invisibles junto con sus contrapartes humanas, "los principales sacerdotes y ancianos", "Herodes y Poncio Pilato", et al. (Hch. 4:23,27). "Autoridades" (*exousiais*), en el plural, probablemente se refieren a estos poderes espirituales, mientras que "autoridad" (*exousia*), singular, podría referirse a las autoridades humanas (cf. Ro. 13:1,2).

A raíz de los acontecimientos en Europa entre 1935 y 1943, algunos teólogos empezaron a ver con mayor claridad las formas humanas y estructurales que tomaban estos poderes malignos. Uno de estos teólogos era el holandés, Hendrik Berkhof que estudiaba en Berlín en 1937. El fue testigo de la forma en que estos poderes espirituales literalmente estaban "en el aire". Los poderes del *Volk,* raza y el Estado empezaron a ejercer un dominio sobre la sociedad con una creciente fuerza maligna (Berkhof, 1962:23)

A partir de estas, y otras experiencias semejantes, Berkhof, Markus Barth y otros han enfatizado el rostro histórico y humano de los poderes invisibles del Nuevo Testamento, la alianza judío-romana directamente responsable de la crucifixión de Jesús (I Co. 2:8).

De esta manera, se advierte contra las dimensiones notablemente demoniacas de las estructuras e instituciones humanas. Por una parte, los poderes son necesarios para ordenar la convivencia humana en la sociedad. Por otra parte, pueden volverse malignos y destructivos. Berkhof llega a decir que "los poderes son las estructuras" (Berkhof, 1962:15). Esta identificación de los poderes es, sin duda, una simplificación que va más allá de lo que la evidencia bíblica permitiría. Si bien es parte de la verdad, no parece ser una explicación plenamente adecuada.

En un estudio reciente sobre el tema, Walter Wink destaca la preeminencia del concepto de los poderes a través de todo el Nuevo Testamento. También señala que la gran mayoría de los términos usados para "poder" en el Nuevo Testamento son referencias concretas a los seres humanos que lo ejercen, o a las estructuras sociales que lo manifiestan (Wink, 1984:12). Y esta conclusión también encuentra apoyo en las referencias al término y en la literatura judía contemporánea del Nuevo Testamento.

Pero, después de destacar esta sólida evidencia que relaciona los poderes con sus expresiones humanas y estructurales, Wink advierte que los poderes no pueden ser comprendidos bíblicamente a menos que se destaquen también las di-

mensiones humanas y espirituales. Según Wink, para comprender los poderes en términos paulinos habría que concebirlos como una realidad compuesta de dos dimensiones, distintas pero inseparables. Una es interior o espiritual y la otra es exterior o humano o estructural (Wink, 1984:107). Los poderes siempre se expresan en alguna forma humanoestructural, y la dimensión espiritual constituye su esencia interior. Por otra parte, las manifestaciones humanoestructurales concretas siempre se caracterizaban por una dimensión espiritual.

Los poderes espirituales son realidades que requieren estructuras en qué manifestarse. Aparentemente no son espíritus que sencillamente flotan por el aire de forma incorpórea. El poder espiritual requiere su contraparte material y visible. En el Nuevo Testamento hallamos pistas que apuntan en esta dirección. En Marcos 5:1-13 el espíritu inmundo llamado "legión" aparentemente necesitaba tomar forma corporal de alguna manera. Lucas 11:24-26 señala en la misma dirección.

Podemos observar esta relación entre los poderes espirituales y sus manifestaciones concretas en la experiencia humana. Las ideologías, por ejemplo, no se limitan a flotar en el aire, sino que se transforman en movimientos sociales o políticos. Notamos en los nacionalismos, los sistemas económicos, e incluso en las instituciones religiosas, la presencia de poderes espirituales. Estos no se explican por el mero conjunto de sus elementos materiales o estructurales, sino que ejercen influencias que son racionalmente inexplicables e inpredecibles (Wink, 1984:104-107).

Jesús exorcizaba los demonios con la palabra autoritaria de Dios y restauraba a las personas poseídas a la libertad de hijos e hijas en la comunión de la familia de Dios. De la misma forma en que la lucha de Jesús contra los poderes del mal se libró en ambas esferas, la interior y espiritual y en la exterior y estructural, así también la iglesia ha de continuar la guerra espiritual. En su evangelización la iglesia proclama el reinado de Dios y la liberación de las personas de sus

esclavitudes a los poderes malignos. Y en su servicio y acción sociales, la iglesia crea las nuevas estructuras salvíficas correspondientes. A menudo la evangelización de la iglesia se ha espiritualizado y ha pretendido s er estructuralmente neutral. Y por otra parte, su servicio y acción sociales han carecido de auténtica espiritualidad. El carácter global, interior/exterior o espiritual/estructural, de los poderes malignos requiere una estrategia integral, evangelizadora y restauradora (Wink, 1984:116-117).

En el Nuevo Testamento encontramos una indisposición notable a especular sobre el carácter y el origen de los poderes espirituales. Se mencionan principalmente para destacar la victoria de Cristo sobre ellos. Sin embargo, en textos como Colosenses 1:16, por ejemplo, se da la impresión que los poderes espirituales formaron parte de la buena creación de Dios. Aparentemente, ejercían una función importante en los designios de Dios, función, que no podemos conocer, pues de alguna manera se ha estropeado. En sus pretensiones arrogantes de autonomía, los poderes espirituales se han vuelto rebeldes, desobedientes e ignorantes de la intención de Dios para ellos. De modo que nos encontramos en la irónica situación de no poder vivir sin ellos, pero tampoco podemos vivir con ellos (Yoder, 1983:107).

1. La lucha de Cristo contra los poderes espirituales.

Una de las afirmaciones más categóricas de la victoria de Cristo sobre los poderes espirituales malignos la encontramos en Colosenses 2:15. "Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz". La teoría clásica del conflicto de Cristo con los poderes malignos, y su victoria sobre ellos, constituyó la forma principal con que la iglesia intentó comprender el significado de la obra de Cristo durante los primeros mil años de su existencia. Sólo a partir del siglo XI surgieron las teorías de Anselmo (satisfacción) y de Abelardo (influencia moral). Pero queda la pregunta, ¿En qué sentido ha sido la crucifixión de Jesús una victoria sobre los poderes?

Una forma común de interpretar el texto, da al término "despojando" (*apekdusámenos*) el sentido de "desarmar" o "derrotar" al enemigo. En un ataque frontal, se señala, Cristo luchó con los poderes, los conquistó, quitándoles sus armas, y luego, los exhibió públicamente como enemigos derrotados. Según esta interpretación, se trata de un ataque agresivo y frontal de parte de Dios contra los poderes, y que resultó en su derrota total.

Pero hay otra interpretación que reconoce que la forma del verbo griego (*apekdusámenos*) aparece aquí en la voz media, o reflexiva. Así que, lleva el sentido de Cristo despojándose de los poderes y de sus reclamos. Esta interpretación concuerda con la traducción del mismo verbo que aparece en su forma plural en Colosenses 3:9 (*apekdusámenoi*) donde el sentido es claramente reflexivo, "despojarse". También es consecuente con el sentido del contexto, pues en Colosenses 2:11 Pablo hablaba de "echar de vosotros (*apakdúsei*) el cuerpo pecaminoso carnal".

Esta traducción conduce a una interpretación diferente de la naturaleza del conflicto entre Cristo y los poderes en la cruz. En lugar de un ataque frontal que destruye sus armas, esta interpretación ve a Jesús "despojándose" de los reclamos de los poderes. Jesús se libera de ellos, rechazando sus pretensiones señoriales. Este concepto presupone que Jesús, efectivamente estuvo sujeto a los ataques de los poderes que le hubieran deseado someter a su soberanía. Fue su rechazo a los reclamos de los poderes a ejercer su control sobre Jesús lo que constituyó su victoria sobre ellos.

Pero al crucificar a Jesús, los poderes fueron las víctimas de sus propias pretensiones. No reconocieron la sabiduría y el poder de Dios, que se manifiesta paradójicamente en la debilidad y la locura aparentes. De otra manera, "nunca habrían crucificado al Señor de gloria" (I Co. 2:8). Jesús, aun frente a la muerte, negó su obediencia y su lealtad a los poderes. Irónicamente, el arma más poderosa del arsenal de los poderes, su capacidad para infligir la muerte, resultó para Jesús el momento supremo del rechazo a sus reclamos

que perseguían su lealtad incondicional. Jesús venció a los poderes "despojándose" de su pretendido derecho a enseñorearse sobre él.

¿Cuál es el secreto de la victoria de Jesús sobre los poderes? Sin duda fue su obediencia incondicional a la voluntad del Padre, que le permitió a Jesús rechazar los reclamos idolátricos de los poderes que también exigían su "obediencia". En Hebreos 5:7-8 se refiere a la forma en que Jesús "aprendió la obediencia" a través de lo que sufrió en una vida dedicada a la voluntad del Padre. Y Filipenses 2:8 ubica el secreto de su victoria en su obediencia hasta la muerte misma. La autoridad con que los poderes intentaban organizar y controlar la vida, fue rechazada por Jesús en su obediencia absoluta al Padre. Así que, la cruz llegó a ser símbolo de la obediencia, arma suprema con que los poderes fueron vencidos por Jesús.

Pero además de subvertir en la cruz la pretendida autoridad de los poderes, Cristo puso de manifiesto sus reclamos vergonzosos. "Los exhibió públicamente" (Col. 2:15). El simbolismo aquí está fundado en la práctica de los comandantes antiguos que, luego de una campaña militar victoriosa, volvían a la ciudad capital. Allí se organizaba una procesión de victoria encabezada por el comandante y sus tropas, seguidos por los gobernantes vencidos, expuestos en su humillación a las burlas del público.

Así los poderes son presentados como los impostores y usurpadores del derecho divino al señorío que realmente han sido. Son, en realidad, tiranos que se hacen llamar "bienhechores" (Lc. 22:25). En la crucifixión de Jesús, los poderes son desenmascarados y se dan a conocer por lo que realmente son, usurpadores de una lealtad que pertenece sólo a Dios. Su pretendida grandeza y poder son realmente una ilusión que carece de valor último.

En resumen, Colosenses 2:15 nos ofrece la siguiente visión de la lucha de Cristo contra los poderes espirituales del mal. Jesús fue obediente a Dios hasta la muerte misma, que resultó de su rechazo a los reclamos idolátricos de los pode-

res. Esto desenmascaró a los poderes, manifestándolos como adversarios de Dios y de la humanidad. Así quedaron desarmados, pues su pretendido poder no es más que una mera ilusión. Y de esta forma quedan exhibidos en su debilidad y humillados. Al exponer públicamente sus reclamos pretenciosos y su hostilidad contra Dios, Jesús efectivamente desglorificó a los poderes. El los venció mediante su disposición a darse fielmente hasta la muerte misma en obediencia al Padre.

También hay otros textos paulinos que indirectamente apoyan la tesis expuesta en Colosenses 2:13. Efesios 1:20-23 es uno de los más claros.

Confesar que Jesús es Señor, implica también que él es Señor sobre todos los demás "señores". En I Corintios 8:5-6 Pablo declara que aunque haya "muchos dioses y muchos señores... sólo hay un Dios, el Padre... y un Señor, Jesucristo". La lucha de Jesús contra los poderes espirituales ha resultado en su señorío real sobre todos los poderes, visibles e invisibles. En la resurrección, Dios ha sentado a Jesús "a su diestra en los lugares celestiales" y ha sometido todas las cosas bajo sus pies. Estas son alusiones al Salmo 110:1 y 8:6, que son referencias a la entronización del Ungido de Dios. Dan la impresión que la victoria sobre los poderes ha sido definitiva y que su señorío es completo. No da la impresión que la lucha continúa, ni que el desenlace estuviera en duda.

Esta entronización es doble. Cristo es proclamado Señor "sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre..." El reinado de Dios ha sido inaugurado. Y también surge en la tierra una nueva sociedad humana, la comunidad judío-gentil, porque los poderes nacionalistas, racistas y religiosos de hostilidad y división que mantenían a los seres humanos bajo su control han sido vencidos. Así que, Cristo es proclamado Señor de "todas las cosas" en el cosmos y también cabeza de la iglesia.

Filipenses 2:9-11 y Romanos 8:34 también apuntan en la misma dirección. Estos textos contienen alusiones al Salmo

110:1 en que el Ungido de Dios es entronizado y sus enemigos subyugados. Mediante la victoria de Cristo sobre los poderes espirituales, la iglesia se encuentra segura, aun cuando sea objeto de la agresión de estos poderes (Ro. 8:34-39).

Además de estos textos que afirman la lucha victoriosa de Jesús contra los poderes espirituales en el pasado, hay otros que hablan de lucha y victoria futuras. I Corintios 15:24-28 es el principal de estos textos.

Aquí la imagen de la entronización del Ungido de Dios, tomada del Salmo 110:1 y 8:6, se coloca en un contexto de guerra espiritual apocalíptica para referirse a una lucha final contra los poderes malignos en la *parusía* de Cristo. Luego de haber "suprimido" (*katargeo*) todo dominio, toda autoridad y potencia y de haber "destruido (*katargeo*) la muerte", Cristo entregará el reino al Padre.

No es del todo claro si se trata de una "supresión" o de una "destrucción" de los poderes. Aparentemente el término griego puede emplearse en ambos sentidos. Algunos intérpretes prefieren entenderlo como una "destrucción eterna". Otros lo conciben en términos de una "supresión" o una "neutralización". En otros textos paulinos hay una visión de la reconciliación de los poderes espirituales caídos. "Agradó al Padre... por medio de él reconciliar consigo todas las cosas..." (Col. 1:19,20). "Se había propuesto en sí mismo de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra" (Ef. 1:9-10). Y después de todo, si se tratara de una aniquilación total de los poderes, ¿cómo podrían ser "sujetados a él" todas las cosas? A pesar de las dificultades que nos puede crear (¿Qué significa simplemente "neutralizar" a la muerte?), estos textos apuntan a la posibilidad de una reconciliación de los poderes, más que a su aniquilación total (Bender, 1987:146).

De la lucha de Cristo contra los poderes espirituales surgen dos resultados fundamentales. Primero, en la muerte y la resurrección de Jesús los poderes han sido desenmascarados y destituidos. Sólo Cristo es Señor. Y segundo, aún así,

los poderes siguen activos y su supresión definitiva espera a la *parusía* de Cristo. Por lo tanto, la lucha contra los poderes espirituales continúa mediante la resistencia que ofrece la iglesia contra los reclamos de estos poderes ya derrotados.

2. La iglesia: la esfera de la victoria de Cristo sobre los poderes.

A fin de dilucidar las implicaciones de la lucha victoriosa de Jesús contra los poderes espirituales podemos preguntar, ¿en qué consiste la victoria de Jesús? ¿Se trata de un cambio sustancial en los poderes, o de una transformación de su carácter maligno que los deja desahuciados y despojados de sus armas? ¿O se trata de una apropiación de parte de la iglesia del poder de Cristo que derrotó a los poderes, despojándose de ellos y de sus reclamos falsos, habilitando así a la iglesia para resistir a los ataques de los poderes hasta el día de la victoria final?

La primera de estas dos alternativas ha sido propuesta por Oscar Cullmann (Bender, 1987:136-137). En la muerte, resurrección y exaltación de Cristo, los poderes espirituales han sido sometidos por él, "y han perdido su carácter maligno". Y bajo los pies de Cristo, los poderes han sido transformados para bien y, mientras permanezcan sometidos, son liberados para cumplir con su función ordenada. Como si estuvieran atados por una soga larga, están libres para funcionar mientras no excedan el espacio que les permite la soga (Bender, 1987:137). De esta forma, aun los poderes espirituales caídos, son capaces de fomentar un ambiente de paz y justicia en que la iglesia puede vivir "quieta y reposadamente" (I Ti. 2:2) y gozar de libertad para proclamar el evangelio.

Otros han pensado que la segunda de estas alternativas refleja mejor la visión bíblica, al igual que la experiencia humana. Clinton Morrison respondió a Cullmann insistiendo que los poderes no fueron cambiados sustancialmente por la obra de Cristo. "Roma no fue diferente la semana después

de la resurrección de lo que había sido la semana anterior" (Bender, 1987:137-138). Debemos distinguir entre la esfera del señorío de Cristo (que es cósmico) y su locus concreto en la historia (que es la iglesia).

El contexto en Colosenses 2 parecería confirmar esta observación. En Colosenses 2:8 los creyentes son advertidos contra la posibilidad de caer en una nueva esclavitud a los "rudimentos (*stoicheia*) del mundo". Los poderes no han cambiado, sino los creyentes que están "completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad" (Col. 2:10). Y de nuevo en Colosenses 2:20, Pablo apela al cambio que se ha dado entre los creyentes que han "muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo". Y en Colosenses 3, Pablo se refiere otra vez al cambio que se ha dado entre los creyentes que se han "despojado del viejo hombre" y "revestido del nuevo" porque han "resucitado con Cristo" (Col. 3:9,10,11).

Pero la muerte y la resurrección de Cristo no sólo conducen a la transformación de los creyentes individualmente. Condujo a la creación de un nueva alternativa a los poderes caídos. Condujo a la creación de una nueva estructura de "poder". Se trata de una comunidad que vive y da testimonio en el poder del Espíritu de Cristo. Esta comunidad anticipa en sus dimensiones interiores y espirituales, al igual que en sus dimensiones exteriores y estructurales, la vida que corresponde a la nueva creación de Dios. Y en este sentido presenta un desafío a los poderes. En Efesios, especialmente, Pablo captó la visión de la iglesia como un nuevo poder transformado mediante la presencia del Espíritu de Cristo en medio suyo, que anuncia a los poderes de este mundo el fin de su tiranía y la plena restauración venidera del reinado de Dios.

3. La iglesia: el nuevo poder de Dios en la lucha contra los poderes espirituales.

La Carta a los Efesios señala que la reconciliación y la paz humanas manifestadas en la iglesia constituyen, de la

forma más plena, la victoria de Cristo sobre los poderes y ofrecen un modelo, tanto de sustancia como de estrategia, de lo que el mensaje fundamental de la iglesia para los poderes debe ser (Bender, 1987:162).

En Efesios 1:20-23 Pablo declara el señorío de Cristo sobre todos los poderes. Pero de una manera directa y especial, Cristo es Señor de la iglesia y la "llena" de su "plenitud". Mediante la presencia plena de su Espíritu en la iglesia, Cristo libera a su pueblo del "príncipe de la potestad del aire" (Ef. 2:2). Esta comunidad del Espíritu es la "hechura" (Ef. 2:10) de Dios, una especie de "maqueta" de su intención reconciliadora colocada en exposición ante todos los poderes caídos.

Efesios 2:11-22 describe el carácter corporativo de esta nueva "hechura". Los gentiles y los judíos, que representaban el peor ejemplo de enemistad y odio mutuos en el mundo grecorromano, son reconciliados en Cristo. Esta enemistad había sido producida por los poderes que se expresaban en forma de ley y diversas ordenanzas. Pero ahora esta nueva creación de Dios continúa la lucha espiritual contra estos y otros poderes y sus influencias destructivas.

La misión de esta nueva comunidad, cuya vida surge del poder del Espíritu de Dios en su seno, no consiste sólo en automantenimiento. Por medio de esta nueva fuerza del Espíritu, se da a conocer "la multiforme sabiduría de Dios... a los principados y potestades en los lugares celestiales" (Ef. 3:10). El mensaje de la iglesia se dirige a estos poderes complejos en sus dimensiones interiores espirituales y en sus manifestaciones exteriores estructurales.

Esta "sabiduría de Dios" consiste esencialmente del misterio de la reconciliación de enemigos en la nueva comunidad del Espíritu. Esta iglesia es el instrumento por medio del cual Dios se revela en medio de los poderes caídos y su alcance es tanto cósmico como humano, tanto espiritual como estructural. El nuevo modo de ser de la iglesia es, en sí, el principal mensaje y también el medio de su proclama. Y el principal objeto de este testimonio no son sólo individuos,

como tales, sino los poderes. "A las fuerzas políticas y sociales, culturales y religiosas y todas las demás estructuras, las malas y las no tan malas, a todos estos poderes, y a otros más, Dios da la oportunidad única de ver en su medio los comienzos de un cielo nuevo y una tierra nueva" (Markus Barth, citado en Bender, 1987:164).

La existencia de la nueva "hechura" de Dios contribuye a frenar los excesos de los poderes en varias formas. Primero, la iglesia proclama la presencia de un poder superior. Confiesa que Jesucristo es Señor y vive en el poder de su Espíritu. A través de sus miembros individual y colectivamente, y mediante su Espíritu interior y su forma exterior, la iglesia encarna el poder del amanecer del reino de Dios. Y segundo, rehusa otorgar la lealtad incondicional que los poderes exigen. El Espíritu Santo reduce la presumida importancia de los poderes ante los ojos de los fieles. Desenmascarados de esta manera, los poderes pueden ser desentronados y pasan a cumplir un papel mucho más modesto y más funcional (Barth, citado en Bender, 1987:163).

Tres veces Pablo describe a la iglesia en términos de militancia guerrera (Ro. 13:12; I Ts. 5:8; Ef. 6:10-20). Efesios 6:10-20 es especialmente clave para comprender la guerra espiritual en que la iglesia participa. Cuando la iglesia da a conocer el proyecto salvífico de Dios "a los principados y potestades en los lugares celestiales", se halla rodeada de fuerzas hostiles contra las cuales tiene que oponer resistencia. Una reflexión en profundidad en torno a Efesios 6:10-20 podrá ayudarnos a comprender la naturaleza de esta guerra espiritual (Bender, 1987:167-172).

a) Las frases traducidas "por lo demás" (*tou loipou*) (6:10) y "en el día malo" (6:13) sirven para fijar el marco histórico del conflicto. *Tou loipou* lleva el sentido de "en el tiempo que resta", y seguramente se refiere al período entre la revelación del misterio de la reconciliación a los principados y potestades, por medio de la iglesia y

la *parusía* de Cristo. "El día malo" sería una referencia al día apocalíptico del Señor, en que su presencia y su poder serán manifestados para juicio y para salvación.

En este período interino la iglesia se halla en pie de lucha intensiva que tendrá su culminación en el día final. Pero ese día final de tribulación escatológica ha amanecido ya para el pueblo de Dios. Así que, la lucha de la iglesia que aquí se describe es realmente el anticipo de la victoria final de Dios sobre los poderes del mal.

b) La fuerza para esta lucha procede de Dios y no depende del poderío humano (6:10). El poder con que la iglesia lucha es un regalo de Dios y es el mismo poder de la resurrección de Cristo (Ef. 1:19). Esta guerra espiritual de la iglesia se ubica en la tradición bíblica de la guerra de Yahveh. La victoria resulta de la intervención poderosa de Dios (cf. Is. 35:4).

c) Los adversarios de la iglesia en esta lucha no son humanos, sino los poderes cósmicos insubordinados. Además de los principados y potestades, están "los gobernadores (*kosmokratores*) de las tinieblas de este siglo" y "las huestes espirituales (*pneumatika*) de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:12). Seguramente son referencias a los poderes espirituales invisibles que se manifiestan en los sistemas y las estructuras en la sociedad que se oponen al proyecto salvífico de Dios, la iglesia.

En esta guerra espiritual los poderes son los agresores. Ellos son los que disparan contra la iglesia "todos los dardos de fuego" (6:16). Posiblemente Hebreos 11:32-40 sea un paralelo de esta guerra defensiva. Aparentemente, la presencia de la iglesia en medio de los poderes pone de manifiesto su maldad y provoca su agresividad.

d) La armadura de la iglesia consta de cualidades regaladas por Dios, a fin de resistir los ataques de los poderes. La "verdad", la "justicia", la "paz", la "fe", la "salvación" y el "Espíritu" son todas promesas del pacto, a fin de socorrer a los débiles. Y ahora pasan a ser características de la nueva

comunidad de paz reconciliada por la vida y la muerte de Cristo. En este conflicto, la "paz" es tan importante que llega a llamarse "evangelio" (6:15).

La imagen de la armadura probablemente no fue tomada de los soldados romanos encargados con el custodio de Pablo, sino de la visión veterotestamentaria de Yahveh, como Guerrero divino que se prepara para luchar contra los que obran la injusticia (Is. 59:16-17).

El imperativo, "estad firmes" (Ef. 6:11,14), recuerda el consejo de Moisés a la luz de la intervención poderosa de Yahveh a favor de su pueblo contra los poderes de Egipto. "No temáis, estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros... Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos" (Ex. 14:13-14).

Estar firmes no implica la pasividad en este conflicto. El verbo, "poder (*dynamai*) estar firmes" (Ef. 6:11), lleva el sentido de la capacidad, o poder, para resistir (6:13). El contexto de este pasaje en Efesios sugiere que esta resistencia de parte de la iglesia consiste en poner en práctica las cualidades con que está armada, a pesar de los ataques del adversario. La práctica constante de la verdad, la justicia, la paz, la fe, y la salvación, dependiendo siempre del Espíritu, provee la fortaleza para resistir las presiones diabólicas de los poderes en su intento de sujetar a la iglesia a su sistema de valores. Esta armadura es fundamentalmente corporativa; es otorgada a todos los creyentes en virtud a su participación en Cristo. Pero es esencialmente la iglesia, como cuerpo, la que se viste de la armadura de Dios (Barth, citado en Bender, 1987:169).

e) Esta descripción de la lucha espiritual de la iglesia no debe ser confundida con una invitación a participar en una guerra santa de Dios, ni a iniciar una cruzada contra los adversarios de Dios. El ambiente militar descrito en este pasaje presupone una resistencia defensiva contra los asaltos de los adversarios, más que una guerra ofensiva. La única pieza de esta armadura realmente empleada en el pasaje es el escudo con que la iglesia se protege contra "todos los dardos

de fuego del maligno" (6:16). Las armas y los demás instrumentos que caracterizaban las campañas militares antiguas, tales como arcos y flechas, lanzas, hondas, caballos y carros, trompetas, banderas, etc., no figuran para nada en este relato.

La lucha espiritual de la iglesia depende de la guerra contra los poderes que Dios ha llevado a cabo por medio de Jesús. Los adversarios son los poderes espirituales que están detrás de las manifestaciones estructurales humanas. La ira de Dios no se expresa concretamente a través de la lucha de la iglesia. En realidad, se resume esta lucha espiritual con una exhortación a orar (6:18).

Los versículos 18 al 20 incluyen la interpretación paulina de esta metáfora de conflicto. El secreto de la resistencia de la iglesia contra los ataques de los poderes, se resume en la oración y la súplica constantes en el Espíritu de Cristo, y en la vigilancia y en la perseverancia.

Los poderes que no pudieron vencer a Jesús, tampoco podrán prevalecer contra la iglesia. Pablo seguirá dando "a conocer con denuedo el misterio del evangelio" (6:19). La actividad testimonial de la iglesia que provoca la beligerancia de los poderes (3:10) seguirá adelante. Y, aunque esté en cadenas, Pablo es símbolo de la resistencia fiel de la iglesia que no ha doblado la rodilla ante los reclamos idolátricos de los poderes. La estrategia de la iglesia en su lucha espiritual no se inspira en las tácticas militares humanas, sino en la encarnación del Espíritu de Cristo en toda esfera de su vida, proclamando así con valentía y denuedo el señorío de Cristo sobre todos los poderes.

CONCLUSION

Ungido del Espíritu de Dios, Jesús combatió los poderes del mal a fin de restaurar el *shalom* que caracteriza el reinado de Dios. Liberaba a los seres humanos de los poderes cósmicos y estructurales del mal. Y resistió a los poderes malignos de su tiempo hasta finalmente despojarse de ellos y desenmascararlos en su muerte.

Contra estos poderes, invisibles y visibles, espirituales y estructurales, la iglesia continúa su lucha de resistencia. La iglesia es la esfera en que la victoria de Jesús sobre los poderes malignos ya es operante. Y esta comunidad de fe continúa esta guerra de resistencia, despojándose también de las vanas pretensiones y los falsos reclamos de los poderes. La clave de la victoria de la iglesia en esta lucha contra los poderes está en su fidelidad a su Señor.

IX

EL ESPIRITU Y LA MISION

LA MISION DE JESUS Y LA MISION DE LA COMUNIDAD MESIANICA

Lucas escribió su historia de salvación en dos tomos. En el evangelio presentó la primera parte de su historia, incluyendo "todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido (Hch. 1:1b-2). En el segundo tomo, los Hechos de los Apóstoles, continuó con la segunda parte de su historia, contando la actividad del Espíritu del Mesías, resucitado y ascendido al Padre, a través de la comunidad mesiánica.

El hecho de que Lucas haya unido las dos partes de esta historia, mediante eslabones en el texto, es significativo. El relato de la vida y la misión de la comunidad es presentado como la continuación de la vida y la misión de Jesús el Mesías. Así, una de las principales preocupaciones de Lucas parece haber sido demostrar la estrecha relación entre la misión de Jesús y la misión de la comunidad cristiana.

Lucas también, más que cualquier otro evangelista, destaca la actividad del Espíritu Santo a través de toda la vida y la misión de Jesús. Sin duda, la fidelidad con que Jesús obedecía al Padre en el cumplimiento de su misión mesiánica se debía muy especialmente a la unción del Espíritu sobre

él. Por lo tanto, no debe sorprendernos que el Espíritu juega un papel aún más prominente en la vida y la misión de la comunidad mesiánica.

El eslabón que une la historia de Jesús con la de la iglesia es proporcionado por Lucas en un pasaje que ubica al final de su evangelio (Lc. 24:44-49), y en otro que aparece al principio de los Hechos de los Apóstoles (1:3-8). Hechos 1:3-8 realmente hace eco del contenido de Lucas 24:44-49. Estos textos ofrecen una síntesis de la teología del evangelio y un anteproyecto introductorio de Hechos de los Apóstoles. En estos pasajes se destacan una serie de elementos que nos ayudan a comprender la relación estrecha que existe entre la vida y la misión de Jesús y las de la comunidad cristiana (Senior y Stuhlmueller, 1983:257-259).

1) Las instrucciones contenidas en Lucas 24:44-49 son las del Cristo resucitado y serán llevadas a cabo por la comunidad después que Jesús haya retornado al Padre. De modo que este resumen sugiere cierta evolución en la misión de la comunidad mediante la intervención poderosa del Espíritu de Cristo. La misión de la iglesia asumirá algunas dimensiones no percibidas durante la vida terrenal de Jesús.

   Pero esta visión de la misión continuada en la vida de la iglesia sigue teniendo sus raíces en la vida y la misión concretas de Jesús. La misión de la iglesia se ha de llevar a cabo bajo la autoridad de Jesús y "en su nombre" (Lc. 24:47; cf. Mt. 28:19). Por eso la vida y la misión de Jesús, descritas en el evangelio, sirven de modelo para la misión de la comunidad. Las manifestaciones poderosas del ministerio profético de Jesús, su llamado al arrepentimiento y a la conversión, su actividad salvífica manifestada en las sanidades y los exorcismos, su compasión que superaba todas las barreras sociales de su época, las de clase, raza y sexo, sus actividades encaminadas a restaurar la

comunidad humana, al igual que la comunión humana-divina, serán también aspectos esenciales de la misión de la iglesia.

2) Tanto la misión de Jesús, como la que la comunidad habrá de asumir, se perciben como una continuación de la obra salvífica de Dios relatada en el Antiguo Testamento. "Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos" (Lc. 24:44; cf. 24:43-47). No está a la vista aquí una mera correspondencia mecánica y legalista entre el mensaje profético del Antiguo Testamento y la vida de Jesús, sino la continuidad fundamental del programa salvífico permanente de Dios en Jesús de Nazaret. El rechazo por parte de los jerarcas israelitas no cambiaba el programa de Dios. Al contrario, incluso este rechazo y la muerte de Jesús caían dentro del plan salvífico de Dios. Los profetas antiguos también habían sido rechazados.

   Pero no sólo cumplen las escrituras la vida y la muerte de Jesús. La vida y el sufrimiento de la comunidad en el cumplimiento de su misión en el poder del Espíritu son parte del programa divino encaminado a desembocar en ese día cuando "verá toda carne la salvación de Dios" (Lc. 3:6). Para los discípulos de Jesús no fue fácil captar el significado de esta visión que lo que ocurrió a Jesús y lo que les ocurría en la comunidad mesiánica perseguida, era continuidad directa de la intención salvífica divina, expresada proféticamente en el Antiguo Testamento. Sólo mediante el poder del Cristo resucitado y la inspiración de su Espíritu fue posible captar esta visión en la comunidad primitiva.

3) En este pasaje, el sufrimiento y la muerte de Jesús que culminan en la resurrección, son los que están en primer plano. El sufrimiento que Jesús padeció, anticipado ya en el resumen de Lucas 4:18-29, caracterizó todo su ministerio. Esta vida de sufrimiento profético

y vicario recibió la aprobación plena del Padre, manifestada en la resurrección. En realidad, a través de toda la historia de salvación está claro que Dios obra la salvación mediante el sufrimiento inocente de los justos. Esta había sido la experiencia de los auténticos profetas a través de la historia. Caracterizó la vida de Jesús. También es elemento esencial en la misión de la comunidad apostólica. Y seguirá siendo característica de la fidelidad misionera de la iglesia. Lejos de ser un impedimento en la evangelización, es el medio por excelencia por el cual el Espíritu de Cristo sigue obrando la salvación divina.

4) El mensaje misionero es un llamado a la conversión y una promesa del perdón. Este énfasis caracterizaba el mensaje de Jesús en el evangelio (Lc. 3:3; 5:32; 7:48), y también es el tema constante en los sermones en los Hechos de los Apóstoles (2:38; 5:31; 11:17,18; 17:30,31; 20:21; 26:18,20). Mediante su actividad y sus palabras salvíficas, Jesús aliviaba el dolor, perdonaba los pecados y transformaba la vida de las personas. La respuesta de Pedro en pentecostés a la pregunta, ¿Qué haremos?, fue tomada casi directamente de la instrucción de Jesús, "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch. 2:38; cf. Lc. 24:47,49a). De acuerdo con la comisión misionera de Lucas 24:44-49, la salvación mesiánica iba a seguir siendo la meta de la misión de la iglesia en el mundo.

5) También se destacan las dimensiones universales de la misión. "Comenzando desde Jerusalén", la misión alcanzará a "todas las naciones" (Lc. 24:47). En los evangelios, y muy especialmente en Lucas, se subraya la importancia teológica de Jerusalén en la intención salvífica de Dios. El relato del viaje dramático de Jesús hacia Jerusalén domina la estructura del evangelio de Lucas (9:51-19:40). Es en Jerusalén "que mata a los profetas" donde Jesús culmina su tarea mesiáni-

ca (Lc. 13:33-34). Este énfasis sobre Jerusalén subraya la antigua intención divina que de su pueblo, Israel, surja la salvación que abarcará a todas las naciones. Por lo tanto, aquí será derramado el Espíritu sobre la comunidad mesiánica, y desde aquí partirán en el cumplimiento de la misión divinamente otorgada.

Aunque Lucas subraya la centralidad del antiguo pueblo de Dios en la intención salvífica divina, afirma que la misión habrá de superar todas las barreras. En realidad, esta misión universal de la iglesia estaba enraizada en la misión de Jesús. En el poder del Espíritu, él había trascendido las barreras que separaban a los de afuera de los de adentro (Lc. 4:14,18, 23-29). Y la estructura misma del libro de los Hechos de los Apóstoles corresponde a esta visión de la misión de la iglesia. Bajo el impulso del Espíritu de Cristo, se parte desde Jerusalén, y pasando por Judea y Samaria, llega hasta "lo último de la tierra" (Hch. 1:8).

6) En este texto Lucas subraya el carácter testimonial de la misión. "Y vosotros sois testigos de estas cosas" (Lc. 24:48). Los doce formaron un eslabón viviente entre Jesús y su misión mesiánica y la comunidad mesiánica encargada con la continuación de esa misión. Por esto la conservación de ese frágil grupo era tan importante. "Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo, con nosotros, de su resurrección" (Hch. 1:21-22).

En el Espíritu de Cristo, los de este grupo serían los testigos primarios, y continuadores de la misión mesiánica. Este testimonio incluiría reportaje fiel de lo que habían visto y experimentado en su convivencia con Jesús. Pero también incluiría su propia confesión del significado salvífico de esta experiencia y, final-

mente, su disposición a sufrir por su testimonio, igual que Jesús había hecho. Aunque este grupo de testigos en el principio consistía de los doce, número simbólico que apuntaba al origen de su mensaje en el antiguo pueblo de Dios, más tarde llegaría a abarcar a una multitud de testigos que obran y hablan y sufren y mueren por la causa del Mesías y del reino restaurado por él.

7) Finalmente, este texto clave de Lucas 24:44-49 destaca el papel fundamental del Espíritu en la misión. El Espíritu de Cristo mismo es el que capacita con poder y dirección a la comunidad en el cumplimiento de la misión. Lucas, más que ningún otro, enfatiza el papel del Espíritu Santo, tanto en la misión mesiánica de Jesús, como en la de la comunidad. Mientras que Marcos emplea el término "Espíritu" cuatro veces y Mateo tres veces, las expresiones "Espíritu" y "Espíritu Santo" aparecen dieciseis veces en el Evangelio de Lucas y cincuenta y cuatro veces en Hechos de los Apóstoles. Mediante el ministerio profético de Jesús, la nueva era del Espíritu quedó inaugurada. El don del Espíritu, creador de auténtica comunidad, es el verdadero continuador de la obra salvífica de Jesús (Lc. 24:49; Hch. 1:4,5). Empezando con pentecostés, y a través de todo el libro de los Hechos de los Apóstoles, Lucas consecuentemente une la misión evangelizadora de la iglesia a la poderosa intervención del Espíritu.

Todos estos elementos que hemos identificado en el pasaje programático con que Lucas cierra su evangelio, estaban presentes en el ministerio de Jesús en una forma destacada. Así que la misión encargada a los apóstoles no es otra que la que Jesús vino a cumplir, y esto implica que no sólo el contenido de nuestro mensaje evangelizador, sino también las formas concretas en que esta misión es llevada a cabo, han de ser determinados por el mensaje y la postura misioneros de Jesús.

Pero hay otra implicación más, y ésta es aún más crucial. Continuar la misión salvífica del Mesías requiere el Espíritu del Mesías. El libro de los Hechos de los Apóstoles señala la forma en que el Espíritu impulsaba a la comunidad a penetrar en toda esfera de su sociedad, tanto judía como pagana, con su misión salvífica. En esta tarea el Espíritu de Cristo proporcionaba el contenido de su mensaje, su estrategia evangelizadora, y el poder para llevarla a cabo.

EL ESPIRITU Y LA MISION DE JESUS

En cierto sentido, el Espíritu toma el lugar de Jesús en la comunidad después de la ascensión de éste. Por lo tanto, el papel prominente del Espíritu en los Hechos de los Apóstoles (34 veces) comparado con el Evangelio de Lucas (16 veces) no nos sorprende. La historia, relatada en Hechos de los Apóstoles, de la misión mesiánica continuada en la comunidad, es también la historia de la presencia mesiánica continuada en la comunidad, en la persona del Espíritu. Esto explica la razón por la que la misión de la iglesia no puede comprenderse independientemente de la intervención del Espíritu Santo. Y, a la vez, explica por qué el tema del Espíritu no puede comprenderse bíblicamente sin enfocarlo en el contexto de la misión salvífica de Dios en el mundo.

Impresiona la forma en que Lucas comienza su evangelio destacando un nuevo florecer de la actividad del Espíritu. Esto en sí es significativo. En el judaísmo contemporáneo reinaba la convicción que a partir de la época de los últimos profetas literarios, Hageo, Zacarías y Malaquías, se había extinguido el Espíritu en Israel. Dios se hallaba lejos de su pueblo y su voz se percibía sólo mediante un eco distante y pobre (Jeremías, 1973:102-104).

Así que, las múltiples referencias en Lucas a la actividad del Espíritu implicaban que la era de la salvación mesiánica estaba amaneciendo, acompañada de aumentada actividad carismática. Los principales personajes mencionados por Lucas al comienzo de su evangelio, Zacarías (1:67), Elisabet

(1:41), Juan (1:60), Simeón (2:25) y Ana (2:36) hablaban todos proféticamente, llenos del Espíritu de Dios.

En Lucas 1:35 la intervención del Espíritu en el nacimiento de Jesús se describe en términos creacionistas. Mediante su Espíritu, Dios había creado un cuerpo para su Mesías en el mundo. Surge una nueva creación, una nueva humanidad, una nueva era, la era de salvación mesiánica, la era del Espíritu.

La intervención del Espíritu también fue crucial para Jesús en relación con su propio sentido de identidad mesiánica. La presencia del Espíritu acompañaba a la voz del cielo que declaró que Jesús era el "Hijo amado" (Lc. 3:22). Esta comunión entre Jesús y el Padre fue constante e íntima a través de todo su ministerio gracias a la presencia del Espíritu enviado por el Padre (Lc. 10:21).

En el cumplimiento de su misión como Mesías, Jesús dependió constantemente del Espíritu. El superó toda tentación a ser "otra clase de Mesías" gracias a la orientación del Espíritu del Padre (Lc. 4:1ss.). Y en el mismo poder del Espíritu, Jesús emprendió la misión que el Padre le había encomendado (Lc. 4:14). El secreto de la misión mesiánica de Jesús se hallaba en las palabras con que él inició su ministerio en Nazaret, "El Espíritu del Señor está sobre mí... " (Lc. 4:18). Esta misión liberadora iba dirigida a los marginados dentro de Israel (Lc. 4:18-20), al igual que hacia aquellos de afuera (Lc. 4:23-30). Esta misión con alcances universales emprendida por Jesús, era el don por excelencia del Espíritu, característico de la nueva era de la salvación.

De acuerdo con la visión de Lucas, es el Espíritu el que energiza y da forma a la misión salvífica de Jesús. La intención salvífica de Dios, vislumbrada en la vocación de Abraham, en la liberación del pueblo de Egipto y en el ministerio de los profetas, ahora se hace realidad en Jesús de Nazaret, Ungido de manera única por el Espíritu de Dios. Mediante la acción del Espíritu los enfermos eran sanados, los endemoniados eran liberados, los marginados y los despreciados dentro y fuera de Israel fueron restaurados. En la

misión de Jesús que culmina en la cruz, el propósito salvífico universal de Dios se manifiesta con claridad, y bajo el influjo del mismo Espíritu que ungió con poder al Mesías, la iglesia llevará adelante el proyecto salvador del Padre.

EL ESPIRITU Y LA MISION DE LA IGLESIA

El programa misionero de Dios, tal como Jesús lo había vivido, y tal como lo había compartido con sus discípulos (Lc. 24:44-49), ahora en Hechos de los Apóstoles será llevado a cabo en el poder del Espíritu del Cristo resucitado. El programa se inicia con los discípulos sencillamente esperando en Jerusalén hasta ser "investidos de poder desde lo alto" (Lc. 24:49). El reino de Dios, cuya restauración había comenzado mediante el ministerio de Jesús, ahora se manifestará bajo el poder del Espíritu de Cristo en la misión que, desde Jerusalén, llegará hasta "lo último de la tierra" (Hch. 1:8).

En los primeros capítulos del Evangelio de Lucas el Espíritu Santo había inspirado una visión misionera universal. Simeón había profetizado, "han visto mis ojos tu salvación... en presencia de todos los pueblo, luz para revelación a los gentiles" y Juan percibió que "verá toda carne la salvación de Dios" (Lc. 2:30,32; 3:6). Esa visión había comenzado a realizarse en formas sorprendentes en la misión de Jesús. Y ahora, bajo el impulso del Espíritu del Mesías, la iglesia completará esta misión.

Hechos 1:8 provee una pista para comprender el desarrollo de la misión de la iglesia. Mediante el poder del Espíritu Santo, la comunidad se convertirá en testigo del Cristo resucitado en círculos cada vez más amplios: Jerusalén, Judea, Samaria, lo último de la tierra.

En pentecostés los discípulos de Jesús fueron efectivamente bautizados con el Espíritu Santo. La poderosa unción del Espíritu creó entre los discípulos de Jesús y sus oyentes de la diáspora, una comunión cuya existencia comunicaba poderosamente la intención salvífica de Dios para la humani-

dad. Pero esta comunión no constituía un fin en sí, sino que era una comunidad de testimonio profético y misionero (Hch. 2:17-18). Aunque de judíos se trata en la experiencia pentecostal, la visión misionera es más amplia. En palabras del profeta Joel, el Espíritu vendrá "sobre toda carne" (Hch. 2:17). Y Pedro recuerda a los judíos las dimensiones fundamentalmente misioneras de la vocación israelita incluida en la promesa hecha a Abraham, "En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra" (Hch. 3:25).

El mismo Espíritu que había actuado en Jesús, seguía obrando mediante la actividad sanadora de los apóstoles y su testimonio valiente ante las autoridades que se oponían. Y mientras tanto, el pueblo "glorificaban a Dios por lo que se había hecho" (Hch. 4:21). La violencia con que el judaísmo respondió a las obras y las palabras inspiradas por el Espíritu, sencillamente daba mayor relieve a su testimonio (Hch. 5:31-33).

La elección de los siete para servir las necesidades de la comunidad primitiva también fue guiada por el Espíritu de Cristo. Mediante la fidelidad comunitaria de la iglesia en Jerusalén, muchas personas fueron atraídas a la fe (Hch. 6:7; cf. 2:47). Y en lugar de concentrarse la atención en la vivencia interna de la comunidad primitiva, luego del relato contenido en Hechos 6:1-7, se describe la actividad testimonial de dos de los "siete varones... llenos del Espíritu Santo", Esteban y Felipe (Hch. 6:3,5).

El poder espiritual con que Esteban confrontaba las instituciones caducas del judaísmo contemporáneo (Hch. 6:13,14), despertó la ira de los judíos y condujo a la persecución y a la dispersión misionera de la iglesia (Hch. 6:8-8:4). La intervención poderosa del Espíritu en el ministerio de Esteban se menciona explícitamente en Hechos 6:8,10,15; 7:51,55,56. Al igual que en el caso de Jesús, la comunidad también experimentó nueva vida a través de la persecución y la muerte.

El ministerio de Felipe también se caracterizó por la intervención del Espíritu en una forma notable (Hch. 8:6-

8,15-17,29,39). Mediante el testimonio de Felipe se inició la evangelización de Samaria, para luego ser continuada por Pedro y Juan, enviados por la comunidad de Jerusalén (Hch. 8:29).

La evangelización del eunuco etíope también resultó del impulso directo del Espíritu (Hch. 8:29). La conversión de este extranjero, prosélito del judaísmo, es una especie de anticipo de las dimensiones universales que la misión asumirá en breve. Mientras tanto, guiado por el Espíritu, Felipe seguía evangelizando la parte occidental de Judea hasta llegar a Cesarea.

En Hechos 9:31 Lucas resume este avance misionero de la siguiente manera: "Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo".

Con la introducción de Pablo en el relato de Lucas, llegamos a la tercera etapa de esta historia misionera. Pablo será el principal instrumento del Espíritu en la misión salvífica de Dios "hasta lo último de la tierra". La intervención del Espíritu también es prominente en la vocación de Pablo y en su comisión como apóstol a los gentiles (Hch. 9:4-6,17). Esta voz que escuchó del cielo habría de determinar el rumbo de su vida de ahí en adelante (Hch. 9:17; 22:17-21; 26:17). Pablo comprendía su comisión en términos carismáticos de la vocación de Jeremías (1:5) y del Siervo de Yahveh (Is. 49:1): "agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles" (Gá. 1:15,16a).

Pero en los designios de Dios, fue Pedro el que comenzó la misión a los gentiles (Hch. 10:1-11:18). El que la comunidad cristiana primitiva haya podido superar en su propio seno y en su misión la barrera más formidable del mundo contemporáneo, la muralla que separaba a judíos y gentiles, se debe sin duda, a dos factores fundamentales. El primero es la obra reconciliadora de Jesús mismo. Y el segundo es la

intervención poderosa del Espíritu de Cristo en la iglesia primitiva.

Todos los Evangelios narran la predilección de Jesús por los marginados, los pobres y los perdidos de toda índole. Su obra salvífica se dirige, no sólo a los perdidos de Israel, sino también a los de afuera. Su compasión por los intocables de la sociedad, su trato con los samaritanos, las sospechas oficiales de sus relaciones con los paganos son ampliamente documentados en los Evangelios. El episodio de la limpieza del templo, narrado en los cuatro Evangelios, sugiere que esta preocupación por los de afuera condujo a su muerte. Era el patio de los gentiles en "la casa de oración para todas las naciones" que el judaísmo oficial había profanado. Así impidieron que los extranjeros llegaran a encontrarse con Dios y, debido a su monopolio sobre la venta de los animales y las palomas tan necesarios en los sacrificios, dificultaron el culto de los pobres. Fue a partir de esta acción de Dios en favor de los marginados, que los judíos procuraron, en serio, matarlo.

Así que, la interpretación de la muerte de Jesús como medio para reconciliar a los judíos y los gentiles en una nueva comunidad de paz mediante la destrucción de la barrera que los separaba, que encontramos en Efesios 2:11-22, no es una mera figura literaria. No es simplemente una interpretación espiritualizada del significado de la muerte de Jesús. Una nueva humanidad compuesta de judíos y gentiles es un resultado directo de la vida y la muerte de Jesús.

Y como nos relatan Hechos de los Apóstoles y las epístolas paulinas, la resistencia en el sector judío de la iglesia primitiva fue superada por la actuación del Espíritu de Cristo en medio suyo. Hechos 10:1-11:18 describe el proceso por el cual los gentiles fueron incorporados en la iglesia primitiva. En este pasaje, además de las ocho ocasiones en que la intervención del Espíritu es mencionada directamente, también hay dos referencias indirectas. Se refiere al "ángel de Dios" que le apareció a Cornelio en una visión (Hch. 10:3), y a una visión estática recibida por Pedro (Hch. 10:10,19).

Ante esta actividad salvífica del Espíritu, a Pedro y a los judíos en la comunidad en Jerusalén, no les quedaba otra alternativa que reconocer que "Dios no hace acepción de personas" (ver Hechos 10:15,28,34,47; 11:9,17,18). Lo que el ministerio de Jesús había anticipado y lo que él había prometido a sus discípulos en Lucas 24:47, llegó a ser una realidad mediante la intervención potente del Espíritu Santo.

La historia de Pedro y Cornelio es realmente un microdrama de la lucha que se libró en la iglesia primitiva judía en torno a la cuestión, si los gentiles podían ser recibidos en la iglesia en igualdad de condiciones. Como los debates entre Pablo y los judaizantes muestran, fue una lucha larga y dura. Pero el hecho de que esta barrera fuera superada en la iglesia primitiva, se debe a la obra reconciliadora que le costó la vida de Jesús, y a la obra por excelencia del Espíritu, la creación de comunión sin barreras ni paredes. Sólo le restaba a la iglesia aceptar lo que el Espíritu había obrado en forma tan potente delante de sus ojos. "¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!" (Hch. 11:18).

La intervención del Espíritu en la misión paulina a los gentiles sigue el mismo patrón que ya hemos observado en la iglesia palestinense. En Antioquía, cristianos helenistas evangelizaron entre gentiles, al igual que entre judíos (Hch. 11:19-21), y Bernabé, enviado por la iglesia de Jerusalén, también era "varón bueno y lleno del Espíritu Santo y fe" (Hch. 11:24). Al parecer, la plena participación del Espíritu Santo es siempre requisito para llevar a cabo la misión de la iglesia.

Era la congregación carismática de Antioquía, en la cual los dones del Espíritu eran ejercidos para la edificación de la iglesia (Hch. 11:23-30), la que inició la misión a los gentiles bajo el impulso del Espíritu (Hch. 13:2-4). Las experiencias relatadas en Hechos 13 son típicas de las que caracterizan al resto del libro. Luego de comenzar en las sinagogas y ser rechazados por los judíos, los apóstoles se vuelven a los gentiles (Hch. 13:44-52). Aquí también se destaca la

intervención del Espíritu. El Espíritu es el que envía a los apóstoles en su misión (Hch. 13:4; cf. 16:6,7). Y luego, el mismo Espíritu es el que obra poderosamente a través de "las señales y prodigios" hechos por manos de los apóstoles (Hch. 13:9-12; 14:3; et al.). Finalmente, se forman comunidades nuevas de discípulos "llenos de gozo y del Espíritu Santo" (Hch. 13:52; et al.).

En la última mitad de los Hechos de los Apóstoles, Lucas narra los pormenores de la misión paulina en Asia, Macedonia y, finalmente, en Roma. Así se cumplen los alcances universales de la comisión de Jesús a los apóstoles en Lucas 24:47 y Hechos 1:8. Esta misión es llevada a cabo por una segunda generación de "apóstoles" que incluye a Pablo, Bernabé, Silas y otros, capacitados por el poder del Señor resucitado y ascendido, pero dinámicamente presente en su misión "hasta el fin del mundo" (cf. Mt. 28:20).

CONCLUSION

La actividad del Espíritu en el libro de los Hechos de los Apóstoles parece orientarse principalmente en torno a tres áreas de la vida y la misión de la iglesia: 1) el carácter fundamentalmente comunitario de la iglesia; 2) la misión universal de la iglesia; y 3) la capacidad para sufrir en la misión salvífica de la iglesia.

1) El Espíritu parece estar vinculado en forma muy especial con el surgimiento y la consolidación de un movimiento con sentido de identidad propia y caracterizado por dimensiones comunitarias concretas y claras. Se observan en los Hechos de los Apóstoles tres principales concentraciones de referencias al Espíritu. En los capítulos 1 y 2 hay diez referencias directas a la actividad del Espíritu. Aquí el énfasis cae sobre la preparación postpascual de los discípulos de Jesús para la continuación de la misión mesiánica hasta lo último de la tierra, y en la formación de la comunidad pentecostal del Espíritu relatada en el capítulo 2. Las características comunitarias del nuevo movimiento del Espíritu de Cristo

están esbozadas en el resumen que hace Lucas en Hechos 2:42-47.

La segunda de estas concentraciones de referencias al Espíritu se encuentran en los capítulos 6 al 8, donde la actividad del Espíritu se menciona once veces. Aquí el énfasis cae sobre la corrección y el fortalecimiento internos de la vida comunitaria de la iglesia y sobre la incorporación de nuevos grupos culturales, geográficos, e incluso étnicos, en el seno de la comunidad cristiana. Estos grupos incluyen a judíos de orientación helenista viviendo en Jerusalén misma, judíos noresidentes en la capital y, finalmente, un prosélito etíope que se había sentido atraído al judaísmo. Los principales protagonistas en esta actividad eran los helenistas, Esteban y Felipe. Pero los apóstoles, representados por Pedro y Juan, y un número indefinido de la comunidad de Jerusalén también participaron (Hch. 8:14,1). De este modo la comunidad del Espíritu se abre a fin de recibir en su comunión a grupos que hasta entonces habían sido excluidos.

El tercer grupo de alusiones directas al Espíritu está en los capítulos 10 y 11 con diez referencias específicas. Y aquí también el énfasis cae sobre la incorporación en la comunidad primitiva a sectores sociales que aún permanecían fuera de la comunión del Espíritu y a los gentiles. Según Lucas lo relata, el Espíritu Santo es el principal protagonista en este proceso. Primeramente, prepara a Cornelio, el centurión del ejército romano de ocupación, para lo que va a ocurrir. (Entre todos los posibles candidatos para romper la barrera de raza que aún separaba a los gentiles de la comunidad mesiánica, Cornelio seguramente sería el menos probable). Luego, el Espíritu preparó a Pedro para algo inimaginable, comunión de mesa con los gentiles (Hch. 10:48). Y finalmente, los gentiles que escucharon las palabras de Pedro fueron bautizados del Espíritu Santo, independientemente de que Pedro les hubiera impuesto las manos. De modo que tan solamente le restaba a Pedro bautizar en el nombre de Jesucristo a "estos que han recibido el Espíritu Santo", igual que los discípulos de Jesús.

Aunque continuaba la lucha por asimilar en la conciencia y la práctica de la comunidad primitiva, lo que el Espíritu había creado, una comunión sin barreras, el resultado nunca más estaría en duda. Así que, cuando elementos judaizantes en la iglesia intentaron limitar la comunidad del Espíritu a los parámetros que regían en el judaísmo contemporáneo, la respuesta de la iglesia fue contundente. "Dios... les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones" (Hch. 15:8-9). Así que su mensaje a la congregación en Antioquía, al igual que a los hermanos de tendencia judaizante en todas las demás congregaciones cristianas, era claro: "Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias... " (Hch. 15:28).

Así que, un tema une estos siete capítulos (1-2, 6-8 y 10-11) en que aparece aproximadamente el 60% de las referencias al Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles. Es la creación, por el Espíritu de Cristo, de una nueva comunidad de dimensiones jamás sospechadas. Las dimensiones de esta comunión abarcaron todos los aspectos de su vida: espirituales, sociales, cúlticos y económicos. Los discípulos de Jesús ya habían comenzado a experimentar esta realidad comunitaria, anticipada en las provisiones sabáticas y jubilares del Antiguo Testamento, en su convivencia con él. Y a partir de pentecostés, muchos discípulos más llegaron a participar de esta comunión (Hch. 2:42-47; 4:32-35).

La incorporación de los sectores helenistas y samaritanos, al igual que los prosélitos, ya se había anticipado en el ministerio de Jesús. Su preocupación por los intocables del judaísmo, los leprosos, los enfermos, los endemoniados, los pecadores, los publicanos, los samaritanos, los galileos y los griegos, y su disposición a jugar la vida para su salvación, está bien documentado en los Evangelios. Y al entrar éstos en el reino, sencillamente anticipaban la misión que la comunidad primitiva llevaría a cabo en el poder del Espíritu de Cristo. Así se realizó la visión de Jesús de "campos... blancos para la siega" (Jn. 4:35).

Y aun la incorporación de los gentiles en la comunidad del Espíritu, estaba anticipada ya en la vida de Jesús relatada en los Evangelios. El resumen anticipado del ministerio de Jesús en Lucas 4:18-30, identifica la causa del intento contra su vida en su actitud misericordiosa hacia los gentiles. La parábola de la gran cena comunica la misma visión. Luego de entrar los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos, el siervo dijo, "Señor... aún hay lugar. Dijo el Señor al siervo: Vé por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa" (Lc. 14:22,23). Esta visión se hizo realidad bajo el impulso del Espíritu en la incorporación de los gentiles en la comunidad primitiva.

2) En segundo lugar, con la intervención del Espíritu la misión de la iglesia asumió dimensiones universales. Bajo el impulso del Espíritu, Jesús había sido obediente a la misión que el Padre le encomendó. Entre otras cosas, esto implicaba emprender el viaje desde Galilea hasta Jerusalén, donde finalmente puso su vida, "porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén" (Lc. 9:1; 13:33). Ahora el Espíritu también imprimió en la conciencia de la iglesia primitiva la encomienda de continuar la misión mesiánica hasta "lo último de la tierra".

El punto de partida en esta misión universal lo encontramos en el don pentecostal de lenguas derramado sobre los discípulos de Jesús (Hch. 2:1-4). En esta forma comunicaron "las maravillas de Dios" a las varias poblaciones de la diáspora que se hallaban en Jerusalén para celebrar en sus propias lenguas la fiesta judía de la cosecha y de la alianza sinaítica (Hch. 2:6-12). Ante las preguntas de la multitud, Pedro pudo ex- plicar que lo que veían y oían era "la promesa del Espíritu Santo" derramada sobre la comunidad por el Cristo resucitado (Hch. 2:33).

El papel del Espíritu en la ampliación de esta misión está documentado en el resto del libro de los Hechos de los Apóstoles. Esteban y Felipe, "varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo", evangelizaron en Jerusalén, y luego, en Judea, entre judíos de orientación helenista y un pro-

sélito etíope, y finalmente, en Samaria (Hch. 6:8-10; 8:26-39,40).

En el poder del Espíritu Pedro fue preparado para la incorporación de Cornelio y su familia en la comunidad primitiva, porque el Espíritu fue derramado "también sobre los gentiles" (Hch. 10:44-48). En su informe a la iglesia en Jerusalén, Pedro aclaró que "el Espíritu me dijo que fuese con ellos sin dudar" (Hch. 11:12). Y, finalmente, el concilio reunido en Jerusalén ratificó la incorporación de los gentiles en la iglesia en igualdad de condiciones, debido al impulso del Espíritu Santo en su medio (Hch. 15:8,28).

La misión paulina también fue emprendida y continuada bajo el impulso del Espíritu. El y Bernabé fueron apartados y enviados en la misión a la que el Espíritu los había llamado (Hch. 13:2,4). Incluso los aspectos geográficos de la misión fueron dirigidos por la intervención del Espíritu (Hch. 16:6,7) y de esta manera llegaron a Grecia (Hch. 16:6-10). La decisión de volver a Jerusalén, que luego resultaría en su arresto y encarcelamiento, fue tomada también bajo el impulso del Espíritu (Hch. 19:21; 20:22,23; 21:4,11). De esta forma Pablo fue llevado a Roma.

Así, la gran comisión, según la versión lucana, está fundamentada en la intervención del Espíritu Santo. Y bajo su impulso los discípulos de Jesús serán testigos "en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hch. 1:8). Y esta comisión se convierte en el bosquejo de los Hechos de los Apóstoles. Efectivamente, bajo el impulso del Espíritu la misión mesiánica de la iglesia primitiva comienza en Jerusalén y, a través de todas estas etapas, llega a Roma, el imperio que abarca "hasta lo último de la tierra".

3) Los apóstoles confrontaban con valentía los poderes hostiles (Hch. 4:8-12,19-20,23-31; 5:29-32). Soportaron gozosos, por la causa de Cristo, encarcelamientos, torturas y hasta la muerte (Hch. 5:17,40-41; 12:3). Su punto de partida en la misión era Jerusalén, "ciudad que mata a los profetas". Desde el principio su misión, al igual que la de su Señor, era una misión bajo el signo de la

cruz. Hechos de los Apóstoles y las epístolas de Pablo relatan cómo eran sostenidos por el Espíritu de Cristo, soportando gozosamente los dolores de parto de la nueva era del reino que amanecía.

Esta valentía, con que la comunidad daba testimonio de Cristo y del reino restaurado en él, también procedía del Espíritu. Jesús había sufrido en manos de los poderes en el cumplimiento de su misión mesiánica, pero el Espíritu con que estaba ungido le sostuvo en esta confrontación (Lc. 4:1-13; et al.). Y él había advertido a sus discípulos que ellos también sufrirían, pero en la hora de la prueba podrían contar con el Espíritu Santo. "Cuando os trajeren a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o qué habréis de decir; porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir" (Lc. 12:11,12; cf. Mt. 10:9-10; Mc. 13:11).

Efectivamente, estas palabras describen la situación de la comunidad primitiva en Hechos de los Apóstoles. "Lleno del Espíritu Santo" Pedro se defendió frente al sanedrín en Jerusalén (Hch. 4:8). Y la comunidad entera, frente a la oposición de las autoridades establecidas, tanto religiosas como civiles, fueron capacitados para hablar con "denuedo la palabra de Dios" por el Espíritu Santo (Hch. 4:23-31). La denuncia profética de Esteban contra las instituciones prostituidas del judaísmo también fue proclamada en el poder del Espíritu Santo (Hch. 6:5,10; 7:55). Al parecer, Pablo fue lleno del Espíritu a fin de poder padecer por el nombre de Jesús (Hch. 9:16,17). En el poder del Espíritu, la persecución fue transformada en causa de profundo gozo (Hch. 13:50-52).

El mismo Espíritu que inspiraba a Jesús en su misión profética y salvífica, llenaba también a la comunidad de valor para dar testimonio fiel. Jesús es el modelo que la iglesia debe seguir precisamente, y sobre todo, en el cumplimiento de su misión. Jesús llevó a cabo su misión mesiánica a los marginados y a todos los alejados de la esperanza de la

salvación. Y lo hizo, contrario a la voluntad del orden establecido de su época, y en fidelidad a la misión por la cual el Padre le había ungido de su Espíritu, Jesús sufrió el rechazo y la muerte.

Los misioneros de la comunidad primitiva, en fidelidad a la misión encomendada por el Espíritu Santo, también sufrieron toda clase de persecución, encarcelamientos, torturas, rechazo y hasta la muerte. El llamado al discipulado es un llamado a participar en la misión de Cristo, animado y sostenido por el mismo Espíritu. Es una invitación a asumir la cruz. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame" (Lc. 9:22,23; et al.).

BIBLIOGRAFIA

CAPITULO I

Walter Eichrodt, *Teología del Antiguo Testamento*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1975, Tomo II, pp. 55-76.

Michael Green, *Creo en el Espíritu Santo*, Miami: Editorial Caribe, 1977, pp. 19-33.

G.W.H. Lampe, George Arthur Buttrick, *Espíritu Santo*, ed., *Diccionario de Intérpretes de la Biblia*, Nashville: Abingdon Press., 1962, Tomo II, pp. 626-629.

CAPITULO II

Michael Green, *Creo en el Espíritu Santo,* Miami: Editorial Caribe, 1977, pp. 35-53.

Carroll Stuhlmueller, "Evangelio Según Lucas", *Comentario Bíblico San Jerónimo,* Madrid: Ediciones Cristiandad, 1972.

CAPITULO III

Horst Blaz, *Tesserakonta*, et al., *Theological Dictionary of the New Testament,* 1964, II, 326.

John J. Castelot, "Instituciones Religiosas de Israel", *Comentario Bíblico San Jerónimo*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1972, 76:140-142.

C. Norman Kraus, *The Community of the Spirit*, Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1974, pp. 9-25.

CAPITULO IV

C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John*, London: SPCK, 1962.

Bruce Vawter, Evangelio Según San Juan, *Comentario Bíblico San Jerónimo,* Madrid: Ediciones Cristiandad, 1972.

CAPITULO V

Joseph A. Fitzmyer, Teología de San Pablo, *Comentario Bíblico San Jerónimo*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1972.

Walter Zimmerli, *Chairo,* et al., *Theological Dictionary of the New Testament,* 1974, IX, 363.

CAPITULO VI

C. K. Barrett, *The Epistle to the Romans,* New York: Harper and Row, 1957.

Michael Green, *Creo en el Espíritu Santo,* Miami: Editorial Caribe, 1977, pp. 56-57.

Joseph A. Fitzmyer, "Carta a los Romanos", *Comentario Bíblico San Jerónimo*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1972, 53:79-91.

Joachim Jeremías, *ABBA: El Mensaje Central del Nuevo Testamento,* Salamanca: Sígueme, 1981.

John L. McKenzie, "Aspectos del Pensamiento Veterotestamentario", *Comentario Bíblico San Jerónimo*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1972, 76:56-77.

CAPITULO VII

Michael Green, *Creo en el Espíritu Santo,* Miami: Editorial Caribe, 1977, pp. 197-239.

John Driver, *Community and Commitment,* Scottdale: Herald Press, 1976, pp. 54-67

Werner Foerster, *Sodzo*, et al., *Theological Dictionary of the New Testament*, 1971, VII, 990.

Joachim Jeremías, *Poime*, et al., *Theological Dictionary of the New Testament*, 1969, VI, 486-488.

Karl Heinrich Rengsdorf, *Didask*, et al., *Theological Dictionary of the New Testament*, 1968, II, 146,159.

Ulrich Wilckens, *Sofía*, et al., *Theological Dictionary of the New Testament,* 1971, VII, 498-499.

David M. Stanley and Raymone E. Brown, "Aspectos del Pensamiento Neotestamentario", *Comentario Bíblico San Jerónimo*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1972, 78:175.

CAPITULO VIII

Markus Barth, *Ephesians: Introduction, Translation and Commentary on Chapters 1-3*, Garden City, NY: Doubleday and Company, Inc. 1974, p. 365.

Philip D. Bender, *The Holy War Trajectory in the Synoptic Gospels and the Pauline Writings,* Elkhart, Indiana: Manuscrito no Impreso, 1987.

Hendrik Berkhof, *Christ and the Powers,* Scottdale, Pa: Herald Press, 1962.

Walter Wink, *Naming the Powers: The Language of Power in the New Testament*, Philadelphia: Fortress Press, 1984.

John H. Yoder, *Jesús y la Realidad Política,* Buenos Aires: Ediciones Certeza, 1985.

CAPITULO IX

Donald Senior and Carroll Stuhlmueller, *The Biblical Foundation for Mission*, Maryknoll, NY: Orbis, 1983.

Joachim Jeremías, *Teología del Nuevo Testamento,* Salamanca: Sígueme, 1973.

Michael Green, *Creo en el Espíritu Santo*, Miami: Editorial Caribe, 1977, pp. 69-89.

INDICE DE TEXTOS BIBLICOS

GENESIS

1:1-3 10,24
1:27 9
2:7 8,22,24,36
3:19,20 29
6:3 9
6:17 9
7:15,22 9
11:7,9 51
15:17 23
41:38 11

EXODO

3:1 23
4:22 100
13:2-5 19
13:12 61
14:13-14 153,176
14:24,21 53
24:16 24
28:33 19
32:21,22 53
35:31-33 19
34:6 86
40:35 24

LEVITICO

1:7 23
6:2,6 23
23:15-21 48

NUMEROS

11 12
11:29 123
12:6 12
14:14 23
24:2 12
24:3 11
27:17 19
28:26 102

DEUTERO-NOMIO

6:13 31
6:16 30
7:9-11 59,90
16:10,11 48
26:1-11 48
26:5-9 52,103
26:10-11 103
30:14 20
32:8 51
34:9 19

JUECES

2:17-20 10
3:10 11
6:34 11
9:23 29
11:29 11
13:25 11

1a. DE SAMUEL

11:6 11
16:14 29

2a. DE SAMUEL

23:2 11,12

1a. DE LOS REYES

8:10 24
17:17 11
22 13
22:21 29
22:24 12

2a DE LOS REYES

4 11
4:18 11
5 11

1a DE CRONICAS

12:18 19
21:1 29

2a DE CRONICAS

15:17 19

JOB

1:6 29
9:8 159
14:14 87
26:11-12 153
33:4 9

SALMOS

2:7 27,28
6 118
6:2 118
8:6 169,170
16:10 118
25:5 91
33:6 9
34:2 91
37:11 91
51:10-11 19
68:13 26
74:19 26
76:9 91
77:16-20 154
104:29,30 9
107:28-29 158
110:1 169,170
143:10 19
146:4 9
147:6 91
149:4 91

ISAIAS

1:2 100
2:2-4 85
4:1-4,6 16
6 13,23
6:10 118
9:1-7 85
9:2,3 24,48
11 12
11:1-3,5,9 16,28
11:2-10 85
11:6-9 29
12:6 83
27:1 153
30:1-18 14
30:7 154
31:3 8
32:15 17
34:16 8
35:4 175
40:1 69
40:10 160
40:13 8
41:2 160
42:1 27,28
42:2-3 160
42:4 28
42:6 24
44:3 17
49:1 133,189
49:6 24
49:24-26 157

51:9-10 154,158
53:4-5 118
59:16-17 176
59:21 20
61:1-2 17,35,118
63:7 17
63:10-14 8,18,26
63:15 25
64:1 25
64:11 17

JEREMIAS
1 13
1:5 133,189
1:9 62
14:8 87
17:13 87
31:9 100
31:31-34 15,53,55
33:15-16 15
63:7-9 18

EZEQUIEL
1:1 25
1:4 23
2:2 13
3:12-14 13
8:3 13
11:1,24 13
11:19-29 17
29:3 154
33:2 13
36:25-28 36,64
36:26-28 15,17,53,82
37:1 13
37:9-14 10
39:29 17
43:5 13
47:1-12 36

OSEAS
9:7 12
11:1 100
11:11 26
12:20 71

JOEL
2:13 86
2:21 83
2:28,29,32 15,17,122
3:3 23

AMOS
7 13
9:11 71

MIQUEAS
3:8 12

HABACUC
3:3-5,8-11 153
3:15 159

SOFONIAS
3:14-20 83

HAGEO
2:5 18

ZACARIAS
3:1 29
4:6 18
9:9-10 83,85,91
12:10 15
14:3-5 157
14:8,9 36

MALAQUIAS
3:1-4:6 24
3:1-2 23
4:1-2 23

MATEO
1:18-20 22
2:10 84
3:11 22,35
3:15 25
3:16-17 22
4:1 28
4:3 30
4:6 30
4:8-9 31
4:23-24 120
5 109
5:1-12 84
5:4,5 69,91
5:12 122
5:17 122
5:19 134
5:22-23 109
5:36-46 109
7:11 34
7:15,16, 125,128
21-23
8:17 118
9:35 120
10:1,8 121
10:5 132
10:9,10 74,197
10:19-20 34
10:38 76
10:41 122
11:25-30 91
12:15 33
12:28 33,46,120,157
12:31-32 33,34
16:24 76
19:28 47
21:11 122
23:10 134
24:36 71
26:53-54 31
28:16 45
28:19,20 180,192

MARCOS
1:8 22,35
1:9 25
1:9-15 156
1:10-11 22,156
1:12,13 28,156,160
1:14,15 28,156
1:24,25 157
1:26,27 33,159
1:29,31,40-45 158,159
2:1-12 158
2:5 119
2:12 159
3:1-6 158
3:12 157
3:15 121
3:21-30 157
3:27 157
3:29 33
4:16 84
4:39 158
5:1-13 165
5:13 160
5:21-43 158
5:34 119
6:7 161
6:42-44 159
6:45-52 159
7:31-34 158
8:22-26 158
8:31-33 160
8:31-37 160
8:34-35 161
9:25 157
9:30-36 160
10:32-45 160
11:17-18 161
13:9-11 75
13:11 34,74,197
13:32 71
14:28 45
15:2,9,12, 161
18,26,32
15:18-20 161
15:38-39 161
16:7 45

LUCAS
1:1 41
1:1-4 44
1:14,15 23,84
1:15-17 24
1:28 83
1:35 24,46,186
1:70,76 24
2:20 84
2:25 69
2:30,32 24,187
3:3 182
3:6 181,187
3:15,16 22,25,35
3:21-22 22,27,46,
101,186
4:1 29,186
4:1-13 197
4:1,13,14, 33,46
17,18
4:14 120,186
4:14,18,23-29 183
4:18 186
4:18-20 186
4:18-29 35,181
4:18-30 35,195
4:23-30 186
4:36-41 120
5:32 182
6:20-23 84
7:21 118
7:48 182
8:13,40 84
9:1,2 121,132,195
9:22,23 197
9:51-19:40 182
10:1 132
10:9 121
10:17 84
10:17-21 33
10:21 186
11:13 34
11:20 42,46,120
11:24-26 165
11:49 122,133
12:10 33
12:11,12 34,74,197
13:1 119
13:33 195
13:33-34 183
14:22,23 195
15:7,10 84
21:12-15 74
22:25 168
24:41,52 84
24:44 181
24:44-49 182,184,
187
24:45-53 43,180
24:47,49 180,182,
187,191
24:48,49 43,44,74,
183,184

JUAN
1:5 61
1:7,15 73
1:12-13 63
1:14,17 71
1:17-18 32
1:18,36,41,49,51 62
1:26,27,33 63
1:26-34 60
1:29-31 25
1:32-33 33,35,64,66
1:51 26
2 60
2:22,23 61,70,73,90
3 60
3:1,10 61
3:1-21 60
3:2 61
3:3,5 61,62,65
3:3,8 63
3:5,6 64
3:7,11 61
3:8 7
3:15,16,36,38 66
3:19-21 61,75
3:34-35 31
4 60
4:14 36

4:23-24 66
4:35 194
4:39 74
5 60
5:14 119
5:19 76
5:33 70
5:36,37 74,133
5:43 72
6 60
6:14-15 31
6:26-34 31
7 60
7:1-5 31
7:37-39 36,37
7:39 36
7:50 61
8:32 70
8:42 73
8:40,44 70
9:3 119
9:4 61
10 60
10:25 72
11:4 119
11:10 61
12:16 70,73
12:23,49 76
13-17 68
13:3 73
13:16 133
13:30,31 61,76
13:34,35 68,72,82
14:6,26 70
14:10 76
14:12,16,17 45
14:15,16,26 68
14:15,21,25-27 67
14:17 70
14:17,19,20 71
14:20,21,23 72
14:26,27 72,86
15:10-11 31,68
15:21-25 75
15:26,27 67,68,70, 73,74
16:1-4,8 74
16:7-15 67,74
16:7 68
16:8,13 70,71
16:8-11 69
16:10,11 75
16:13,14 70,76
16:15 92
16:27,28,30 73
17:8 73
19:39 61
20:19,21,26 86
20:20 38
20:21-22 37,133

HECHOS

1:1 47
1-7 45
1:1-2 41,179
1:1-12 43
1:3,4 43,44,46
1:3-8 180
1:4,5 184
1:5,8 43
1:6-8 46
1:8 24,44,54,74, 183,187,196
1:15 48
1:21-22 47,132,183
2:1-4 195
2:2,38,40 53
2:3 51,53
2:3-11 50
2:3,17,18 55
2:6 51
2:6-12 195
2:11 130
2:11,19,22,43 52
2:17-21 122,188
2:33,36,38 56,64,195
2:38 182
2:38-40,42 49
2:40 56,69
2:43 46
2:42-47 49,193,194
2:47 188
3:1 121
3:16 121
3:22 122
3:25 188
4:8 197
4:8-12 196
4:19-20 196
4:21 188
4:23-31 196,197
4:23,27 163
4:32 57
4:32-37 49,194
5:12,16 46
5:14-6:1 135
5:14-16 121
5:16,28 45
5:17,40-41 196
5:29-32 196
5:31,32 74,182
5:31-33 188
5:41 84
6:1-7 188
6:3,5 188
6:5,10 197
6:7 188
6:8-10 196
6:8-8:4 188
6:13,14 188
7:37 122
7:55 197
8-12 45
8:1,14 45,193
8:6-8 188
8:15-17,29,39 188
8:26-40 196
8:29 189
9:3 121
9:4-6,17 189
9:16,17 189,197
9:31 189
10:1-11:18 189,190
10:3 190
10:10,19 190
10:15,28,34,47 191
10:44-48 130,196
10:47-48 64,193
11:9,17,18 191
11:12 196
11:15-16 73
11:17,18 182,191
11:19-21 191
11:23-30 191
11:24 191
11:27 123
12:3 196
13:1 123,135
13:1-5 134
13:2-4 191,192,196
13:9-12 192
13:44-52 191
13:50-52 197
13:52 192
13-28 45
14:3 192
14:4,14 133
14:22 87
15:8-9,28 194,196
15:28 194
16:4 45
16:6-7 39,192,196
16:6-10 196
17:30,31 182
19:1-7 64
19:21 196
20:21 182
21:4,11 196
20:22,23 196
21:9 123
22:17-21 189
26:17 189
26:18,20 182
28:31 44

ROMANOS

1:3 114,116
1:7 95,96
1:16 41
1:18,23,24 114
1:22,26-29 114
2:4 87
3:1 115
3:5 114
3:6-7 114
3:9-10 114
3:22,26 90
4:1-13 115
4:6,18-19 115
4:10-11 115
4:17-20 90
4:18,19 116
5:1-11 95
5:2 115,116
5:5 89
5:9 77
6:4 63
6:12-20 116
6:23 113
7:1-5 116
7:6 90,96
7:24 96
8:1 115,116
8:1-30 77,95
8:2 90
8:2-23 95,96,106
8:5-13 97,98
8:6 40
8:9 40
8:10-16 63
8:11 116
8:14 102,105
8:14-17 98,99,102
8:15,16 101,105
8:15-23 98,99,100
8:17 106
8:18-30 102
8:19-21 102
8:21,22 103,106,119
8:21-23 105
8:23 102,103
8:26,27 105
8:28-30 105
8:29 102,105
8:34 169
8:34-39 170
8:38,39 97,162
9:4 98,100,102
9:7-8 100
9:22 87
9:25-26 100
11:16 103
11:22 88
12 108
12:2 108
12:3,4 110,112
12:5,6 111,122,123
12:6-8 108,113, 134,135
12:8 115
12:12 87
13:1-3 162,163
13:4 115,116
13:8-10 81
13:10-14 80,82
13:12,13 94,174
14:17 84
15:13,14 85,89
15:18,19 121
16:7 133
16:20 162

1a. A LOS CORINTIOS

1:1 133
1:10 117
2:8 162,163,164,167
2:9-16 117
2:16 117
4:21 91
5:10-11 94

6:9-11 79,94
7:7 112,113
8:5-6 169
9:6 133
9:25 92
10:2 53
11:5 123
11:14 123
11:17-34 116
11:20-21 126
11:29 126
12 109
12-14 108
12:1,2 113,126
12:3,4 109,111,125, 126,131
12:4,5 113
12:6,7 112,113,30
12:8 135
12:8-10 113
12:9 113,117,118
12:10 125
12:10, 120,122, 129,131
12:11 131
12:13 64,111
12:18 111
12:22 111
12:25-27 111
12:28 135
12:28-30 113,118, 120,122,129, 131,132, 133,134
12:30-31 113
13:1 129
13:2 117
13:7 87
13:13 113
14:1 124
14:2-3 124,129
14:3,4 69,124,130
14:4,5 129,131
14:7-11 129
14:13,14 130,131
14:15-20 130
14:18-20 131
14:21-28 131
14:24-25 124
14:24,31 69
14:27 132
14:27-31 127
14:29,30 125,127
14:29-33 122,124
14:34 132
14:36,37 122,127
14:39 132
15:5-7 133
15:20-23 103
15:24-28 162,170
15:45 40,66
16:13 90
16:15 103

2a. A LOS CORINTIOS

1:5 76
1:22 104,105
2:14 117
3:6 40
3:17-18 39,106
4:4 106,162
4:6 117
5:5 104
6:4 86,87
6:4-8 80,94
6:6 88,89,117
6:18 101
7:4-16 84
8:7 117
8:23 133
10:1 91
11:14 162
12:12 121
12:20 94

GALATAS

1:15-16 133,189
1:19 133
2:9 133
2:16 90
3:1-28 90
3:22 90
3:28 111
4:5,6 40,98,99, 100,101
5:16-18 98
5:16-25 79
5:16,18 77,78,90
5:19-23 79,94
5:22,23 86,87,88, 89,93,94
5:22,25 77
6:1,2 81,82,92
6:8 93
6:10 77,78
6:16 100

EFESIOS

1:5 98,100
1:5-7 101
1:7-10 115
1:9-10 170
1:13-14 104,105
1:17 115
1:19 175
1:20-23 169,173
1:21-22 162
2:2 162,173
2:7 88
2:10 173
2:11-22 51,85, 173,190
2:14 111
2:20 123
2:22 77,86
3:5 123
3:5-12 115
3:10 162,173
3:12 90
4 108,109
4:1-3 79,86,90, 92,94
4:4 111
4:7,8 112,113
4:8-10 110,112
4:11 122,123,132, 133,134
4:12,13 112,113
4:15-16 111,112
4:17-32 79
4:23,24 109
4:25 109
4:26-28 109
5:1-18 79
5:2 81
5:3-5 94
5:9 89,94
5:18-20 130
5:19 77,130
5:25 79
6:10-20 174
6:11,12 162,175,176
6:11,14 176
6:16 162

FILIPENSES

1:19 39
1:27 90
2:1 69
2:3 108
2:8 168
2:9-11 110,169
2:27 109
3:9 90
3:20-21 106

COLOSENSES

1:16 162,166
1:19,20 170
1:24 76
2:2-3 115
2:8 172
2:10 162,172
2:11,12 90,167
2:13 169
2:15 106,162, 166,168
2:20 162,172
3:1-15 79
3:5-9 94
3:9,10 92,167,172
3:11 172
3:12,13 81,86,88, 89,90,92
3:12-15 94
3:16 130

1a. A LOS TESALONICENSES

2:6 133
5:1 47
5:8 174
5:14-23 87
5:19-20 123

2a. A LOS TESALONICENSES

1:4 87
1:11 89
2:13 90

1a. A TIMOTEO

1:16 87
2:2 171

2a. A TIMOTEO

2:25 92
4:2 87

TITO

3:2 92
3:4-6 88
3:5-6 63

HEBREOS

2:3-4 112
3:1 133
5:7-8 168
5:14 126
11 117
11:4-6 90
11:8 90
11:32-40 175
12:1-2 87

SANTIAGO

1:18 103
1:21 92
3:13 92
3:17-18 115

1a. DE PEDRO

2:11 39
2:20,21 76,87
3:15-16 92
4:10 112
4:13 76

2a. DE PEDRO

3:2 133

1a DE JUAN

2:1 68,69
2:7-8 82
2:29 63
3:9 63
4:2-3 225
4:7 63
5:1 63
5:6 70
5:18 63

APOCALIPSIS

1:3 123
2:20 123
7:2-3 105
10:7 123
13:1-8 31
13:10 88
14:1-4 105
14:4 103
14:12 88,90
19:10 124
22:6 123
22:9 123

OTROS LIBROS DE JUAN DRIVER

Comunidad y Compromiso (Buenos Aires: Certeza), 1974; (Scottdale: Herald Press), 1985.

Contra Corriente: Ensayos sobre la Eclesiología Radical (Guatemala: Ediciones Semilla).

El Evangelio: Mensaje de Paz (Guatemala: Ediciones Semilla), 1987.

El pacifismo Cristiano (Buenos Aires: Methopress), 1970.

Militantes para un Mundo Nuevo (Barcelona: Ediciones Evangélicas Europeas), 1978.

Pueblo a Imagen de Dios... hacia una visión bíblica (Santafé de Bogotá: Ediciones Semilla - CLARA), 1991.

Una Alternativa Cristiana a la Violencia (Quito: CLIE), 1988.

Una Historia de la Iglesia desde la Perspectiva de la Iglesia de los Creyentes (Madrid: Literatura Evangélica), 1978.

Understanding the Atonement for the Mission of the Church (Scottdale: Herald Press), 1986.

LIBROS DISPONIBLES EN EL CENTRO DE DISTRIBUCION DE MATERIALES ANABAUTISTAS - CLARA -

Apartado Aéreo 57-527; Fax: 571 288-0409

Santafé de Bogotá 2, Colombia

231.3 D78 94948
Driver, John
El Espíritu Santo en la
comunidad mesiánica

231.3 D78 94948
Driver, John
El Espíritu Santo en la
comunidad mesiánica

DATE	ISSUED TO

DEMCO

ASSOCIATED MENNONITE BIBLICAL SEMINARIES
ELKHART
LIBRARY

231.3 D78 c.1
Driver, John, 1924- 000
El Espiritu Santo en la comuni 040101
3 9304 00075396 3
ASSOCIATED MENNONITE BIBLICAL SEMINARY

EL ESPIRITU SANTO, VIVO Y EFICAZ, EN LA COMUNIDAD DE CREYENTES.

JUAN DRIVER, conocido teólogo, autor y profesor, ha dedicado su vida a la aclaración bíblica en el quehacer latinoamericano. La integridad académica de sus escritos es bien conocida y este libro no es una excepción.

Driver se mete sobria y profundamente en las Escrituras para identificar y aclarar el papel del Espíritu Santo en el plan de Dios. La señal de la presencia del Espíritu no es el emocionalismo sino la vivencia comunitaria bajo el señorío de Jesús. Este Espíritu **Santo** es el Espíritu de **Dios** y el Espíritu de **Jesús.** Desvincular al Espíritu de la Comunidad de Jesús, para hacer de El un siervo del pietismo privado, del subjetivismo individualista o del egoísmo humano, es manipular la comprensión de la función del Espíritu y Su tarea dentro de la comunidad mesiánica.

Driver ilumina, y a veces corrige, muchas doctrinas de la "espiritualidad" que existen en el contexto latinoamericano. Sin duda alguna, éste es un texto básico para todos los que, en nuestro continente, queremos conocer y entender al Espíritu Santo.

CLARA EDICIONES SEMILLA